eXTRAMUROS

Agonía de la Ilustración

Número 1 / Mayo de 2020

https://www.extramurosrevista.org

eXtramuros es una publicación quincenal creada en el año 2020

con el propósito de desarrollar el pensamiento por escrito acerca de temas filosóficos, literarios, artísticos, históricos, políticos, y de otras ramas de la cultura. Los ensayos publicados son responsabilidad de quienes los firman.

eXtramuros es una iniciativa de pensamiento y escritura independiente

que no toma dinero de ningún gobierno o partido político. Por favor, considere apoyar nuestro trabajo haciendo una donación a través del botón *Paypal* disponible en nuestro sitio web.

usted puede suscribirse a eXtramuros

y recibir gratuitamente nuestra newsletter anunciando la aparición y mostrando el índice de cada nuevo número

Guía para REPRODUCCIÓN de nuestros artículos

extramurosrevista.org permite que sus artículos sean reproducidos libremente, siempre que el contenido aparezca directa y obviamente vinculado a su versión inicial en nuestro sitio web. Por favor, respete nuestro contenido original, citándolo si usted lo usa aunque sea parcialmente. Muchas gracias.

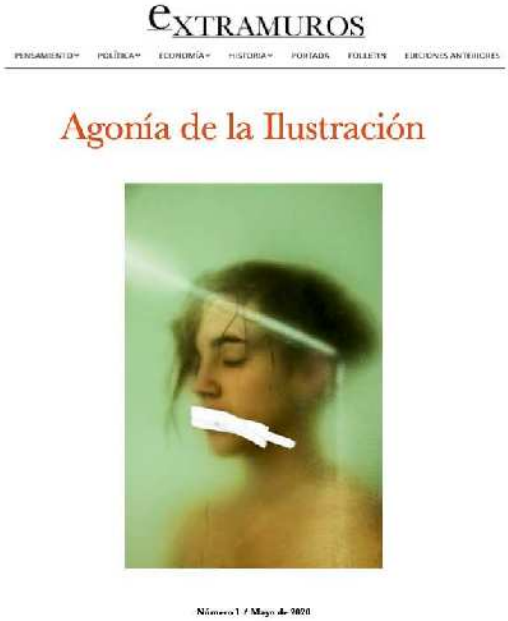
CARTAS DE LOS LECTORES: Si quiere enviarnos una carta, por favor hágalo a nuestro email redaccion@extramurosrevista.org Todas las cartas son moderadas antes de publicarlas. No publicamos cartas que contengan insultos de ninguna clase. Solicitamos evitar argumentos *ad hominem*. No publicamos cartas anónimas, por favor no olvide firmar con su nombre y apellido completos. Su email desde luego no será publicado.

Director: Aldo Mazzucchelli

Consejo Editor: Luis Muxí, Francisco Faig, Óscar Larroca, Diego Andrés Díaz.

Redacción: Maira David, Valentín Trujillo, Ramón Paravís, Carolina Santaello Franco.

Ensayistas: Alma Bolón, Fernando Andacht, Gonzalo Curbelo Dematteis, Fernando Loustaunau, Mauro Baptista Vedia, Fernando De Lucca, José Assandri, Rafael Bayce, Santiago Tavella.



ÍNDICE

Cultura hashtag, reacción en manada, y censura	4
Ensopado de Mam, o la Ilustración contra la enseñanza remota y el tapaboca salvífico	19
Ayuda memoria para anti- conspiranoicos	36
¿Urgente y democrática?	46
El buen general (parte uno)	55
Poliarquía y libertad frente al peligro del centralismo político	62
Cómo el miedo y el pensamiento de grupo han causado encierros globales innecesarios	75
El latifundio y las implicancias ideológicas de la propiedad de la tierra / 1	82
Agonía del teatro y la cultura de Brasil en tiempo de pandemia	89
Arte, reproducción, distancia y percepción visual en época de pandemia	96
Tras la última narrativa rural	100
¿Qué es lo que realmente importa?	104
Recordando una instalación de Rita Fischer	109
Eros, el dulceamargo	114
Tragedia y Esperanza. Una historia del mundo contemporáneo	118

Cultura hashtag, reacción en manada, y censura

* Redes sociales adoptan políticas equivalentes a las de China: decenas de miles de videos censurados en YouTube y otras plataformas

* Los argumentos de Goldsmith y Keane Woods defendiendo la censura.”El discurso en internet nunca volverá a la normalidad”

* ¿Estamos (ahora sí) viendo el fin de la Ilustración?

Primero, lo acuso a usted de “afiliarse a una teoría conspirativa”; a continuación, empleo esa acusación para censurar lo que sea que tenga usted para decir. Esto no es más que la descripción de algo que está pasando hoy con la comunicación pública digital –es decir, con buena parte de la comunicación– en muchas de las otrora llamadas “sociedades abiertas”. Se niega así la discusión, reduciendo al otro a un conspiracionista, aun cuando no haya para ello fundamentos. A veces sí: hay personas que creen que la tierra es plana; hay grupos que

discuten intensamente el destino de los reptilianos; hay quienes piensan que en el Pentágono hay extraterrestres que ocupan oficinas. Pero esos no son, por supuesto, los censurados.

No parece, sin embargo, que los líderes de las plataformas tecnológicas de la tierra sean parte de una "conspiración" totalitaria. El fenómeno es más probablemente un síntoma. El declive de la cultura del logos, de la letra y la deliberación política colectiva, está revelando en esta crisis nuestra notable incapacidad para pensar..

Hace tiempo que aceptamos regular nuestras vidas por la utilidad. Descartar el pensamiento independiente y el cultivo del sí mismo, y someternos al funcionamiento, a lo que sea que dicte el futuro de nuestras propias herramientas tecnológicas. Y ahora ellas, en su lógica ciega encarnada en discursos masivos, son las que mandan. Manada es cómo se ve un conjunto de individuos cuando se nos ha reducido a data, a número. Cuando se nos ha constreñido a vivir a base de rumor autoritativo y cifra desnuda, y a dejarnos arrear a fuerza de hashtag.off

Por Aldo Mazzucchelli

1 – Lo acuso a usted de afiliarse a una "teoría conspirativa"

En ese lugar bastardo del discurso, que no es ni ciencia ni literatura, y que se conoce como "periodismo de actualidad" —el intento, por medios generalmente poco adecuados a los fines, de ordenar la mente colectiva—, es preciso simplificar bastante. Es así que la prensa de actualidad, y algunos de los repetidores de los mismos puntos de vista en las redes sociales, hoy, están usando con gran liberalidad la calificación de "teorías conspirativas" para referirse a una serie de fenómenos muy distintos entre sí.

El concepto de "teoría conspirativa" es simplista, y oculta más de lo que revela. La debilidad principal en el actual abuso de la noción de "conspiración" es doble: por un lado, elimina la posibilidad de que varias causas convergentes, aunque incluso diametralmente opuestas en sus propósitos, estén presentes a la vez en conexión con determinado evento —entre ellas, una verdadera conspiración. Pero, y sobre todo, la conspiración, exista o no, nunca puede tener éxito si muchas otras condiciones e intereses muy complejos no convergen para crear un contexto oportuno. La idea de que hay un plan global que se sigue a la perfección es bastante idiota como tal, considerando la complejidad de los eventos involucrados. Pero la idea de que un pequeño grupo de personas podría contribuir a sacar ventaja de esos eventos dirigiendo remotamente la acción de miles o millones, incluso sin que estos lo sepan, es la cosa más común que hay: pasa todos los días y es parte de una forma de actuar simplemente connatural a la humanidad misma.

La cautela que interponen a esto algunas personas inteligentes es observar que el mundo es muy complejo, que a los designios de una conspiración se oponen los designios de muchas otras, y que los grupos suelen incluir en su interior toda clase de desavenencias que harían imposible que obtuvieran sus objetivos. Creo que muchas de esas cautelas son atinadas, y cuentan con una parte de la razón.

Pero, de todos modos, creo menos en esas cautelas que en la comprobada existencia de MacDonalds, de Nissan, de Bayer-Monsanto, de The Coca Cola Company, o de H&M. Estas conocidas corporaciones, y cientos o miles de otras, son totalmente capaces de lograr que decenas de miles de personas, trabajando coordinadamente en base a un pago mensual modesto, produzcan efectos notablemente similares en localidades apartadas entre sí por todo el globo, a menudo sin la menor necesidad de coordinaciones horizontales. Simplemente siguen un plan central, sus integrantes se mueven a cambio de un pago, y están sometidos a una cuidadosa organización jerárquica que garantiza resultados homogéneos. El mismo mecanismo de organización jerárquica, compartimentada, de contratos profesionales, y sobre todo de objetivos generales y particulares no explicitados por igual a todos los niveles de la organización, funciona bien en todos los casos. Y el salto entre las corporaciones globales de tipo comercial o industrial, a otras de tipo administrativo o político, no es un salto conceptualmente demasiado importante. Los empleados de MacDonalds no tienen por qué saber nada de los siniestros ingredientes de las hamburguesas que venden, del mismo modo que un militante de una organización de base financiada por el señor "filántropo" de turno, a través de alguna de sus miles de filiales benéficas, no tiene por qué saber nada sobre hipotéticos objetivos mayores de ese filántropo cuando distribuye folletos de educación sexual en un asentamiento. La ideología es un fenómeno generativo: basta con formular con claridad sus principios, y las personas la seguirán y actuarán con independencia aparente, pero en realidad siguiendo los grandes lineamientos potencialmente encerrados en ella.

Entonces, ¿qué tanto horrorizarse con la crítica a las autoridades? ¿Puede equivocar trágicamente la OMS, o puede estar influída por fuerzas políticas poderosas, o por el dinero de la industria, o por un filántropo con ideas propias sobre la población mundial? Es posible que nada de esto esté pasando. Pero quien niegue por principio que esto podría pasar, tiene una idea muy peculiar de cómo funcionan las cosas en este mundo. Y sobre todo, confunde la ciencia con la política de la Ciencia.

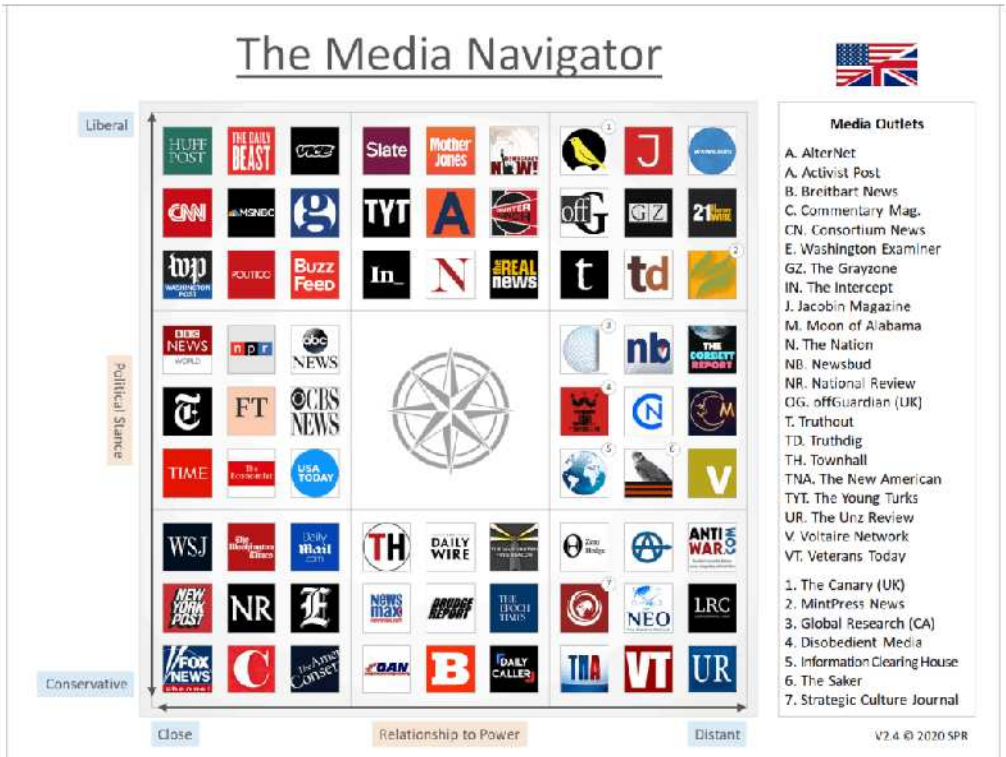
El problema no es, pues, si existen las acciones coordinadas llevadas adelante en ciertos asuntos, las que obviamente existen. El problema es cuánto podemos atribuirlas como factor principal, o siquiera como factor relevante, en ciertos eventos de la historia. Y aquí es donde resulta claro que hay elementos mayores, contextuales, y no planificables por nadie, que deben propiciar

determinados desarrollos. Ninguna "conspiración" para convertir los gobiernos nacionales en gobiernos mundiales podría haber tenido éxito en 1850. Y tampoco era sencillo prever que, en los veinte años que van del nuevo siglo, la instalación de una metafísica de la tecnología iba a hacer virtualmente desaparecer varios de los desarrollos fundamentales de la Ilustración que dieron al individuo la capacidad de construir una opinión propia, ahogándolos en un picado fino de gritos, imposiciones sin fundamento suficiente divulgadas en memes globales.

En este contexto, lo fácilmente cuantificable siempre es más elocuente y de impacto más inmediato que los argumentos de científicos independientes, mucho más sólidos, pero también más trabajosos, que intentan criticar el comportamiento de manada. Y por supuesto, hoy como ayer, los políticos y los que quieren avanzar sus agendas en medio de la crisis, conocen y usan bien todos los viejos mecanismos de la propaganda. Sólo que hoy hace falta adaptarlos a posibilidades nuevas.

2 – Tecnología y propaganda

Sea como sea lo anterior, lo cierto es que el primer resultado de la actual agitación anti-conspiranoia es la limitación del derecho a la opinión libre. Especialmente en los últimos años, debido a la complejidad y dispersión de la información, y gracias a un sistema de gran prensa extraordinariamente concentrado y al mismo tiempo en crisis de sobrevivencia, amenazado por la información aportada por ciudadanos de todo tipo en las redes sociales y por otros medios digitales, se ve la aparición de cierta homogeinización de agenda y discursos en los media. Estos han respondido a su crisis de supervivencia elaborando un nuevo discurso, que incluye ponerse a veces en pie de guerra contra las fuentes alternativas de información. Se alían en ello



El sitio Swiss Policy Research, dedicado a detectar y denunciar la propaganda, y que ha hecho una gran labor en relación a la actual situación mundial, ha intentado una clasificación visual de grandes medios, ***The Media Navigator***, que resulta interesante de estudiar. Fuente: https://swprs.org/media-navigator/

naturalmente con los poderosos, que son quienes pueden, financiándolos, asegurarles alguna forma de supervivencia. De más está decir que nada de esto contribuye al desarrollo de un sistema de pensamiento independiente en los grandes medios: estos se han vuelto el núcleo del pensamiento de manada. Y la manada nunca está lejos de la censura a la disidencia.

La reciente promoción de toda clase de servicios de fact-checking es promovida por parte de una visible alianza poder-prensa grande. Se trata de una construcción ideológica, apoyada en la idea de que habría entidades que tendrían una independencia e imparcialidad completas, lo que les permitiría erigirse en controladoras (y finalmente, censoras) de los demás. Tal pretensión no tiene fundamento alguno. Lo único que tenemos, y tendremos, son discursos alternativos en disputa, y está bien que así sea.

Pero además, el fact-checking es una forma muy actualizada de expresar la impotencia ante la crítica. Se basa en la peregrina idea de que es posible separar con claridad hechos o datos, de sentencias e ideas. El fact-checking es, pues, en el mejor de los casos, una equivocación o utopía de la actual mentalidad de totalitarismo analítico, podríamos llamarle, que piensa que la información está compuesta de datos discretos que podrían "chequearse". Sin embargo, la sumatoria de datos no es el equivalente del pensamiento, porque el pensamiento incluye el salto del juicio, que no es numerizable: es fácil construir una sentencia perfectamente equivocada, en la cual todos los datos verificables sean verdaderos. Es la conexión la que es disparatada, y la conexión, el salto, es aquello que -ya lo observó Aristóteles- no puede enseñarse. Uno debe aprender a pensar como aprende a caminar, resolviendo cada dificultad sobre la marcha.

A todo esto, pues, el modo de acción pública de los media, grandes espejos en que se refleja el modo íntimo de funcionamiento mental y espiritual de una comunidad, está tomado hace años ya por el procedimiento deleznable de la apelación a la autoridad, los argumentos ad hominem, y el silenciamiento, por aplaste, de la disidencia. Sobre muchos temas y personajes públicos, solo se admite una opinión -de condena o de aprobación. Salirse de este funcionamiento binario, es caer fuera del confort de la pertenencia.

Esto ocurre en las otrora "naciones libres de occidente", donde la existencia de una pluralidad de medios y opiniones no es la cuestión. La cuestión es la imposibilidad de debatir: se está con la opinión mayoritaria, divulgada e impulsada en hashtags y memes, o se está fuera de la manada, extramuros. De nada sirve que sigan existiendo CNN, el Washington Post, la BBC, El País de Madrid o Le Monde, si todos van a decirnos lo mismo. Si estos medios, algunos de ellos antes bastiones en la defensa del modelo de individuo ilustrado, han eliminado ahora toda posibilidad de desafiar el mecanismo masivo del consenso obtenido por extorsión emocional y semejanza.

Lamentablemente para la política, este fenómeno comunicacional ha llevado a que buscar votos equivalga a someterse a esa lógica de comunicación, totalitaria en su esencia. ¿Qué es un

hashtag? Es la imposición por repetición de un concepto que no se ha argumentado. Es el triunfo de la apariencia de verdad, y de la coacción de la autoridad. Es, por eso, el mecanismo básico de la manada. O se lo repite, o uno es un paria que está, no ya fuera de la conversación, sino fuera de la comunidad. La violencia de este tipo de mecanismos es violencia que se ha hecho al concepto ilustrado de individuo: un ciudadano capaz de pensar por sí mismo. Una utopía quizá, pero durante las dos centurias en que se tendió a ese modelo, apoyándose en la enseñanza universal de la letra escrita, se avanzó como nunca antes en una organización social basada en la libertad individual. Tal vez ese bello proyecto haya terminado. La respuesta de Zhou Enlai cuando le preguntaron qué pensaba de los efectos de la Ilustración y respondió "aun es muy pronto para juzgar", no fue un chiste: fue la correcta observación de que doscientos cincuenta años pueden no ser regla en historia, sino excepción.

3. En modo manada. Las consecuencias de la sumisión de la mente individual

Todo lo anterior, la reducción a número, la imposición de una metafísica tecnológica donde el ser queda sumido en el concepto totalitario de utilidad, y el consiguiente autoritarismo en nombre del progreso, obtienen su empuje gracias a la imposición del miedo. El miedo es ahora a un virus, es decir a una condición difusa pero numerizable, una amenaza tecnológica que tiene el reconocible aspecto de un mecanismo. El mecanismo del virus es análogo al de un hashtag de más de una manera. La etimología de hashtag incluye juntas la noción de poner a algo una etiquet (tag), y la de hash. Lo clarividente de la elección de esta segunda noción no puede exagerarse. Un hash es un picado fino, un picadillo; un recocido; un lío; una mezcla de cosas incongruentes; y el resultado de haber reducido un asunto a sus elementos constitutivos más pequeños. Así la comunicación global en tiempos en que a la Ilustración se la llevan puestas las "tecnologías de la información y la comunicación": hemos numerizado la vida y la conciencia, la hemos reducido a elementos mínimos, incongruentes, de cuya relación mutua ya no sabemos nada. Hemos aprendido a aplicar una etiqueta a cada uno de esos elementos, y usarlos para acumular "likes", poder aparente. Una retórica del miedo, y el arreo generalizado de la manada en base a conceptos no fundados pero que concitan adhesión por semejanza, es el mundo masivo al que nos hemos mudado. Este mundo encuentra su problematización y su frenada masiva, no en un debate de ideas, no en un "choque de civilizaciones" o en un triunfo de una política mejor frente a otra peor, sino en la imposición impersonal de un miedo, basado en una noción lo suficientemente simple y sintética como para poder ser transmitida en hashtags.

La crisis de la prensa de la que hablábamos hace casi dos meses no es el resultado de una conspiración, sino el reflejo de a donde hemos llegado, como comunidad, en los mecanismos de

comunicación y "pensamiento" que son plausibles: una estructura jerárquica, una fe en "la ciencia" (que se ha confundido desde el principio con los representantes políticos de la ciencia haciendo sus diversos negocios), y una cerrazón a cualquier opinión discrepante bajo el argumento de que queda fuera de los muros de lo seguro, de la ciudad. Disentir es agredir al semejante.

El semejante, por su parte, ya no lo es por pertenecer a la condición humana (esta se ha pulverizado en razas e identidades), sino por haber aceptado organizar su cabeza en función de los mismos menúes que los demás, divulgados masivamente en la gran prensa y repetidos por la pequeña, construyendo así una agenda global que se parece a un mecanismo de múltiple opción. Ante cada tema "importante" (sea político, identitario, de entretenimiento, o moral) la masividad de una comunicación simplificadísima determina opciones, normalmente binarias, con suerte, de tres o cuatro opciones. Ser un ciudadano significa, no ya discutir toda la lógica de esas opciones, sino elegir una de ellas.

Y desde luego, a la educación se la viene financiado para forzarla a adaptarse también a este tipo de ciudadano con cabeza de menú a toda velocidad. La educación lenta, trabajosa, leída y presencial, es cosa del pasado para la mayoría.

La resistencia a esta mentalidad de manada ha venido de científicos independientes y de pensadores. Y la respuesta, de parte de la manada, es el hashtag y la censura. La sensación, desde el principio, es que nunca sabremos la verdad de nada de lo que ha pasado y pasa. La posverdad, de la que tanto habla este tipo de mentalidad global cuando quiere referirse a lo que diga cualquiera que cuestione el nuevo esquema impuesto, ha llegado a instalarse cuando la posibilidad misma de discutir con argumentos ha encontrado la censura desatada a nivel masivo. Esa censura parece ser la actualización, a niveles más complejos de operatividad -motores de búsqueda, robots que identifican memes y palabras clave para el borrado automático de la disidencia- de los viejos accionares de la propaganda.

Pues la propaganda y todo intento de control o direccionamiento de la convicción ajena debe adaptarse a las posibilidades que da la tecnología de cada época. Así como el virtual monopolio de la radio permitió la llegada de un discurso único a millones, hoy la dispersión digital plantea problemas distintos a los censores y a los productores de propaganda. "¿Existen dispositivos o métodos de comunicación que disminuyan nuestra libertad?", cándidamente preguntaba un periodista a un premonitorio Aldous Huxley allá a comienzos de los años '50. -"Por cierto", respondía el escritor. Y aludiendo a la conocida explotación de la radio por parte del régimen hitleriano, observaba que con ello ese régimen "fue capaz de imponer su voluntad a una masa inmensa de gente. Quiero decir, los alemanes eran gente muy bien educada… No debemos permitir que nos tome por sorpresa nuestra propia tecnología más avanzada. Esto ha ocurrido

una y otra vez en la historia, y de pronto la gente se ha encontrado en una situación que no vio venir, haciendo toda clase de cosas que en realidad no quería hacer".

¿Puede ser concebible que aun hoy fuerzas políticas, grupos o corporaciones, sea nacionales o transnacionales, manejen la información para producir efectos masivos en determinada población? Hacer la pregunta es contestarla. El pasado está lleno hasta los bordes de ejemplos (en nota aparte recordamos unos pocos) en los que se azuzó a la población, empleando la propaganda, a que se embarcase en conductas catastróficas para la mayoría, siguiendo intereses que, en su momento, no dijeron sus verdaderos propósitos. Y a quienes se opusieron a esas tendencias se los acusó, se los censuró, y eventualmente se los liquidó físicamente. Era propaganda, usada para generar comportamiento de manada.

4 – Lo censuro a usted

Un artículo de Wikipedia intenta resumir lo que vendría a significar una "teoría conspirativa": es "la explicación de un evento o situación que invoca una conspiración por parte de grupos poderosos y siniestros, a menudo motivadas políticamente, cuando hay otras explicaciones que son más probables". La definición es bastante mala, puesto que agrega, a un núcleo problemático y de por sí completamente discutible, una distinción conceptual ("explicaciones más probables") de la más bituminosa oscuridad.

El concepto de "teoría conspirativa" no solo es malo en sí, por vago, sino que está tan exageradamente aplicado a todo, que ya se ha vuelto inservible para discriminar lo interesante de lo disparatado. Porque es algo distinto decir que la tierra es plana, que afirmar que el Dr. Anthony Fauci, o el Dr. Tedros Adhanom, sean personajes corruptos. Esto último podrá ser una falsedad, o algo no suficientemente probado, pero definitivamente no es lo mismo que invocar antecedentes egipcios a los constituyentes de 1830.

La diferencia es de esencial importancia, no ya para el periodismo, sino para la libertad de expresión. Uno puede y debe ser llamado a responsabilidad civil si afirma una falsedad una vez que esta se haya demostrado tal, pero la posibilidad de arriesgar afirmaciones en público es pilar fundamental de la existencia de individuos libres. Hoy, YouTube no está censurando a los terraplanistas, ni a los cazadores de reptilianos, sino a los que contradicen una especie de criterios únicos de verdad, suerte de discursos sin contradicción posible, que en las principales naciones del mundo atlántico están instalándose de modo demasiado rápido. YouTube justifica esto en criterios varios, pero en los hechos uno puede ver que califica de "contenidos peligrosos" o "discursos de odio", sin mayor justificación, mucho de lo que a esa especie de acuerdo ideológico tácito no le gusta. Tan viciosa y sistemática es esa censura que el sitio altCensored, que se dedica

a rescatar los videos afectados y a reponerlos online, cuenta ya con 41,020 videos censurados o limitados por YouTube. Y esa es solo una de las plataformas. También Twitter, Facebook, Vimeo y otras plataformas han definido y aplicado políticas severas de censura sobre un amplio espectro de contenidos que discrepan o plantean alternativas a la línea de acción que diríamos oficial relativa a la pandemia. Pero hasta ahora, más allá de escuetas justificaciones sin mayor sustancia, ninguna de ellas había llegado, por lo que sabemos, a citar una fundamentación teórica en toda la línea sobre la necesidad, y la eventual bondad, de instalar la censura explícita como política pública en las sociedades "abiertas" del mundo atlántico.

Esa teoría llegó, de afuera de las plataformas, y con particular intensidad, bajo la forma de un artículo publicado el 28 de abril en la revista Atlantic, titulado, con elocuente pesimismo, "Internet Speech Will Never Go Back to Normal" ("El discurso en internet nunca volverá a la normalidad").

Uno de sus autores, Jack Goldsmith, no es ningún joven conspiracionista que escriba en blogs ignotos, sino el Henry L. Shattuck Professor en la Facultad de Leyes de Harvard, Senior Fellow de la Hoover Institution, y co-fundador de Lawfare. Goldsmith es una figura establecida. Su realismo, maquiavélico podríamos llamarle, estaba bien reflejado en un fundamentado artículo de 2017 sobre el Deep State del que nos ocupamos en otra parte. Es además un experto mundial en los aspectos políticos y jurídicos de la tecnología. Quien acompaña a Goldsmith en esta ocasión es una figura emergente, llamado Andrew Keane Woods, profesor de Derecho en la Universidad de Arizona, especialista en ciberseguridad y en regulación de la tecnología, graduado cum laude en Brown primero, en Harvard luego, y becario Gates Scholar en Cambridge (una de las becas dada por la Bill & Melinda Gates Foundation), entre otros destaques de su trayectoria.

Ese artículo puede servir como referencia articuladora de lo que algunos sectores de las elites atlánticas están considerando hoy como posibilidad no solo inevitable, sino benéfica: implantar la censura, y liquidar de una vez el principio ilustrado de basar nuestro contrato social en la más amplia libertad de expresión del pensamiento.

La nota se titula "El discurso en internet nunca volverá a ser lo que era", y la afirmación inicial es durísima. Saludando que las principales plataformas de redes sociales hayan logrado al fin salir de un estado "defensivo" en que se hallaban antes de la pandemia, los autores dicen: "Hoy, las plataformas colaboran orgullosamente entre sí, y siguen la guía del gobierno, para censurar la información dañina". Reportan que la American Civil Liberties Union, o Electronic Frontier Foundation (grupo sobre derechos a nivel digital) han advertido que "estas prácticas solo se pueden tolerar durante este tiempo de excepción, pero que luego habrá que asegurarse de que todo vuelva a ser como antes". Pero esa esperanza nunca se hará realidad, anticipan los autores.

Las medidas que estamos viendo, supuestamente "extraordinarias", ya no lo son. Las prácticas que las plataformas tecnológicas norteamericanas han asumido durante la pandemia "no representan ninguna ruptura con respecto a lo anterior, sino su aceleración".

La segunda o tercera afirmación no es, por obvia que parezca a quienes siguen el asunto de cerca, menos fuerte: "la vigilancia digital y el control de los discursos en Estados Unidos ya muestran muchas semejanzas con lo que uno ve aplicado en los estados autoritarios, tales como China". Si bien en EEUU la implementación de la vigilancia es mayormente privada, mientras que en China es pública, la tendencia a aumentar el control en base a tecnología es básicamente igual en ambos gigantes, se reconoce.

Luego de esta entrada, la tesis principal del artículo es sobrecogedora. La transcribo a continuación: "En el gran debate de las dos últimas décadas entre libertad y control de la red, China estuvo en general en lo correcto, y los Estados Unidos, en general, equivocados. Una significativa supervisión y control del discurso (significant monitoring and speech control) son componentes inevitables de una internet vital y madura, y los gobiernos deben jugar un rol importante en estas prácticas, para asegurar que la internet sea compatible con las normas y valores de la sociedad" (governments must play a large role in these practices to ensure that the internet is compatible with a society's norms and values)". Cualquier dictadura de las que todos hemos conocido, por ejemplo en Latinoamérica, no lo habría dicho distinto.

Lo de intentar mantener la libre expresión en el mundo digital fue un error, argumentan los autores. En efecto, los supuestos sobre los que la internet abierta fue promovida eran, básicamente, que esa apertura iba a promover la democracia y la libertad de expresión desde dentro de los regímenes autoritarios, debilitándolos y haciéndolos caer a la larga. Las revoluciones democráticas impulsadas desde la red serían la consecuencia inevitable. Pero las "primaveras árabes" mostraron que esta ilusión era equivocada. La gente exigió más libertad, pero a la hora de implementar las reformas, éstas fueron cooptadas, absorbidas y liquidadas por pequeños sectores autoritarios, que eran los que estaban organizados políticamente en realidad. Pasada su "primavera", no hay nada más democrático en el Egipto de hoy que en el de hace quince años, desde luego.

En China, el Partido Comunista comprendió enseguida cuál era la jugada, y trabajó sobre ella. "Comenzó a construir sistemas de vigilancia y control cada vez más poderosos, para enfrentar la amenaza", observan correctamente Woods y Goldsmith. Estos sistemas desarrollados por China resultaron eficaces, y hoy la esperanza de hacer abrir al régimen chino con la "internet libre" se parece a una ilusión adolescente.

Citando algunos hechos (Snowden, el Russiagate) como eventos que prendieron las alarmas en Estados Unidos, la argumentación de Goldsmith y su coautor pasa a su segundo momento. En él,

se recuerda cómo "hace diez años", y debido a la "inmunidad legal de que disfrutaban estas plataformas gracias a la Sección 230 de la Ley de Decencia de las Comunicaciones (Communications Decency Act)", aun no había habido alarma alguna, porque "no habían surgido los efectos socialmente disolventes (socially disruptive effects)" de la "desinformación" y los "discursos convertidos en armas de violencia" ("weaponized speech and misinformation").

Luego de ello, ante una presión cada vez mayor del gobierno, las plataformas debieron adaptarse y crear sistemas de seguimiento y censura, que están en efecto desde hace años, y que se fueron automatizando y aprovechando cada vez más la inteligencia artificial. Hoy, las tres plataformas están en "colaboración estratégica" con el gobierno federal, lo que incluye que comparten información. "Las tres plataformas, además, cooperan entre sí, y con organizaciones internacionales, y a veces con el aparato de justicia, para desplegar otras prácticas de censura."

La tercera fase de la argumentación de Goldsmith y Woods, luego de haber establecido que la "sociedad libre" no es, de hecho, demasiado diferente del gobierno chino actual en materia de cuánto vigila y censura, es que la conocida capacidad tecnológica de juntar información y ponerla a disposición del poder (lo que ocurre copiosamente al día de hoy, y cuyos múltiples mecanismos la nota detalla también) es algo potencialmente bueno. Tomando el ejemplo de la "pandemia", permitiría, nos dicen los autores, "hacer un bien público enorme. Como Google y Apple vuelven la mayoría de los teléfonos del mundo herramientas para el rastreo de contactos, tienen la capacidad de lograr algo que ningún gobierno podría lograr por sí solo: casi una perfecta ubicación de la mayoría de la población mundial".

El realismo maquiavélico en el talante de Goldsmith y Woods es patente: no importa lo que uno piense al respecto, en el futuro estos sistemas de "aspiradora de datos privados" seguirán funcionando, y lo harán cada vez con mayor eficacia. Por tanto, sigue la argumentación, ahora solo falta que sean los Estados los que desplacen a los privados en la dirección de estas capacidades en el mundo occidental —convirtiéndolo en una versión, quizá más blanda e imperfecta, de lo que China ya hace.

La conclusión es una apuesta a que, en el futuro, la política y la opinión pública (y la propaganda, claro) logren que este asesinato de la libertad de palabra se convierta en algo aceptado "libremente" (usando su libertad de decisión probablemente por última vez, acotamos) por la ciudadanía.

***

El lector puede verse tentado a caer en el argumento de que todo esto no pone en juego las bases de las sociedades abiertas, puesto que la comunicación y el derecho a la opinión va mucho más

allá de las plataformas citadas. Basta que construya mi sitio web independiente, o que se construyan plataformas que resistan la acción gubernamental, para que esta censura sea fácilmente evadible.

Nada puede ser más ingenuo que esa opinión. La internet es una red que, en último término, es física: está hecha de cables submarinos, satélites, receptores satelitales, silos informáticos, cables, antenas. Y cada uno de esos dispositivos está en último término controlado por las corporaciones privadas, y más atrás de ellas, por los gobiernos que conceden los permisos de operación. Y aun sin necesidad de operar sobre esa complicada infraestructura física, basta un filtro de software impuesto por el gobierno a las corporaciones que manejan la infraestructura física, o el impedimento para que determinada página o usuario puedan operar abiertamente, para impedir que esa opinión se divulgue eficazmente. China, Cuba, han demostrado esto sin refutación posible hace mucho tiempo. El citado Goldsmith ha publicado, en colaboración con el profesor de la Facultad de Leyes de Columbia, Tim Wu, un volumen también de referencia sobre este tema, titulado con elocuencia Who Controls the Internet: Illusions of a Borderless World. (Quien controla Internet: ilusiones de un mundo sin fronteras).

Por supuesto, siempre están los hackers para buscar la evasión de esos controles. Pero esto lleva el derecho a la opinión a un terreno de criminalidad y costos que resultan, entre ambos, prohibitivos para la gran mayoría de la población. Es así que la censura de la opinión pública a nivel digital puede llegar, en un tiempo tan corto como se lo proponga, a ser casi completamente eficaz.

En agosto de 2017 Trump anunció que elevaría el "US Cyber Command" -el comando de guerra cibernética, al mismo nivel de jerarquía que otros comandos de guerra convencional del país, operando de modo independiente a la National Security Agency (NSA). Esto se concretó en 2018. El propósito es "responder de modo más agresivo a amenazas online, sea que vienen desde Rusia, China, o cualquier otra parte". En Rusia, por su parte, el parlamento pasó durante 2019 una ley llamada de "Internet Soberana", que crea un hub centralizado desde el cual los oficiales del gobierno puedan controlar el flujo de información a la nación. La ley propone también que se haga posible que una intranet rusa siga operando en el caso de que el país fuese cortado de la internet global. En diciembre de 2019 Rusia comenzó a hacer pruebas efectivas del funcionamiento de los dispositivos habilitados por esta ley.

5 – ¿El fin de la Ilustración (esta vez sí)?

Lo que parece más significativo no es que estas cuestiones vayan a cumplirse al pie de la letra como las comentan los citados autores, sino que ellas ya puedan formularse sin pudor a los

niveles más serios del establishment. Goldsmith y Woods describen lo que ocurre, y al admitirlo como cuestión de hecho, van contra el fundamento mismo de la libertad de opinión. Se llevan puestas, completamente a sabiendas por supuesto, la Primera y la Cuarta Enmiendas de la constitución de los Estados Unidos (libertad de expresión, y derecho a la privacidad,

Berlinische Monatsschrift.

1784.

Zwölftes Stük. December.

I.

Beantwortung der Frage:

Was ist Aufklärung?

(S. Decemb. 1783. S. 516.)

Aufklärung ist der Ausgang des Menschen aus seiner selbst verschuldeten Unmündigkeit. Unmündigkeit ist das Unvermögen, sich seines Verstandes ohne Leitung eines anderen zu bedienen. Selbstverschuldet ist diese Unmündigkeit, wenn die Ursache derselben nicht am Mangel des Verstandes, sondern der Entschließung und des Muthes liegt, sich seiner ohne Leitung eines anderen zu bedienen. Sapere aude! Habe Muth dich deines eigenen Verstandes zu bedienen! ist also der Wahlspruch der Aufklärung.

Faulheit und Feigheit sind die Ursachen, warum ein so großer Theil der Menschen, nachdem sie die Natur längst von fremder Leitung frei gesprochen

B. Monatsschr. IV. B. 6. St. Hh (na-

Primera aparición de "Qué es la Ilustración", por Inmanuel Kant, en el *Berlinischer Monatsschrift*, mensuario dirigido al público en general

respectivamente). No formalmente, debido a que las plataformas digitales son empresas privadas que establecen un contrato con sus usuarios, el cual incluye ciertas "normas comunitarias", que nadie lee, pero que el usuario acepta tácitamente, y el cual también incluye aceptar que nuestros datos sean recolectados. Pero sí en espíritu, porque por las plataformas digitales y por las redes sociales pasa un porcentaje abrumador de la opinión pública contemporánea. Descartan en un párrafo lo que Kant nos explicó para siempre en esa breve pieza, originalmente periodística, llamada "Qué es la Ilustración". Con la excusa de salvar a Occidente, apuran la desaparición de

lo que hizo distinta a la cultura occidental moderna. La posición de Goldsmith es nacionalista en un sentido fuerte: aquí no se está hablando de supervisión "globalista" de nada, sino de fortalecer a Estados Unidos, al control por parte de su gobierno de datos y discursos, en la guerra no del todo declarada con China. En ese choque, Estados Unidos representa a la civilización en decadencia, mientras que China quiere representar el rol de "lo que viene", del futuro. Ante tal contradicción, muchos creyentes en la ideología del progreso constante, por todo el mundo, son abierta o secretamente pro-chinos: perciben que la "flecha de la historia", que tal progresismo cree inexorable, apunta a Oriente. No interesa que la sociedad que se vislumbra sea distópica, puesto que esa ideología piensa que, de todos modos y mágicamente, el futuro siempre será mejor. Pese a la elocuencia con la cual el mundo ha visto cómo a épocas de mayor esplendor les sucedieron épocas horribles, no parece haber ninguna cantidad de historia básica que le pueda demostrar a esa masiva ilusión del progreso constante y benéfico su equivocación —aunque quien escribe sería la última persona en negar que hay necesidad histórica, y que lo que no nos gusta puede que tenga que ganar de todos modos. Solo que de ahí no surge que uno deba plegarse a ello alegremente. Pienso que negar cierto futuro distópico que hoy se presenta como obvio, y apoyar tendencias crepusculares porque nos parece que son éticamente mejores, es la posición correcta, aunque no vaya a ser la posición ganadora en el corto plazo. En abono de esto último, es un hecho que cada vez menos gente parece conmoverse con la censura, y muchos abiertamente la piden y la aplauden.

Está en la mesa de nuevo cierto argumento final de Kant sobre la libertad, por el cual simplemente hay decisiones —como la de poner a toda la humanidad bajo censura porque un gobierno, o un abogado de Harvard, cree saber cuál es "la verdad" sobre un asunto, o "las normas y valores" de una sociedad— no son, y nunca van a ser, aceptables. La razón por la que no lo son es que la libertad de expresión no es negociable en nombre de ninguna norma moral. La función de la libertad de expresión es esencial a cualquier sociedad humana: hacer que se expongan a la luz pública todas las opiniones, y especialmente las que parecen más aberrantes, a fin de que sea el debate libre y abierto el que vaya descartando las peores y fortaleciendo las mejores. La censura es una forma de enfermedad y de debilidad social que impide que ese proceso, que es saludable, se cumpla.

Kant ha escrito ya en 1784: "Una generación no puede obligarse y juramentarse a colocar a la siguiente en una situación tal que sea imposible ampliar sus conocimientos (presuntamente circunstanciales), depurarlos del error y, en general, avanzar en el estado de su ilustración. Constituiría esto un crimen contra la naturaleza humana, cuyo destino primordial radica precisamente en este progreso. Por esta razón, la posteridad tiene derecho a repudiar esa clase de acuerdos como celebrados de manera abusiva y criminal".

De acuerdo con esta observación, y en medio de la aceleración de eventos que tenemos a la vista, si no se produce un vuelco inesperado en los eventos, la Ilustración parece ir llegando, ahora de veras, a su fin.

***

Siempre ha habido una dialéctica entre el sujeto y el Estado, o el ciudadano y el poder. Esa dialéctica parece inevitable, contrariamente a lo que piensan variantes infantiles del anarquismo que siempre han soñado con suprimirla. Lo que no es infantil es comprender que es preciso mantener esa dialéctica andando, y no permitir que uno de los polos acapare el poder sin control del otro. El poder siempre quiere acumular más poder. Es preciso fortalecer el polo de los controles al poder, y especialmente el de la resistencia individual, y esto puede lograrse sólo informando y educando cada vez con más profundidad a los individuos. No en vano se ha venido denunciando desde hace muchos años el modo en que la nueva ideología pedagógica divulgada e impuesta (a fuerza de dinero, ONGs y préstamos) a escala global ha ido empobreciendo la educación pública, especialmente eliminando una formación sólida en la lectura y escritura de narrativas complejas.

Una vez más, esta crisis muestra la misma disyuntiva, y el poder que la propaganda tiene cuando estos momentos de bifurcación histórica del planeta y sus habitantes quedan abiertos. Esas aperturas de claridad duran, por lo general, un tiempo relativamente breve. Lo que tiene utilidad para el poder son los datos de los individuos, porque para el poder los individuos son también una cifra a manejar. Lo que tiene interés para el individuo es conocer la historia del poder, porque el poder es también una narrativa.

Ensopado de Mam, o la Ilustración contra la enseñanza remota y el tapaboca salvífico

Por Alma Bolón

1 Ensopado de Mam

La enseñanza a distancia y el uso del tapaboca fueron las dos armas de uso masivo que se presentaron para ganar la guerra contra el coronavirus en sus dos frentes principales: el espacio público y los hogares confinados. Por cierto que hubo otras armas (los guantes, el alcohol en gel, la distanciación social, las numerosas actividades que a través de las plataformas internéticas ofrecieron las instituciones o los individuos, todos deseosos de acompañar, entretener, desaburrirse o enfrentar la pandemia y sus costos desde su propia trinchera portátil).

El discurso del esfuerzo bélico y de la fraternidad patriótica con el que el coronavirus anduvo recorriendo unos cuantos países no nos ignoró. También en Uruguay, en dosis indescifrables (al menos para esta escribiente) se combinaron el pánico azul que provocaba la presencia invisible del mal, el placer cinematográfico y cinemascópico de sentir miedo, el goce de saberse latiendo y estremeciéndose con el planeta entero, y la incredulidad más cerril ante la patente ausencia de ese bichito sin cuerpo ni olor, cuando mucho fruto de algún complot, a lo sumo pertrechado de imágenes verdosas y de incontables números.

Hoy que la ciudad ya perdió prácticamente todo su silencio pandémico y los autos volvieron a oscurecerla, este encuentro fortuito de la enseñanza remota y del tapabocas protector difícilmente quede atrás. Por el contrario, cabe imaginar que ambos constituyen prácticas que de seguir avanzando nada bueno nos traerán. Porque ¿sobre qué avanzan la enseñanza remota y el tapabocas salvífico? Pues sobre la tradición letrada y su doble imperdible, es decir, la censura.

2 La Ilustración y su sombra imperdida

A menudo se habla de "libertad de prensa", pues ese es el nombre jurídico que suele tomar la renuncia a obstaculizar la circulación de ideas y de opiniones. Sin embargo, el afán de control de la letra escrita es muy anterior a la existencia de la prensa e inclusive de la propia imprenta. Ateniéndome a Francia, diré que desde la instalación misma de la Universidad de París (siglo XII) se plasma el deseo de sus teólogos de vigilar la circulación de los textos manuscritos, para así evitar eventuales apartamientos del dogma cristiano. La vigilancia de esos apartamientos no constituía, como podría pensarse hoy desde nuestra perspectiva chatamente positivista, un entretenimiento inconducente propio de personas dedicadas a perder el tiempo en el altar del santo botón, sino que en el control de la doctrina y en sus intentos de quebranto se jugaban asuntos terrenales -políticos- que hacían a la sobrevivencia del gran edificio eclesiástico y al sustento de su hija primogénita, la monarquía.

Desde el Fedro platónico había quedado dicho el gran peligro que encierra la escritura: su posibilidad de echarse a andar, de pasar de ojos en ojos, desligada del autor que por su ausencia ya no puede controlar ni el sentido de lo que escribió ni los lectores a los que alcanzará.

Y, sobre todo, la enseñanza de los filósofos había hecho carne: cada individuo de la humanidad toda, para no secarse y marchitarse, para poder respirar el aire que mantiene en vida, debía poder hacerse un juicio propio, un juicio propio recogido en el ejercicio solitario y parsimonioso de la lectura silenciosa, eligiendo y cosechando los sentidos que el texto ofrece, que eso es leer, según nos recuerda su raíz indoeuropea.

La llegada de la imprenta marcará el nacimiento oficial de la censura; ahora, la Sorbona, que ya así se llama la universidad de París, tendrá a su cargo no solo el control previo de todos los textos teológicos, sino de todo escrito que circule sobre el tema que fuere. Las imprentas se instalan en los alrededores de la universidad, en lo que hoy sigue siendo el Barrio Latino, para facilitar el trabajo de censura. En 1532 (once años después de que François I la hubo oficializado), Rabelais publica en la ciudad de Lyon Pantagruel, novela en la que se burla, entre otras cosas, de la jerga jerigonza de los doctores de la Sorbona, a los que llama "sorbonícolas", "sorboniformes", "sorbonagros", "sorbonigéneos", "sorbonisecuos", "sorbonizantes", "niborcisans" o "saniborsans"; esta escritura subversiva más de una vez obliga a Rabelais a huir para ponerse a salvo. En lo sucesivo, los teólogos de la Sorbona realizarán su labor censora junto con el Parlamento de la ciudad.

Al llegar al siglo XVIII, el siglo de la Ilustracion y de la Revolución, las instancias encargadas de ejercer la censura previa de los impresos y manuscritos son muchas: el Consejo del rey, el arzobispado, los teólogos de la Sorbona, el parlamento, la autoridad papal. Todos opinan, aprueban y prohíben. Esta plétora de instituciones encargadas de vigilar la existencia de los escritos coexiste con una reglamentación tan detallada como severa, puesto que castiga al imprentero, al obrero gráfico, al editor-librero, al vendedor ambulante o al autor, en caso de que confiese serlo.

Ante esta inmensa máquina censora que lee y prohíbe, o que lee y sugiere modificaciones de contenido y de estilo antes de otorgar la autorización, muchos se preguntaron cómo pudo suceder que justamente en un siglo en el que la letra estuvo tan organizadamente vigilada se haya producido la Revolución. Tanto más que la Revolución, en su construcción mitológica, en su autoproducción mítica, entre sus precursores y en sus orígenes, colocó a los filósofos y su obra, la Ilustración.

Por su parte, historiadores del libro y de la lectura, como Roger Chartier, se inclinan por la idea de que la obra de los filósofos circuló poco, comparada con la multitud de textos no filosóficos -panfletos, libelos, folletos, pasquines, afiches- que en ediciones baratas fueron leídos masivamente. (Se calcula que la mitad de los conscriptos sabía leer y escribir, en 1750.) Por esto, tal vez, las obras filosóficas son las menos censuradas -8%-, los libelos son el 28% y la aplastante mayoría de obras censuradas tienen que ver con la discusión de la bula Unigenitus espetada por el papa Clemente XI, en 1713, para combatir al jansenismo y sus proposiciones, consideradas "falsas, capciosas, mal sonantes, injuriosas a los oídos píos, escandalosas, perniciosas, temerarias, perjudiciales a la Iglesia y a sus prácticas, insolentes hacia la Iglesia y el Estado, sediciosas, impías, blasfematorias, sospechosas de herejía y con olor a herejía, favorables a los heréticos, a la herejía y al cisma, falsas, cercanas a la herejía, etc."

Piénsese que los enemigos a los que la bula papal condena con tanto entusiasmo son también hombres y mujeres de Iglesia, son los autores que establecidos en el siglo XVII en la abadía de Port-Royal habían compuesto la Grammaire générale et raisonnée contenant les fondemens de l'art de parler, expliqués d'une manière claire et naturelle, hoy conocida como Grammaire de Port-Royal, y la Logique de Port-Royal. (Volveremos sobre esto, por ahora retengamos que la insistente acusación sobre lo herético que lanza Clemente XI recuerda la mucha atención que Lacan prestó a la etimología de "herejía", a saber: "elijo".)

Sin embargo, para Chartier, los filósofos y su obra magna –l'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers– aunque no fueron leídos masivamente permitieron una ruptura, al poner en tela de juicio el principio de autoridad. Dicho de otro modo, la organización de esa suma de conocimientos que es la Encyclopédie no ya ordenados según el principio de la autoridad de la verdad teológica sino de acuerdo a las operaciones que en conjunto realizan la razón, la imaginación y la memoria habilitó la escritura de cientos de textos en los que la autoridad eclesiástica y monárquica era puesta en tela de juicio al relatarse sus costumbres amorosas, su falta de lealtad, su hipocresía, su apego al lujo, su insensibilidad ante la injusticia, sus vidas irrisorias. ¿Qué había sucedido? Pues que lo que la Iglesia y la monarquía venían contando sobre sí mismas desde hacía exactamente mil años estaba resquebrajándose y volviéndose inverosímil: suspendiéndose la autoridad de sus palabras, por la acción diseminada de los libelos y de la fineza filosófica.

En las dos puntas, la de las obras caras y de menor circulación/la de las obras de bajo precio y de gran circulación, lo que está en juego es la lectura y cierta manera de leer, que se diferencia de la lectura intensiva, es decir, de la lectura de uno o dos libros a lo largo de toda la vida (por ejemplo, la Biblia). En cierta forma, el objeto material se trivializa, al desarrollarse la lectura extensiva de una multiplicidad de textos que a menudo tienen más del folleto que del libro de cabecera que acompaña toda la existencia. Igualmente, también está en juego un ideal de lectura, el propugnado por la Encyclopédie, y por la tradición que ésta retoma. 1

3 La Encyclopédie y el aire que se respira

En el "Discours préliminaire" de l'Encyclopédie, D'Alembert afirma: "las ideas que se adquieren a través de la lectura y la sociedad son el germen de casi todos los descubrimientos. Es un aire que se respira sin pensar, y al que se le debe la vida". La metáfora dicha como al pasar es asombrosa: la lectura ya no proporciona el alimento que sustenta al alma, ya no es la materia nutricia que por ejemplo en español da lugar al término "alumno", sino que es algo más

perentorio e inasible, la lectura es el aire mismo, la condición de la vida: la aspiramos y nos inspira, sin que tengamos consciencia.

Esta calidad de "aire que se respira" reconocido a la lectura, no impide que D'Alembert, en las entradas "Bibliomanie", "Bibliomane" y "Bibliotaphe", identifique y critique a quienes se dedican a acumular libros, que no solo sacan de la circulación (los "bibliotaphes" son quienes sepultan los libros en sus bibliotecas) sino que tampoco leen, porque "bibliómanos" y "bibliótafos" suelen ser completamente ignorantes en las materias que tratan los libros que poseen y no les interesa familiarizarse con estos, al coleccionarlos solo como objetos tan encuadernados en oro y en cuero que sus bibliotecas más parecen y más huelen a curtiembres, dice D'Alembert.

A esta forma de acumulación de un capital solo destinado a su posesión maniática, se opone el leer, que en la correspondiente entrada "Lecture", su autor (el caballero de Jaucourt) distingue según sus dos modos, la lectura en alta voz y la lectura silenciosa. Y si la primera tiene que ver con el placer que produce el dejarse llevar por la voz propia o ajena, en cambio, en la lectura silenciosa sucede que "se juzga más sanamente", porque "lo que se oye pasa rápidamente, [mientras que] lo que se lee se digiere todo lo que se quiera", al poderse "volver con comodidad a los mismos lugares [del texto] y discutir, por así decirlo, cada frase". Esta posibilidad de leer a nuestro aire que ofrece la lectura silenciosa significa "recoger el fruto entero", escribe el caballero de Jaucourt, recurriendo a una vieja metáfora agrícola que nos remite a los sentidos que ya en indoeuropeo tenía *leg-, vieja raíz que dio lugar a una extensa familia de palabras, como veremos más adelante, y a la que se le atribuye justamente el sentido de "escoger, recoger, elegir".

(Como recordatorio, algunos miembros de la familia proveniente de la raíz *leg-: coger, elegir, recoger, colectar, leer, lector, lección, lectura, leyenda, colegir, colegio, colega, colectivo, colecta, colección, elección, electoral, elegante, élite, inteligir, inteligente, inteligibilidad, intelección, intelectual, inteligencia, negligencia, negligente, diligencia, diligente, sacrilegio, sacrílego, sortilegio.)

Entonces, para "recoger el fruto entero" y para "formarse un juicio" son necesarios "el silencio, el reposo y la meditación". Sin esto, "los más bellos talentos naturales se secan y se marchitan", escribe el caballero de Jaucourt.

De este modo, si la lectura proporciona -o es- el aire que respiramos sin darnos cuenta, la lectura silenciosa realiza de mejor manera su ideal aéreo, a saber que podamos formular un juicio, a solas y sin el apremio de la voz que impone su ritmo -ajeno al de nuestra cavilación- privándonos como lectores del recorrido propio del texto en sus variados sentidos y por sus múltiples lugares.

Pero el caballero de Jaucourt, en la Encyclopédie, no solo establece una distinción entre la lectura en alta voz y la silenciosa, sino que también hace una especie de tipologización de los lectores: (a)

los militares que desatendieron la lectura en su juventud son incapaces de apreciarla cuando llega la madurez; (b) los jugadores solo quieren barajas y dados con los que ocupar su alma, sin que tengan necesidad de que la lectura contribuya a su placer ni necesiten acordarle atención sostenida; (c) los financieros, siempre agitados por el amor al interés, son insensibles al cultivo del espíritu; (d) los ministros, que no tienen tiempo de leer, si alguna vez leen, lo hacen como "los esclavos fugitivos que temen a sus amos", dice Jaucourt, recurriendo a una comparación que atribuye a Platón.

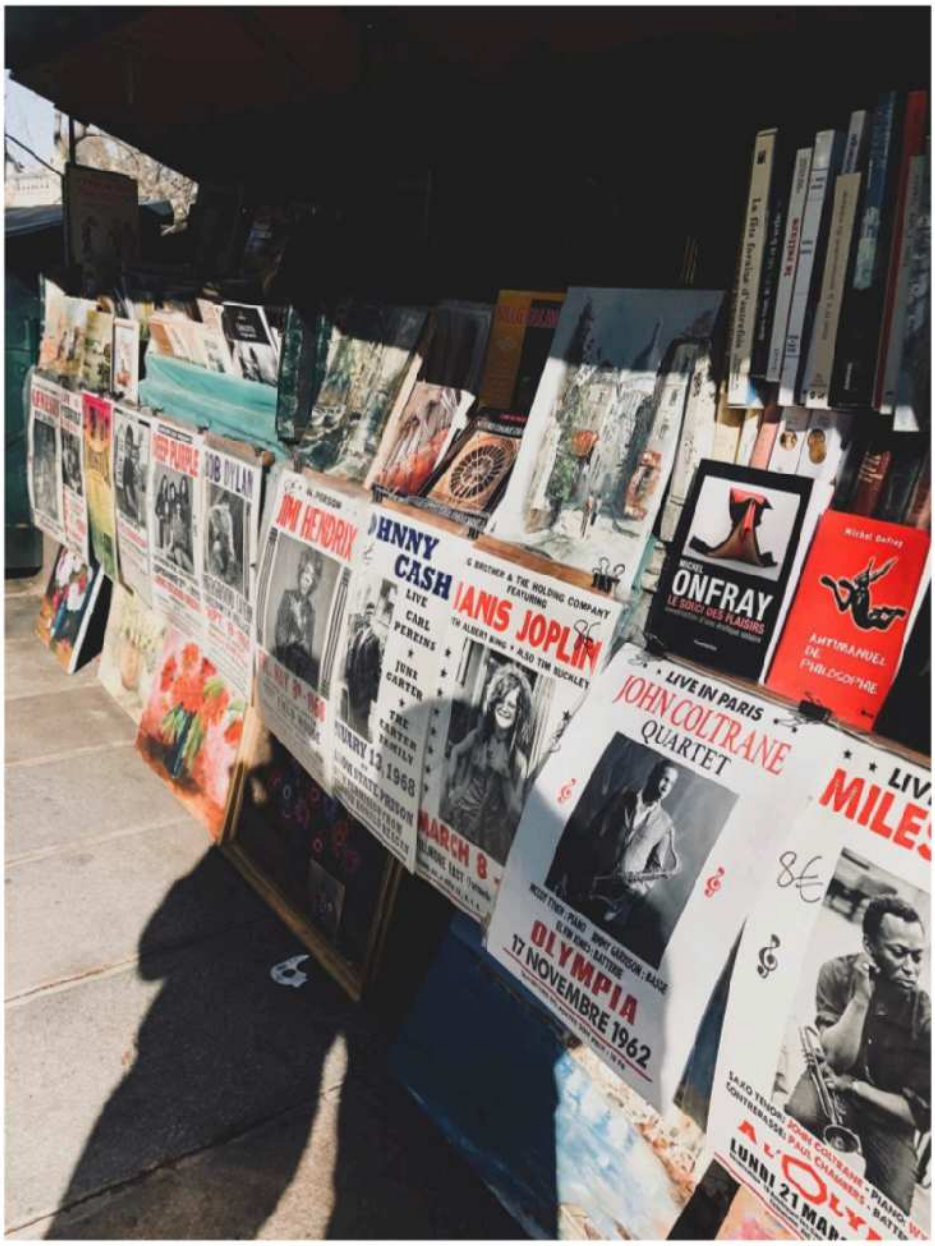
Esta extraordinaria comparación -leer como leen los esclavos fugitivos que temen a sus amos- parece coronar una serie de situaciones en las que la lectura es incompatible con el estado de alienación que supone haber entregado su juicio propio a la institución militar, al azar del juego de dados y barajas, al amor por la acumulación de dinero, al poder político al cual se sirve, al cual se ministra. Por esto, si quien se dispone a leer está sometido al ministerio -al servicio- del poder político, su lectura siempre estará condicionada por la sombra del amo ausente. Al menos esto es lo que entiendo yo.

Alejándose de cualquier mandato memorístico o meramente acumulativo, la Encyclopédie eleva la imaginación (véase el frontispicio que la ilustra) al mismo rango que la razón y la filosofía, en su servicio a la verdad. Imaginación, razón y memoria son los tres pilares que, dice D'Alembert en su "Discours Préliminaire", en la Encyclopédie organizan el saber dieciochesco sobre las ciencias, las artes y los oficios, para que cada quien se haga su propio juicio, a través de la lectura, claro está. ¿Cada quién? Sí, claro: "la humanidad", como llama a ese cada quien Diderot en una carta a su amada Sophie Volland, o "la sociedad", como había escrito el mismo Diderot en el prospecto redactado para propagandear la suscripción a la Encyclopédie, en 1750.

Entonces, a pesar de la duración de esta empresa editorial (1750-1772); a pesar del costo de sus veintiocho volúmenes in-folio, criticado por Voltaire, partidario de obras más breves y más baratas; a pesar de la persecución de la censura y de la protección de algunos censores que llegaron a advertir a Diderot sobre allanamientos que ellos mismos habían ordenado; a pesar de la magna empresa que fue coordinar el trabajo de ciento sesenta autores con sus varias querellas y de setenta y dos mil artículos; a pesar de todo esto y mucho más, en el momento de la toma de la Bastilla (1789) se calcula que ya estaban circulando veinticinco mil ejemplares de la Encyclopédie.

Y, sobre todo, la enseñanza de los filósofos había hecho carne: cada individuo de la humanidad toda, para no secarse y marchitarse, para poder respirar el aire que mantiene en vida, debía poder hacerse un juicio propio, un juicio propio recogido en el ejercicio solitario y parsimonioso de la lectura silenciosa, eligiendo y cosechando los sentidos que el texto ofrece, que eso es leer, según nos recuerda su raíz indoeuropea.

En el siglo XIX este programa político de lectura y de escritura seguirá lidiando con la censura que no habrá bajado la guardia. Más allá de los conocidos juicios y condenas a Charles Baudelaire -por Las flores del mal– y a Gustave Flaubert -por Madame Bovary-, la censura no ceja: los textos dramáticos de Alexandre Dumas, de Eugène Sue y de una multitud de autores son leídos con lupa. Los censores, como verdaderos analistas de textos, subrayan palabras, oraciones, párrafos, páginas y capítulos, proponiendo cambios que vuelvan admisibles para el poder monárquico y religioso las fábulas de los escritores. Un ejemplo muy cercano de esta presencia de la censura que discrimina entre un decir correcto y un decir incorrecto, lo proporciona la novela que Alexandre Dumas escribe entre noviembre de 1849 y febrero de 1850, a instancias de Melchor Pacheco y Obes a la sazón en París, Montevideo ou Une nouvelle Troie. Este texto tiene la particularidad de que sus ejemplares se dividen entre aquellos que tienen 167 páginas y los que tienen 174 páginas, es decir, entre aquellos que Dumas concluyó con una larga diatriba en contra de Inglaterra y su condición de "enemiga mortal" de Francia, y aquellos ejemplares en los que Dumas prefirió curarse en salud y cercenarlos de la diatriba, evitando así una censura que lo tenía en la mira. Ésta se extenderá a lo largo de todo el siglo XX y de lo que va del XXI, afectando obras impresas, teatrales y cinematográficas. (Valgan como ejemplos La question, de Henri Alleg, libro publicado en 1958 por Éditions de Minuit e inmediatamente prohibido, en el que se expone la tortura practicada en Argelia por el ejército francés contra los argelinos y contra los franceses que, como Henri Alleg, militaban por la independencia de Argelia; o "La religieuse", de Jacques Rivette con Anna



Karina, sobre novela epistolar de Diderot, película prohibida cuando su estreno en 1967; y también, hasta hoy, los llamados "panfletos" de Louis-Ferdinand Céline, cuyas ediciones "clandestinas" se venden en los buquinistas del Sena y se encuentran en internet, pero que nunca hasta ahora fueron legalmente reeditados, a pesar de los frecuentes amagues.)

Sin embargo, el gran campo de batalla del programa pedagógico de la Ilustración tendrá lugar en la escuela.2

4 La escuela: la holgura no es para todos

Si desde los albores el Estado francés se había desentendido de la enseñanza dejándola en manos de la Iglesia -en 789, Carlomagno encomienda a los curas que se hagan cargo de la enseñanza de los niños que luego integrarán las huestes eclesiásticas, en tanto el palacio se encargará de la educación de quienes gobiernen- la Revolución por cierto revé esa tradición que cumplía mil años de desentendimiento estatal de la enseñanza. Así, la Revolución cerrará la Sorbona, nido de sorbornícolas y sorbonigéneos, ya lo había avisado Rabelais doscientos cincuenta años antes y la cosa entre tanto no había mejorado. Napoléon fundará luego otras instituciones de enseñanza superior y, también, una red nutrida de liceos que se extenderá por todo el territorio. Casi veinte años después de la caída del Imperio, entre 1833 y 1836, la monarquía promueve leyes que obligan a las comunas de más de trescientos habitantes a tener dos escuelas, una para niños y otra para niñas, en las que se asegure que todos en las que se asegure que todos aprenderán a leer y a escribir. Hacia fines de siglo, prácticamente toda la población sabe hacerlo. La guerra de trincheras de 1914-1918, con sus masas de tiempo inmóvil, dejará un corpus monumental constituido por la correspondencia de los soldados que escriben incansablemente a sus familias en la retaguardia, mostrando así con esta cruel prueba los éxitos de la alfabetización, puesto que el 95% de esos soldados sabía leer y escribir, y no se privaban de hacerlo, mientras esperaban el ataque. Sin embargo, este camino ascendiente hacia la alfabetización total fue también un campo de batalla arduo, en el que se jugaba no ya la necesidad de la alfabetización, sino el qué enseñar. Si el salterio había sido durante casi mil años el libro de base de la escuela primaria, la Iglesia ya había perdido el monopolio y le salían al paso individuos tan potentes como Victor Hugo. En 1850, en momentos en que el parlamento francés discute una nueva ley de enseñanza que procura devolver más prerrogativas a la Iglesia, Adolphe Thiers, hombre de Estado de todos los gobiernos, pronuncia un discurso en el que denuncia la enseñanza recibida por los obreros porcelaneros de la ciudad de Limoges, demasiado instruidos, demasiado bien pagos, demasiado revoltosos, demasiado "peligrosos para la paz pública", demasiado capaces de "poner patas para arriba", no siendo más de un millar, toda la comarca. En esa intervención, atajándose, Thiers

dice no estar propiciando el "oscurantismo", pero que "hay que mirar bien antes de extender desmesuradamente, por todas partes, la instrucción primaria, y sobre todo, antes de darle una extensión mayor que traerá grave peligro". Y redondea: "Leer, escribir, contar, esto es lo que hay que aprender; en cuanto al resto, es superfluo […] Pido que haya algo distinto de esos maestros laicos tan detestables en su gran mayoría; quiero Hermanos, inclusive si en el pasado pude tener alguna desconfianza hacia ellos; quiero hoy volver todopoderosa la influencia de la Iglesia […] porque cuento con la Iglesia para propagar esta buena filosofía que enseña que el hombre está aquí para sufrir".

Claramente, para Thiers, se trata de alfabetizar, pero no demasiado, y no a todos, porque no todos están en condiciones de recibir tanto: la holgura, el desahogo no son para todos, véase si no lo que hacen los obreros de Limoges. ("J'irai même jusqu'à dire que l'instruction est, suivant moi, un commencement d'aisance et que l'aisance n'est pas réservée à tous", proclama Thiers.)

Con similar sinceridad escribe el barón de Gérando, par de Francia y filántropo, en 1818, en una publicación que lleva por título Journal d'éducation: "Hay que evitar a la vez lo que solo podría ofrecer oportunidades y temas de distracciones frívolas, o lo que tendería a inspirar el asco a una condición laboriosa y oscura y un deseo imprudente de elevarse por encima de la esfera en la que se fue ubicado. Hay que procurar a los individuos de las clases industriosas los medios para vivir tranquilos, contentos y felices con su condición… Si sus facultades físicas, morales e intelectuales reciben la dirección y los desarrollos convenientes a través de las primeras instrucciones que les son dadas, a través de lecturas buenas y sólidas que se vuelven su complemento, se alcanza el objetivo propuesto, que asocia la moralidad y la instrucción, y que consiste en extender paulatinamente más medios de desahogo y de felicidad en las clases inferiores de la sociedad".

Nótese que el problema pedagógico no es "la enseñanza" a secas, sino la enseñanza que debe darse a "las clases inferiores de la sociedad", ahora que se vuelve cada vez más apremiante la amenaza de que la escritura llegue hasta donde no estaba previsto que llegara. La enseñanza de las clases altas no plantea dificultad: será la de siempre, la enseñanza que una tradición milenaria fue constituyendo. El problema que surge es qué enseñar a los recién llegados al banquete de la escritura, no porque como alumnos presenten alguna deficiencia que los baldaría, sino exactamente por lo opuesto: podría suceder que la enseñanza cumpliera demasiado bien con su ser, produciendo "un deseo imprudente de elevarse por encima de la esfera en la que se fue ubicado". Nótese también la violencia que supone, en un idioma en que "alumno" se dice "élève" (atribuyendo así explícitamente a la enseñanza ese efecto de "elevar" hacia el cielo de las ideas), que se tema que ésta cumpla demasiado bien con su sentido, propiciando la elevación de quienes deben vivir tranquilos con su condición no elevada al cielo de las ideas, es decir "las clases industriosas".

¿Cómo evitar que la enseñanza enseñe tan bien que el orden social quede trastocado, como consecuencia de "un deseo imprudente de elevarse por encima de la esfera en que se fue ubicado"? Éste es el problema "pedagógico" planteado. La respuesta del barón, para evitar la elevación del élève (alumno) es de naturaleza física: para impedir ese escape hacia lo alto de las clases bajas, éstas deben recibir "lecturas buenas y sólidas": contra el riesgo de la elevación por lo etéreo de la lectura -es el aire que respiramos, decía D'Alembert- debe suministrarse su antídoto, la "lectura sólida" que ancla en el lugar atribuido.

Si podemos llegar a imaginar lo que son "lecturas buenas", vectores de moral patriótica, familiar y laboral, las "lecturas sólidas" suenan más enigmáticas, aunque no mucho: lecturas en las que el lenguaje no se interponga, ni se problematice.

En el último tercio del siglo XIX, desde filas absolutamente opuestas, desde las filas de los communards -los participantes en la revuelta y breve gobierno de la Commune, en marzo-mayo de 1871- sangrientamente reprimidos (se estiman en 20000 los muertos) por el antes nombrado Adolphe Thiers, la voz de Jules Vallès en su maravillosa trilogía L'enfant, Le bachelier y L'insurgé impreca contra una enseñanza que, "alimentándolo de griego y latín", lo condenó a morirse de hambre porque, como comprueba en sus búsquedas de un trabajo, los patrones no lo quieren y en Le bachelier se lo explican con claridad, cuando se enteran de que él es bachiller, es decir demasiado instruido, demasiado revoltoso: "¡Esta es otra buena razón para que yo no lo contrate! En estos tiempos de revolución, no nos gustan los desclasados que saltan del colegio al taller. Estropean a los otros…". Así, con amargor, el communard y exiliado Jules Vallès reunirá buena parte de sus escritos periodísticos en un libro que llevará por título Les victimes du livre. Y, claro está, sus contemporáneos le harán ver -o por lo menos lo intentarán- que era esa escuela que él execraba la que le había permitido escribir su genial trilogía y vivir, aunque fuera un vivir frugal, de su pluma periodística.

Entonces, decía yo antes, si en el siglo XVIII la naciente Ilustración tiene por sombra a la censura, en el alfabetizador siglo XIX, a la censura tradicional se suma la censura que realiza la escuela, propiciando ciertas lecturas edificantes y obstaculizando otras que elevando a los lectores, corrían el riesgo de traer desorden. En todos los casos, se trataba de canalizar y de amortiguar el recorrido por definición impredecible de la letra escrita. Hoy, en el mundo pandémico y postpandémico, la enseñanza remota y el tapabocas se suman a esa tradición. 3

5 La escuela en algoritmo

No me explayaré aquí sobre la ausencia de autonomía (o de soberanía) de las políticas que en Uruguay promueven las Tics, solo indicaré que éstas provienen de organismos internacionales

(Bid, Banco Mundial) y su acatamiento condiciona los préstamos que se contraen para, justamente, invertir en su aplicación. Por ejemplo, en 2002, Anep firmó un acuerdo con el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial) por el cual recibiría 42 millones de dólares (digo "recibiría" porque luego entre pitos y flautas llegan montos mucho menores aunque la deuda real se acreciente con una cifra de ficción), con la condición de cumplir con las obligaciones establecidas por el Banco. Entre las acciones enumeradas por el acuerdo, figura en primer lugar: "1. Expansión de las escuelas al modelo de Escuela de Tiempo Completo" y en segundo lugar: "2. Equipamiento tecnológico y materiales didácticos para Escuelas de Tiempo Completo y Escuelas de Atención Prioritaria (Escuelas de Contexto Socio-Cultural Crítico)", en tercer lugar figura "3. Entrega de libros de texto", y luego las consabidas obligaciones de reforma de la formación docente y de culto a la evaluación. Claramente, los dólares prometidos son a cambio de priorizar la inversión en equipamiento tecnológico.

El plan Ceibal, con los gobiernos del FA, dará jerarquía y realce a la compra de computadoras, no solo por el aumento de las sumas invertidas y por su directa dependencia de Presidencia de la República, sino por la fuerza simbólica investida en el plan One Laptop Per Child / Plan Ceibal, propagandeado, hasta la campaña electoral de 2019, como un logro pedagógico -con la tecnología informática la escuela entraba en la modernidad, en la que aprender era apretar botones- y democrático/inclusivo, pues todo niño recibió su "ceibalita".

Imagen en el sitio oficial del programa One Laptop per Child. La leyenda dice "Uruguay. Estudiantes en Artigas"

Otro hito importante, en esta fuga hacia la pantalla de la enseñanza uruguaya, fue el programa de acreditación de los tres años del ciclo básico de Secundaria mediante una prueba de múltiple opción y de 2 horas 40 minutos de duración que organizaron las autoridades de Anep en febrero de este año y en la cual, según difundió la prensa, se inscribieron 25,000 candidatos.

El cierre de las instituciones de enseñanza, dada la alarma creada por la declarada pandemia, hizo pasar las clases remotas al primer plano, como una suerte de arma que debía contrarrestar los efectos del virus, al amenizar el confinamiento y el "no perder el año". Bajo el repetido credo sobre la inequivalencia de la clase presencial y de la clase remota, bajo la insistencia en que la segunda no remplaza a la primera, fueron avanzando directivas exactamente opuestas: no es lo mismo, pero igual hay que cumplir con su implementación; no es lo mismo pero hay que organizar parciales, pruebas, exámenes, evaluaciones, inclusive evaluaciones de los docentes que con entusiasmo obligado o rabiosos, acompañan la mímica.

Un joven profesor de Literatura en Secundaria así resume la alarma del coronavirus y la solución de los cursos remotos, servida como a disgusto por una mano de hierro: "Me siento cooptado por la regulación de las perillas del Codicen, un poquito a la derecha, otro poquito a la izquierda, y voilà, tenemos la solución mágica: demos clases a distancia para "hacer algo" y siempre mantengamos como muletilla para evitar los escándalos que esto es momentáneo y que las clases presenciales son insustituibles. No faltará mucho tiempo para que el sentido común las sinonimie. Presencia, distancia: qué más da… Quizás eso será para nosotros la "nueva normalidad": tener que dar la discusión sobre el valor que sigue teniendo la co-presencia en la enseñanza".

Por otra parte, no es novedad que muchos colegios privados que se precian de ofrecer una enseñanza que enseña han sido renuentes a la pantallización de sus clases, en Uruguay y fuera. Hace unos años, era notorio que mientras el gobierno y las autoridades de la Anep se autopropagandeaban difundiendo fotos de niños de túnica y moña azul sonrientes ante sus ceibalitas, el colegio Crandon se propagandeaba con fotos callejeras gigantes, instaladas en 8 de Octubre y Garibaldi, de niños aplicados a escribir a mano, sobre una hoja de papel, sin pantallas a la vista.

Dejando de lado la patente dimensión afectiva, porque no es lo mismo hablar y relacionarse con una persona presente que con una imagen en una pantalla, ni es lo mismo leer un libro singularizado por la materialidad de su edición (tacto, olor, peso) y por su desgaste y roturas que leer un libro en la uniforme chatura brillosa de la pantalla; y dejando también de lado las obvias dificultades técnicas (no todos los escolares, liceales, estudiantes o docentes tienen en su casa una computadora para su uso personal con la conexión requerida, inclusive los alumnos pueden ni siquiera tener los teléfonos celulares con la pantalla intacta como para poder leer textos literarios,

o de filosofía, o de geografía, o de biología); dejando de lado todo esto, hay que preguntarse si las pregonadas ventajas que ofrecen los cursos remotos -su pregonada inclusividad democrática- tienen algún asidero.

Por cierto que no: las clases remotas hunden un poco más a quienes ya lo estaban, al multiplicárseles los escollos, al impedirles salir de los hogares -a menudo santuarios de peloteras o de soledad hacinada- e impedirles intentar ser otros diferentes de los que son en su intimidad familiar, a saber intentar ser alumnos, estudiantes: seres que admiten que en una clase puede haber algo bueno relativo al saber que los espera, algo que tal vez en sus casas no hay.

Pero también, más radicalmente, la enseñanza a distancia corroe los principios de la Ilustración al instaurar procedimientos que, en el mejor de los casos, propician la transmisión de conocimientos que transitan del docente al alumno vía exposiciones orales o escritas y según el formato de la clase magistral: de la conferencia en la que un conocimiento ya pronto es comunicado a los alumnos con, a lo sumo, una grilla de preguntas que dé cuenta de algún grado de comprensión lectora. Si hacia esta "modernidad" se va, cabe preguntarse para qué desde hace tanto tiempo se promueven las cátedras, institutos, facultades y universidades de las ciencias de la educación, si todo seguirá respondiendo, ahora desde plataformas internéticas, al tradicional formato en el que el profesor habla y los alumnos escuchan. En cuanto a otros procederes más descontracturados, véanse por ejemplo las sugerencias de pruebas basadas en los juegos del Ahorcado o del Millonario que figuran en la plataforma universitaria Eva, el aspecto supuestamente lúdico y efectivamente imbécil no llega a esconder el hecho de que se trata de ejercicios estructurados por un algoritmo que luego permite corregirlos, es decir, por una secuencia extremadamente simple, ante la cual solo cabe intentar conocer qué espera que se le responda, es decir, solo cabe intentar conocer qué se le dijo que era aceptable como respuesta. Dicho de otro modo, solo cabe amoldarse, anticipando su espera, a una instancia que nunca podrá reconocer el valor de la singular respuesta formulada por una subjetividad que hizo su propia cosecha, que leyó a su modo a partir de sus propias elecciones.

El algoritmo, única alternativa real al formato milenario y youtubista de la clase magistral/tutorial, por definición no piensa, solo obedece a su programa, concebido por alguien no necesariamente entendido en la disciplina en cuestión, aunque sí idóneo en los límites de la máquina que, por definición no entiende, solo ejecuta e impone su seguimiento: obedece e impone obediencia.

En ese sentido, una enseñanza mediada por la máquina es una enseñanza diseñada y constreñida por y para la máquina de tal forma que, como decíamos, se aleja irremediablemente de la Ilustración en tanto que ésta es una política que espera la derrota de "los tiranos, los opresores, los fanáticos y los intolerantes", según escribe Diderot a Sophie Volland.

Porque, como se recordará, esa derrota del sentido único que es el sentido de los tiranos, opresores, fanáticos e intolerantes, para los enciclopedistas se alcanza a través de la lectura entendida como práctica que propende a la formulación de un juicio propio, meditación que consiste primordialmente en un trabajo de la inteligencia que recoge, recolecta, selecciona, intelige, elige: lee. Este trabajo de elección individual, de lectura, es lo que desde un punto de vista dogmático, doctrinal y papal es una herejía, manera griega de decir "elijo".

Este "elijo" que es la lectura -elijo y recojo en los frutos que el texto ofrece- se encuentra en las antípodas de la forma canónica de la enseñanza remota, a saber, "la múltiple opción". Porque, por muy múltiple que sea la múltiple opción, siempre será una multiplicidad acotada a lo que otro pensó, nunca será más que el repertorio cerrado que otro ya pensó para que uno tome como propio un elemento y lo devuelva. Esto se sitúa, vuelvo a decirlo, en las antípodas del leer como construcción de un juicio propio a partir del ejercicio de la inteligencia, del recoger la colección de lecciones o lecturas, ejercicio este que permite el advenimiento de lo que nadie hasta ese momento había pensado. Así, en ese ejercicio de la inteligencia que es la lectura, adviene lo hasta entonces impensado.

En cambio, en el "multiple choice", lo único que puede advenir es lo ya pensado por otros y, por esto, es un simple ejercicio de sumisión a derroteros ajenos: solo se trata de identificar qué quiere el otro que uno le responda. Curiosa forma por la que la censura retorna a la enseñanza, aunque ya no sea en la elección de cuáles autores o textos dar a leer.

Probablemente por esto, los colegios privados que imaginan estar formando la élite de la nación poco interés tienen en fomentar este tipo de pensamiento de esclava docilidad, esta manera de leer "como esclavo fugitivo que teme a su amo". Causa espanto pensar que el Estado, para la mayoría de sus futuros ciudadanos, tiene esto como ideal educativo. 4

6 El tapabocas divisa opaca

En el lapso de dos meses, los tapabocas abandonaron el ámbito de los hospitales y se metamorfosearon en piedra de toque de la conducta ciudadana, divisa incolora del partido de los abocados a la derrota del virus. Al mismo tiempo, el tapaboca organizó un vértigo entre su literalidad y su metaforización, entre su literal función de tapar la boca entorpeciendo la salida de las palabras proferidas al punto de disuadir su proferencia, y su metafórico -político- efecto de acallamiento y censura.

No obstante, el tapaboca como instrumento de la censura presenta diferencias notables con respecto a los instrumentos centenarios ya conocidos: no hay instancia censora instituida (teólogos de la Sorbona o Ministerio del Interior), no hay tampoco el voluntario (e

imprescindible) ejercicio de la censura que cualquier hablante realiza sobre su propio decir, eligiendo qué dirá y que callará, sino que hay algo mucho más drástico. Ahora, sin instancia exterior instituida cada hablante es su propio censor, pero con una particularidad: el tapaboca, una vez calzado, exime de cualquier elección: no se dice nada y se acabó. Con esta radicalidad, se destituyen las contradicciones y magnanimidades que regían la actividad de los censores instituidos, legales, notorios.

Se objetará que este efecto tapaboca -voluntario y sistemático acallamiento del hablante sobre sí mismo- existe hace mucho, que no necesitó de este utensilio para producirse. Esto sin duda es así con respecto a los grandes medios de comunicación, tapaboqueados por sus ideologías e intereses económicos inmediatos, o con respecto a los medios de comunicación menos masivos pero imbuidos de convicciones partidarias que sesgan su percepción tal como un tapaboca. De igual modo, podría objetarse, hace mucho que actúan tapaboqueados los individuos que ven y callan el desmoronamiento, convenciéndose de que no es tan grave, o de que los escombros siempre serán mejor que nada. Nada de esto para callar esperó por el tapaboca.

(En este sentido, véase, por ejemplo, el casi inexistente espacio concedido en Uruguay a quienes denunciamos la instalación de UPM 2, o véase el igualmente inexistente espacio ocupado en los grandes medios por perspectivas divergentes con las políticas de la OMS, en particular con la declarada pandemia del Covid 19.)

Sin embargo, hay novedad y ésta reside, como decía recién, en la sistematicidad del callar -no es solo callar selectivamente, sino que es callar como forma reivindicada de estar en el mundo- y, sobre todo, es novedad su avance silenciador sobre lugares de enunciación difusos, incontrolables por su propia extensión proliferante. En este sentido, a nadie escapa la campaña que desde hace tiempo los principales medios de prensa internacional, sectores importantes de la academia y poderosas oenegés desarrollan contra las fake-news y lo que se consideran sus agentes privilegiados de difusión, a saber, las redes sociales. Esta campaña es comprensible, en la medida en que, una vez que los medios de comunicación tuvieron ideológicamente milimetrada cada sílaba que profieren, los lectores se volcaron hacia las redes sociales, lugares en donde coexiste una abrumadora variedad de decires, una asombrosa y desconcertante pluralidad, resultante de que cada individuo es lector y escribiente/difusor, un poco a la manera de las "nouvelles à la main" dieciochescas, que tanto inquietaron a la policía que ésta se dedicó a escribir a mano y dar circulación una multitud de "contre nouvelles à la main" como intento policial de contrarrestar la imparable difusión de noticias y de rumores que las personas se encargaban de copiar a mano y distribuir. (Como se sabe, en nuestra época, el proceso de celebración de lo "pluri", lo "diverso", lo "inter", lo "trans" coexiste y a veces es paradójicamente promovido y celebrado por la uniformidad intelectual más apabullante.)

El singular destino de Julian Assange ilustra este juego, por el que los grandes medios de prensa en primera instancia se prestaron a un trabajo conjunto de difusión de archivos que exponían lo que a menudo los Estados buscan esconder sobre su propio proceder, para acto seguido, esos mismos medios que se habían beneficiado con lo difundido por Assange le dieron la espalda y lo dejaron solo -se pusieron el tapaboca- en medio de inverosímiles acusaciones de ex novias que valieron a Assange la persecusión y la cárcel hasta hoy.

Y, más allá del sistema de censuras y de sanciones que se abate sobre los posteos de los usuarios de redes como facebook, que muchas veces obedecen a la acción de filtros automáticos y otras veces a denuncias de otros usuarios disconformes, lo cierto es que el efecto tapaboca se hace hoy sentir, por ejemplo en facebook, de una forma espejada. Porque sucede a veces que la respuesta a la censura bienpensante, higiénica, desodorizante, desinfectante y profiláctica que realizan los algoritmos o los usuarios de facebook atentos a la purificación del pensar mediante la eliminación de ciertos términos considerados malsonantes o de ciertas imágenes consideradas obscenas, los censurados responden con una especie de juego especular de escándalo y desafío (los escandalizadores y desafiadores resultan escandalizados y desafiados), por el que la palabra censurada vuelve a proferirse, pero de modo que el algoritmo, esencialmente estúpido (esto ya fue visto), no la reconozca. Sucede entonces, con ecos marciales y terminología militante, una suerte de correrías a la Tom y Jerry, por el que miles de ratoncitos quieren ganarle al tonto de Tom.

Cabe preguntarse si este no es hoy uno de los efectos tapaboca más logrado: la renuncia por parte de muchos usuarios a la herejía, la renuncia a escoger sus propios sentidos, impelidos como están en proferir lo que el Otro dice que (no) se profiera. Éste sí parece ser el triunfo del tapaboca.

¿Acaso Michel Foucault no alertaba sobre esto, ya en 1970? Lo recuerdo: "Todo sucede como si prohibiciones, barreras, umbrales y límites hubieran sido dispuestos de manera que fuera dominada, el menos en parte, la gran proliferación del discurso, de manera que su riqueza fuera aligerada de su parte más peligrosa y que su desorden fuera organizado según figuras que esquivan lo más incontrolable: todo sucede como si hubiera querido borrarse hasta las marcas de su irrupción en los juegos del pensamiento y de la lengua. Sin duda hay en nuestra sociedad, e imagino que en todas las otras, pero según un sesgo y escansiones diferentes, una profunda logofobia, una especie de temor sordo contra esos acontecimientos, contra esa masa de cosas dichas, contra el surgimiento de todos esos enunciados, contra todo lo que puede haber ahí de violento, de discontinuo, de batallador, de desorden y también de peligroso, contra ese gran zumbido incesante y desordenado del discurso". 5

Notas

1 Este apartado sobre la censura refiere datos provenientes de Barbara de Négroni: *Lectures interdites: le travail de la censure au XVIII siècle*, (Albin Michel, 1995); Arlette Farge : https://www.nonfiction.fr/article-5834-archives-entretien-avec-arlette-farge-13.htm ; Lucien Febvre : *L'apparition du livre* (Albin Michel, 1958); Roger Chartier & Henri-Jean Martin : *Histoire de l'édition française. Le livre triomphant: 1660-1830* (Fayard 1984-1990). El ensopado es de mi autoría.

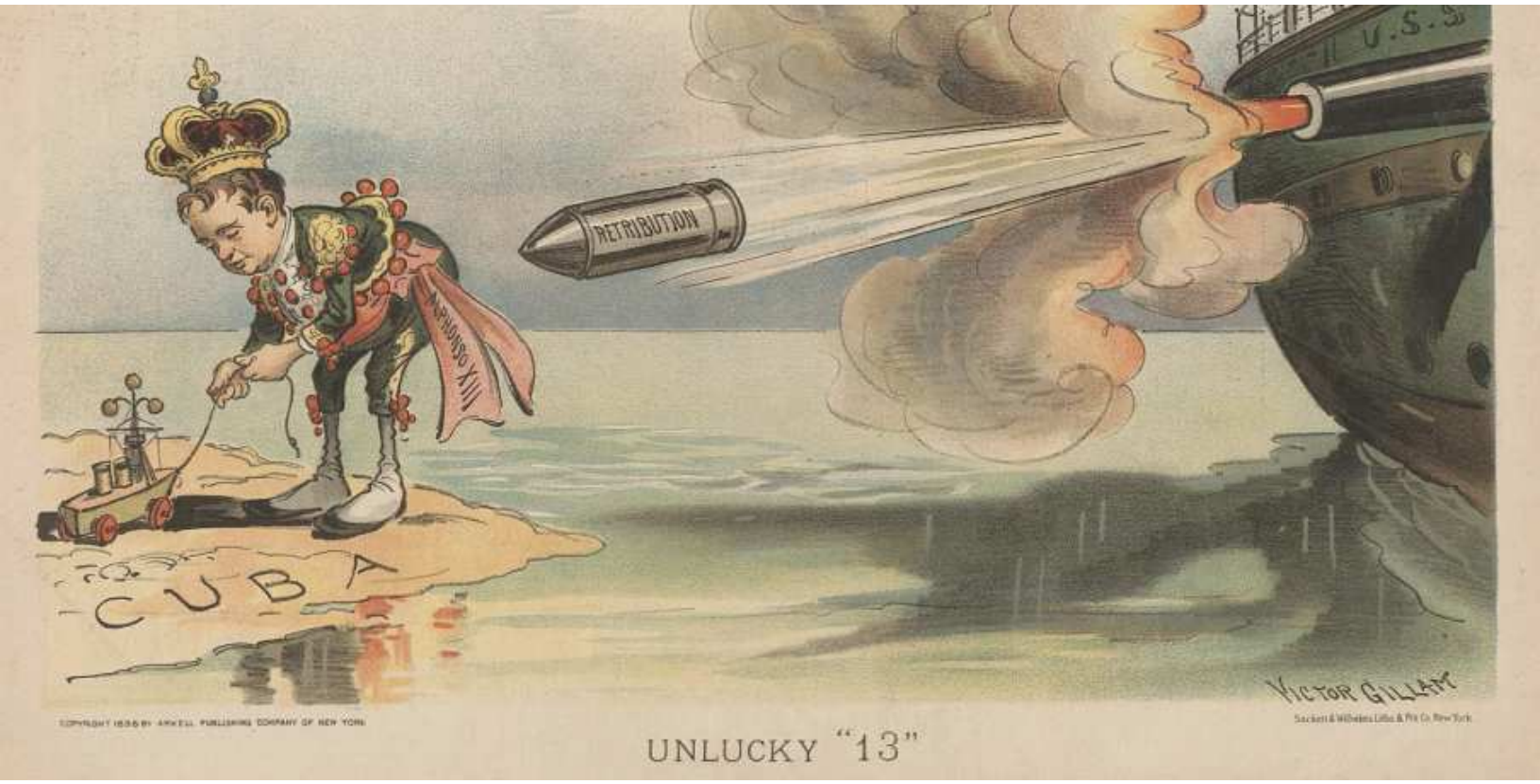
2 En este apartado, se refiere la *Encyclopédie*, disponible en https://encyclopedie.uchicago.edu/; sobre *Montevideo ou Une nouvelle Troie*, publiqué en https://www.bibna.gub.uy/?artwork=lo-que-los-archivos-cuentan-n5; sobre Alexandre Dumas, lectura personal de archivos estatales franceses de la censura. Todas las glosas e interpretaciones corren por mi cuenta.

3 En este apartado, se refieren aspectos tratados en tres cursos de Literatura Francesa que di en FHCE dedicados a la lectura.

4 En este apartado, las referencias al contrato Anep-Bid provienen de Danae Sarthou y Ruben Puyol: *Reconsiderando la educación en Uruguay* (2013); se recogen también algunos datos y puntos de vista vertidos en variados artículos por Alma Bolón y Walter Ferrer.

5 Michel Foucault, *L'ordre du discours* (1970).

Ayuda memoria para anti-conspiranoicos



Un apilado de ejemplos sobre usos oscuros de la propaganda en la historia reciente y no tanto

Por Aldo Mazzucchelli

1- Propaganda para movilizar

Toda lista de ejemplos será parcial y arbitraria. El 15 de febrero de 1898 el buque de guerra norteamericano S. S. Maine se hunde frente a La Habana, luego de una gran explosión. En el acto, la "prensa amarilla", en periódicos dirigidos por ejemplo por William Randolph Hearst, o Joseph Pulitzer, comienzan a usar el hecho con fines de agitación, alegando que había sido una agresión de España contra Estados Unidos. El "New York Journal"

de Hearst reportó el 17 de febrero: "El buque Maine fue partido al medio por una máquina infernal del enemigo". Una ilustración en el periódico mostraba al buque amarrado sobre una mina que tenía cables conectados a un fuerte español en la costa. Los diarios promovieron el grito de guerra, o versito: "Remember the Maine / To Hell With Spain!". Otra caricatura dada como alimento a las masas del momento muestra al Rey de España, Alfonso XIII, agachado en la costa cubana, de espaldas al mar, mientras una gruesa bala yanqui con la leyenda "Retribución" se dirige a dar justo en el centro de la parte más prominente y trasera de su humanidad. "Mala suerte para el 13", se titula la caricatura. El clima político así creado contribuyó a posibilitar la declaración de guerra contra España del 25 de abril de 1898, la pulverización en tiempo récord de la otrora "Armada Invencible" española, la anexión parcial o absoluta de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas por parte de Estados Unidos, reveló a ese país por primera vez como poder naval a escala global, y tuvo muchas otras consecuencias ulteriores, incluyendo probablemente a la Cuba de hoy.

Pero una investigación del especialista en derecho constitucional norteamericano, Louis Fischer, publicada por la Biblioteca del Congreso en 2009, establece en su primer párrafo lo siguiente: "El

15 de febrero de 1898 el buque de guerra norteamericano Maine explotó mientras estaba fondeado en el puerto de La Habana, matando a dos oficiales y a 250 marinos. Catorce de los heridos murieron luego, llevando la mortalidad a 266. Un comité de investigación de la armada concluyó que la explosión fue causada por una mina ubicada fuera del buque. La publicación del informe de la armada llevó a muchos a acusar a España de sabotaje, ayudando a que el público apoyase entrar en la guerra. Estudios subsiguientes, incluyendo uno publicado en 1976 y luego reeditado en 1995, determinaron que el buque fue destruido desde su interior, cuando el carbón que se quemaba en un recinto provocó una explosión en un espacio adyacente que contenía municiones". El estudio da prolija cuenta luego de las investigaciones realizadas, las que hoy fundamentan este hecho histórico: España no tuvo nada que ver en el hundimiento del Maine.

Otro. Los diez años que van desde la Entente Cordiale hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial están marcados por varias ocasiones en que Europa estuvo a un tris de ir a la guerra. El chauvinismo nacionalista crece ininterrumpidamente en esos años, gracias en parte a la acción de la prensa. El caso del líder socialista francés Jean Jaurès se vuelve uno de los ejemplos más icónicos de cómo oponerse a la voluntad de manada puede ser catastrófico individualmente. La oposición a la guerra cuenta, en distintos momentos, con grupos socialistas, anarquistas, la mayoría de los sindicatos, los grupos marxistas, y también con los pacifistas cristianos, nacionalistas irlandeses y canadienses, intelectuales, grupos feministas, y población rural. Si bien al comienzo la izquierda europea organizada en la Internacional Obrera (o "Segunda Internacional") tiene un discurso pacifista y de solidaridad entre trabajadores de todos los países, bajo esa presión mediática diversas facciones de esa izquierda en cada país van adoptando el "patriotismo socialista", un tipo de postura cada vez más nacionalista que también justificará, al fin, la guerra. Jaurès se mantiene desafiante en su postura pacifista. El 31 de julio, Jaurès junto a un puñado de sus colaboradores y amigos en el diario socialista francés L'Humanité, va a cenar temprano al Café du Croissant en París, en una esquina, a pasos de la redacción, previendo una larga noche de cierre en el periódico, que debía salir la mañana siguiente. Jaurès está sentado hacia la izquierda de la puerta, contra una ventana, de espaldas a la rue Montmartre, y lo separa de ésta una cortinilla de seda. En un momento ésta se corre desde afuera, y una mano con una pistola Browning le dispara dos tiros a quemarropa en la nuca y le vuela los sesos. La pistola está empuñada por un hombre de apellido adecuado al evento, Villain, un estudiante de arqueología. Para Villain, un revanchista (el término es de curso en la Francia de entonces) obsesionado con la recuperación por las armas de Alsacia y Lorena y con reparar la "humillación" de la guerra con Prusia de 1871, y para millones como él, que aplaudieron y fogonearon el nuevo intento guerrerista, Jaurès es un enemigo porque quiere advertir a sus conciudadanos de la locura a la que se están dejando arrastrar. "Quiero tanto a Francia que estoy incluso dispuesto a que me

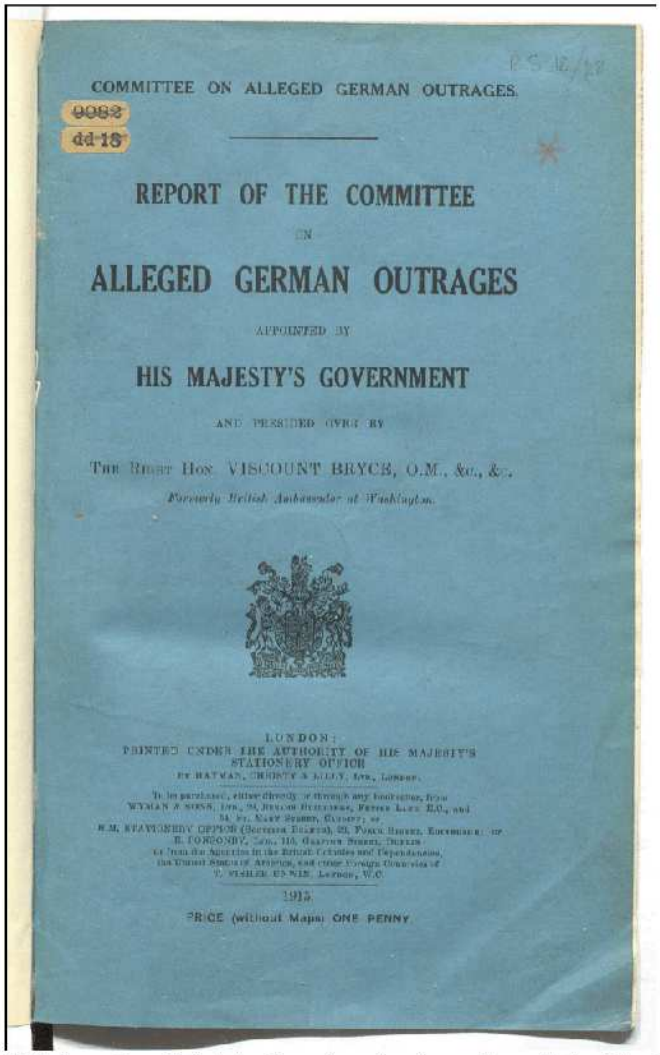
consideren un mal francés", respondía Jaurès a quienes lo acusaban de derrotista o traidor por no sumarse al rebaño. Villain es sometido a juicio recién en 1919 —luego de terminada la guerra—, y dejado sin pena. Villain se va a España. En 1936 unos militantes republicanos que sospechan de su conducta le pegan un tiro en Ibiza.

L'émotion fut intense partout. En France les querelles politiques cessèrent. Tous les partis se groupèrent pour faire face à l'ennemi commun. Mais à l'heure de cette réconciliation nationale, dans la soirée du 31 juillet, un fou du nom de Villain, assassinait, dans une brasserie parisienne de la rue du Croissant, le chef du parti socialiste français Jean Jaurès.

Pese a las relativizaciones del poder de la propaganda -tan frecuentes hoy, en que muchos se consideran vacunados contra ella- que pretenden transmitir el mensaje de que ésta no es tan importante, los gobernantes efectivos siempre han conocido bien que el control de la comunicación es central. Una de las primeras medidas tomadas por los aliados en 1914 fue

cortar, físicamente, los cables submarinos de comunicación alemanes, asegurando así un monopolio británico en la comunicación de información entre Europa y las agencias norteamericanas de noticias.

La dirección inglesa durante la Primera Guerra manejó con maestría los mecanismos para crear mecanismos de divulgación de un clima ideológico en base a fuentes aparentemente irrefutables, que luego demostrarían no serlo tanto -explica la historiadora J. Fox en su excelente presentación de una muestra de la British Library. La apariencia de seriedad es lo que más cuenta en estos casos. "La propaganda de atrocidades fue variada, apareciendo en libros, periódicos, panfletos, dibujos, posters, films, cartelería pública, e historietas, y en tarjetas postales, platos, tazas y


COMMITTEE ON ALLEGED GERMAN OUTRAGES.

9082
dd 18

REPORT OF THE COMMITTEE

ON

ALLEGED GERMAN OUTRAGES

APPOINTED BY

HIS MAJESTY'S GOVERNMENT

AND PRESIDED OVER BY

THE RIGHT HON. VISCOUNT BRYCE, O.M., &c., &c.

Formerly British Ambassador at Washington.

LONDON:
PRINTED UNDER THE AUTHORITY OF HIS MAJESTY'S
STATIONERY OFFICE

1915

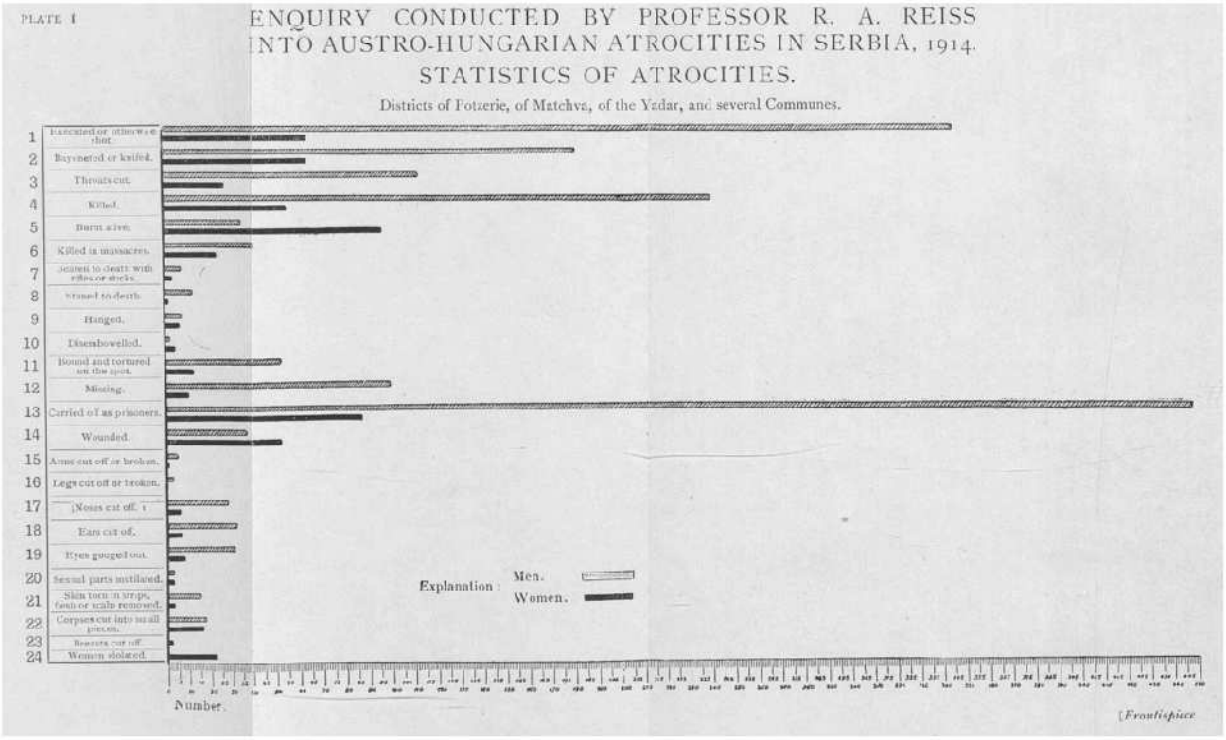
PRICE (without Maps) ONE PENNY.

El "Informe Bryce", legitimado en el nombre de una figura diplomática de prestigio, presentó informaciones no confirmadas bajo apariencia objetiva, las que luego sirvieron de base para toda clase de artículos propagandísticos truculentos en la prensa sobre supuestas atrocidades del enemigo.

medallas.

Operó en muchos niveles a la vez. Reportes oficiales del gobierno presentaron 'evidencia' de que las tropas alemanas habían contravenido las Convenciones de La Haya de 1899 y 1907. Narraciones de primera mano de víctimas y perpetradores lograban producir lecturas convincentes, y pese a que los métodos de investigación no llegaban a cumplir con estándares legales, los informes parecían basados en hechos irrefutables. […] Mientras que los informes tendían a adoptar un tono objetivo, de hechos se extraían historias truculentas para producir artículos sensacionalistas en los periódicos, en exposiciones o libros populares. Esto crea un contexto dinámico y en transformación, en el que la propaganda se refuerza a sí misma."

En la misma Gran Bretaña se creó en setiembre de 1914 la Wellington House, que "contrató periodistas y editores de periódico para que escribiesen y diseminasen artículos que creasen simpatía hacia Gran Bretaña y combatiesen las afirmaciones hechas por los enemigos, así como asegurasen que se publicasen reportes favorables en la prensa de los países neutrales", dice la citada J. Fox. Esta Wellington House llegó a publicar sus propios periódicos y a alcanzar una circulación de 500.000 copias para su War Pictorial, una colección de caricaturas, dibujos y fotografías. Cuatro ediciones se publicaron de esta pieza, traducidas a once lenguas distintas.



Una gráfica mostrando "datos científicos, objetivos y cuantificables" de las "atrocidades austro-húngaras en Serbia", citando al Profesor Reiss.

Casi nada se está inventando hoy, tampoco. La autoridad de la ciencia ya era usada hace más de cien años como argumento último para justificar posiciones que en realidad eran meramente políticas. Se manipuló desde el principio esa autoridad para componer piezas de propaganda que diesen la impresión de no serlo, sino de ser afirmaciones científicas indiscutibles. Por ejemplo, en ocasión de la Primera Guerra, y para respaldar los argumentos de crímenes de guerra cometidos por los austro-húngaros en Serbia, se divulgó una estadística de atrocidades, presuntamente apoyada en la investigación de un científico (el Profesor R.A. Reiss), lo que luego fue totalmente desbaratado cuando sometido a revisión. En ella podemos comparar visualmente el número supuestamente preciso de víctimas "atadas y torturadas en el acto"; "quemadas vivas"; "con narices cortadas"; con "la piel hecha tiras, y el cuero cabelludo removido"; etc.

2001. A partir de la noche misma que sigue al ataque contra las Torres Gemelas, extrañamente el nombre "Irak" se filtra a la prensa. ¿Qué tiene que ver Irak en el asunto? Al principio esto no es nada claro. Con el paso de los meses, luego de la invasión de Afghanistán, un argumento toma la delantera entre todos los que se intentan emplear para convencer a las Naciones Unidas y a varios países a que formasen una "coalición" y destruyesen el equilibro de Medio Oriente. El argumento se usa para engañar y convencer, incluso, a Colin Powell, que era uno de los oficiales reacios dentro del propio gobierno de Bush. Ese argumento es que Saddam Hussein tiene "armas de destrucción masiva". La BBC da amplio espacio al discurso de Bush por esos tiempos. Lo mismo hace el Washington Post. CNN, adoptando una postura ultranacionalista en su cobertura, peleará con FOX por ganar la mayor audiencia —y aumentar más sus ganancias— a partir de la transmisión en vivo. De pronto, tanto los oficialistas como los opositores contribuyen a la causa de la guerra. Hablan de un informe de inteligencia sobre uranio enriquecido en Níger.

El New York Times, pese a ser nominalmente opositor, suma a los argumentos de la guerra, publicando notas basadas en "fuentes reservadas" y en "disidentes" o emigrados iraquíes, como Ahmad Chalabi —que luego se sabrá, y en el momento ya se sospechaba, eran agentes pagos por Estados Unidos, y totalmente sesgados contra el régimen de Hussein, que ellos mismos tenían interés en derrocar.

Años de ocupación, y miles de muertos más tarde, con la región desbaratada por décadas, ha sido imposible encontrar la menor traza de un "arma de destrucción masiva" en Irak. Tanto la BBC, como el New York Times y otros medios, e incluso líderes guerreristas como Paul Wolfowitz o el mismo George W.H. Bush (que primero no se privó de hacer chistes en plena guerra sobre el fracaso de la búsqueda), se disculparon públicamente algunos o muchos años después, con los hechos consumados.

The New York Times

FROM THE EDITORS

FROM THE EDITORS; The Times and Iraq

May 26, 2004

Over the last year this newspaper has shone the bright light of hindsight on decisions that led the United States into Iraq. We have examined the failings of American and allied intelligence, especially on the issue of Iraq's weapons and possible Iraqi connections to international terrorists. We have studied the allegations of official gullibility and hype. It is past time we turned the same light on ourselves.

In doing so -- reviewing hundreds of articles written during the

2 – Negación de la existencia del deep state

La negación de la existencia de fuerzas opacas que inciden directamente en los hechos políticos más importantes lleva, a veces, a extremos de ridículo. Tomemos como ejemplo la existencia y consecuencias del llamado "deep state", el "estado profundo", cuyo elemento principal es el llamado "complejo industrial-militar". Cada vez que alguien los nombra o menciona su robusto rol en las políticas públicas norteamericanas (y de otras naciones, pues factores similares existen en varias de las más importantes), enseguida surge la mirada de soslayo, el encogimiento escéptico de hombros, alegando que se debe tener siempre "una mirada más compleja" sobre la política. Sin embargo, esa mirada raramente puede lucir más informada que la del presidente de los Estados Unidos Dwight Eisenhower, que fue quien denunció la existencia del complejo industrial-militar y advirtió de sus peligros. Ni más compleja que la de, por ejemplo, Jack Goldsmith, a quien presentamos en nuestra nota de portada, y que hace su historia y su discusión en un trabajo de reconocida relevancia, titulado "Paradojas del Deep State".

Nuestro escéptico de entre casa, cuyo único balbuceo perenne sería "es todo más complejo", considera que el "estado profundo" no existe. Que es parte de la imaginación febril de quienes quieren ver cosas simples detrás de fenómenos complejos. Sin embargo, no hay ningún fenómeno más complejo en la política norteamericana, más entreverado y lleno de capas y telas semiopacas, que la relación entre el deep state y el Estado, la política, las corporaciones, los contractors paramilitares, los media, los lobbistas, y el ejército. Y como los que conocen el asunto muestran, la situación jurídica y política del mismo es igual de compleja, e igualmente difícil de resolver para la dimensión legal de una república. Pretender que todo esto no existe, o que no es concausa de ninguna de las políticas que nos afectan, es una equivocación.

En su discurso de despedida, el 17 de enero de 1961, Eisenhower recordó primero que hasta la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos no tenían industria de armamentos, y que hubo que crear una permanente en la que, para entonces, ya "tres millones y medio de hombres y mujeres" estaban directamente involucrados, y donde se gastaba anualmente "más que los ingresos netos de todas las demás corporaciones norteamericanas juntas". Y enseguida advirtió: "Debemos cuidarnos de la adquisición de una influencia injustificada del complejo militar-industrial, sea esta buscada deliberadamente o no, en los consejos de gobierno. El potencial para un ascenso desastroso de un poder desubicado existe, y va a seguir existiendo. Nunca debemos dejar que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades y procesos democráticos. No debemos dar nada por sentado. Sólo una ciudadanía alerta e informada puede forzar una adecuada subordinación de la inmensa maquinaria industrial y militar de defensa a nuestros métodos y objetivos pacíficos".

Eisenhower fue más lejos, y tocó un punto aun más relevante para las circunstancias presentes. "Semejante, y en gran medida responsable por los cambios radicales de nuestra postura militar-industrial, ha sido la revolución tecnológica que ha ocurrido en las décadas recientes. En esta revolución, la investigación se vuelve algo central, y también algo más formalizado, complejo, y costoso. Una parte establemente creciente de ella es realizada, o dirigida, por el gobierno federal. La perspectiva de que los empleos federales, la asignación pública de proyectos, y el poder del dinero, adquieran poder y dominio sobre los científicos nacionales, está siempre presente y es algo grave a vigilar. […] Aun respetando el descubrimiento científico, como debemos hacerlo, también debemos estar alertas al peligro, igual y opuesto, de que las políticas públicas puedan, ellas mismas, quedar a merced de una elite tecnocientífica

Pero admitamos que la discusión del deep state no puede remitirse solo a un documento de hace sesenta años. En su ya mencionado estudio, publicado hace menos de tres años, Goldsmith confirma una vez más, con abundancia de datos históricos y análisis, la existencia del mismo, trazando un boceto de su historia y actores principales. Por supuesto, el estudio de Goldsmith es

solo entre de muchos, pero en este caso hace eso desde lo más serio del establishment mismo de aquel país. Y no solo eso: en su trabajo fundamenta la noción de que la existencia del estado profundo podría ser, dentro de determinadas condiciones, beneficiosa para la democracia. Independientemente de cuál opción uno tome, del mismo artículo de Goldsmith se deduce la conclusión de que las posibilidades que el juego entre legalidad abierta y "operaciones políticas" del deep state forman parte de una negociación constante, y abierta. No hay una solución simple, dice Goldsmith. A menudo se ha mostrado que los "whistleblowers", es decir, quienes filtran información sensible, contribuyen a que se conozcan elementos del "estado profundo", lo que ayuda a que los sistemas legal y político consigan mantenerlo a raya. Aunque hay otras ocasiones, reconoce Goldsmith, en que las filtraciones son un desastre para la democracia y para la política exterior. Y "desafortunadamente, no tenemos grandes herramientas conceptuales para medir los costos y beneficios involucrados, o para determinar cuándo la negociación entre ambos aspectos arroja resultados óptimos".

Los ejemplos y textos citados son solo una minúscula porción de una evidencia abrumadora acerca de los usos habituales de la propaganda, y acerca de la existencia de factores que un discurso establecido busca hacer aparecer como fabulosos o inexistentes. Esta insistencia en negar los hechos se parece más a un esperanzado deseo de recabar legitimidad, donde ya no la hay, para un sistema político y jurídico socavado por su propia complejidad, y su propia decadencia.

¿Urgente y democrática?

Las críticas a la ley de urgente consideración (LUC) que entró la semana pasada al Parlamento son numerosas y de distintos tipos. No me interesa aquí analizar el contenido de esa extensa ley que abarca varios temas importantes para la vida del país, sino que me importa centrarme en un debate anterior: ¿esta LUC es una muestra de déficit democrático del país, porque impide el debate en torno a las distintas posiciones? ¿Agravará, como han comentado algunos especialistas, la grieta política que separa a los partidos de gobierno del Frente Amplio (FA)? ¿Es, en definitiva, perjudicial para la democracia y la gobernabilidad del país? ¿O, por el contrario, es un signo de vitalidad democrática del cual debiéramos de sentirnos conformes y expectantes?

Por Francisco Faig

Las dos legitimidades

En las decisiones políticas de una democracia importa sobre todo dos dimensiones claves.

La primera, es la legitimidad de origen de la decisión, es decir, el respaldo popular que ella tiene. De aquí surgen varios análisis conocidos, de los cuales destaco estos dos: están los que refieren al respaldo electoral y a la transparencia de ese respaldo en tanto traducción leal de la voluntad soberana que se expresa votando, con sus distintas

posibilidades, derivaciones y mayores detalles de tales o cuales énfasis (desde el estudio de sistemas electorales, hasta el análisis de movilizaciones sectoriales o de grupos de presión); y están los que se fijan en el vínculo entre promesas electorales y ejecución gubernativa, que tiene alto impacto en la legitimación general de todo el sistema democrático.

La segunda, es la legitimidad de ejercicio, es decir, el hecho de que quien toma la decisión lo hace respetando la arquitectura institucional prevista para el caso. Muchas veces el tema central pasa por analizar los excesos que comete el Poder Ejecutivo (PE) en muchas democracias no del todo plenas. Otras veces, la legitimidad de ejercicio estudia más bien la relación PE- Poder Legislativo (PL) – y a veces también, el control de constitucionalidad de las leyes, que en algunos países se lleva a cabo por parte del Poder Judicial y en otros casos por organismos cuasi-judiciales previstos específicamente para tales fines -. Todo esto procura dar cuenta de la capacidad efectiva de gobierno que cuenta la democracia que se estudia, es decir, explicar si del vínculo PE- PL se puede deducir una gobernabilidad del sistema que permite una buena salud democrática del país.

Las críticas que ha recibido la LUC atañen pues a distintas dimensiones políticas claves de lo que acabo de mencionar. Por un lado, que el sistema de urgencia impide un análisis detallado en tiempo y forma; que regimenta mayorías y por eso mismo quita posibilidades de debate democrático; y que fuerza un mecanismo que no está previsto para una ley como esta. Todo esto afectaría la legitimidad de ejercicio, haciendo así, en definitiva, menos democrático al país. Por otro lado, se dice que la LUC impone medidas a marcha forzada, cuando el pueblo votó dividido en 2019 y debiera entonces de contemplarse todas las voces, incluidas claro está las del FA, para garantizar así la legitimidad de origen de la ley y profundizar pues la democracia sin exclusiones.

El anterior párrafo no pretende exhaustividad. Pero estimo refleja bien el talante general de la crítica a la LUC y de la posición oficial del FA, y oficiosa de gran parte de comentaristas vinculados al FA, entre los cuales, varios politólogos que han expresado lo sustancial de toda esta argumentación. A continuación argumentaré en un sentido completamente distinto al que normalmente maneja la hegemonía cultural de izquierda que interpreta tan críticamente al proceso que se viene llevando adelante con la LUC.

La foto de 2019: legitimidad de origen

En primer lugar, importa tener claro qué votó el Uruguay en 2019, es decir, qué fotografía dejó el pueblo uruguayo en las tres ocasiones que fue llamado a las urnas el año pasado. Importa, porque allí está retratada la legitimación de origen que explica bien el movimiento original de esta LUC.

Los resultados de junio, octubre y noviembre tuvieron un eje en común a pesar de estar

marcados por distintas participaciones ciudadanas y por distintas decisiones políticas cada vez. Ese eje fue, sin duda, el de sacar del poder al FA. En junio, el partido más votado fue el Partido Nacional, y en particular el FA votó muy mal en comparación con sus propios antecedentes de internas anteriores de 2004, 2009 y 2014. Un solo dato, para no abrumar: la candidatura de Lacalle Pou recibió casi tantos votos como todo el FA en junio.

En octubre, la campaña fue clara en el sentido siguiente: o se votaba por la continuidad del FA, o se votaba por partidos distintos a los que conforman el FA, dentro de los cuales había al menos cinco que señalaron, explícitamente, tener coincidencias importantes que podían terminar de consolidarse en la ocasión electoral siguiente de noviembre. PN, Partido Colorado (PC) y Cabildo Abierto (CA) fueron contundentemente claros en este sentido en la campaña electoral, y son los tres pilares de la coalición de gobierno actual. El Partido de la Gente también lo expresó, y recibió votos como para obtener 1 diputado en 99; y el Partido Independiente, de sinuosa campaña, terminó dejándolo en claro, obteniendo, por restos, también 1 diputado en 99.

En concreto, ante ese cruce de caminos, el pueblo votó por la alternancia en octubre. En concreto, nadie que votara a CA, PN o PC, por ejemplo, podía no saber, si manejaba un poco de información política, que esos partidos habrían de acordar apoyos concertados en favor del candidato a presidente que pasara al balotaje a disputar con Daniel Martínez. Y así fue que votó Uruguay en favor de una coalición de cambio, y que en particular dejó al FA al mismo nivel electoral, 39%, que lo que había obtenido en 1999.

Para la campaña del balotaje, se firmó un compromiso de acción de gobierno por parte de la coalición de partidos que apoyaron a Lacalle Pou, a cambio, justamente, de ver reflejados en la futura administración principios de acción que a cada uno de ellos les resultaban relevantes. Todo esto es un proceso clásico y bien conocido que se verifica en cualquier democracia con alguna dimensión parlamentarista, como es la nuestra. Y todo esto es hoy fundamental, cuando se analiza el marco político general de la LUC, ya que aquí es donde se forja la legitimidad política de origen de esa ley.

Esa LUC, además, como instrumento específico, fue anunciada en campaña electoral por el actual presidente. Es decir: nada se ocultó, todo se dijo y todo es verificable por los acuerdos firmados que se tradujeron, claro está, en mayorías parlamentarias sólidas.

En efecto, estamos hablando hoy de una mayoría de gobierno en el Parlamento conformada por 18 senadores y 56 diputados: más que cualquier administración del FA, más que el apoyo a Jorge Batlle en 1999-2000. Es decir, es la mayoría parlamentaria más

importante desde que hay balotaje en el Uruguay.

La elección de noviembre no tuvo una fotografía perfecta con respecto a los resultados de octubre. Esto quiere decir que la suma de votos de los partidos coaligados para gobernar en octubre, fue menor a la que recibió Lacalle Pou en noviembre. Aquí es donde algunos analistas equivocan la interpretación: deducen que un triunfo por más de 1,5% de votos de diferencia entre una fórmula y otra en noviembre, es lo mismo que afirmar que el país está partido al medio entre el FA y los partidos coaligados de gobierno. Se trata de un error grave en lo que refiere a la interpretación del balotaje. En efecto, el balotaje no define representaciones partidarias, sino que elige entre dos fórmulas presidenciales en las que no hay ningún distintivo partidario. La fotografía de apoyos en el Parlamento, de los partidos, ocurrió en octubre. Más claro: Martínez en noviembre NO era el FA, ni Lacalle Pou en noviembre era el PN. Se puede deducir sí, de las diferencias entre octubre y noviembre, que Martínez personalmente recibió más apoyo que el FA; y que Lacalle Pou recibió menos apoyo que el de la sumatoria de los partidos que acordaron acompañarlo para el balotaje. Pero de eso no puede lógica ni políticamente deducirse que "la mitad" del país es FA y la otra mitad no lo es, en función de una diferencia de 1,5% entre una fórmula y la otra en noviembre.

Por el contrario, lo que expresamente el sistema de representación uruguayo prevé es que sea en octubre, no antes en junio ni después en noviembre, cuando se saca la fotografía de apoyos partidarios que conforma el Parlamento. ¿Acaso no sería una tontería asumir que como el PN ganó con luz la elección de junio, el país debe ser interpretado como blanco o pro- PN, cuando además quienes más votan en esa elección son las personas más politizadas, con el a priori que eso supone en cuanto a que estarían más "capacitadas" que las menos politizadas en el entendimiento real de lo que está en juego en la elección?

Pero, si esa interpretación debiera naturalmente considerarse sesgada en favor del PN y, en definitiva, equivocada en el entendimiento real de la situación política partidaria del país, ¿por qué habría de deducirse algo de ese estilo de la elección de noviembre, cuando son fórmulas y no partidos los que participan de los comicios, y cuando del resultado de noviembre se "beneficiaría" la representación del FA con relación a la que, efectivamente y específicamente, definió el pueblo votando para la ocasión en que fue llamado a hacerlo, que fue en octubre de 2019 y fue de 39% del total?

El país no está partido al medio. Hay clara mayoría de gobierno en favor de la acción definida por la fórmula Lacalle Pou con el compromiso asumido para la ocasión de noviembre. La LUC, en este contexto, no

hace más que avanzar sobre lo allí establecido. Y si bien plantea temas que desbordan lo definido en el acuerdo de noviembre, ha quedado claro ya que será la discusión parlamentaria la que encontrará los consensos que lleven los temas que forman parte de ese compromiso.

Legitimidad de ejercicio: parlamentarismo racionalizado

Aquí pasamos al argumento de la legitimidad de ejercicio. Una de las principales fallas de las democracias presidencialistas es que la fuerza de la legitimidad del presidente no tiene una traducción eficiente en el Parlamento. Sabiendo eso es que nuestro legislador, en 1966 y luego en 1996, definió que el nuestro no fuera un presidencialismo neto, sino que abriera el juego a dimensiones institucionales semi-presidencialistas, de las cuales el mejor modelo en los años 1950 y 1960 era, sin duda, la Constitución francesa de 1958 reformada por De Gaulle en 1962.

El modelo implicaba una racionalización de la actividad parlamentaria. El argumento era el siguiente: los tiempos de gobierno son a veces urgentes, y la total independencia del PL en el tratamiento de leyes que para el PE son importantes para su acción gubernativa desfigura a la democracia. En efecto, si por ejemplo el PE precisaba un tratamiento rápido de una ley pero no contaba con buenos respaldos, eficientes en su tarea, en el Parlamento, podía ocurrir que esa ley demorara en su consideración de forma tal que recién terminara de aprobarse un año más tarde o dos. Demasiado tarde para la visión del PE.

Fue así entonces que la racionalización parlamentaria, a través de distintos mecanismos, procuró hacer más ágil la tarea en el PL para las leyes que el PE entendía debían de ser prioritarias para cumplir con su tarea de gobierno. Los mecanismos son realmente variados en la Constitución francesa, por ejemplo, y se puede leer con provecho el artículo 49 de ese texto para ilustrar el asunto.

Pero lo que importa aquí es que para el caso uruguayo, la LUC forma parte de este espíritu de mayor colaboración entre el PE y el PL, y que de ninguna forma puede ser considerado un mecanismo para limitar el debate parlamentario. El parlamentarismo racionalizado no es sinónimo de autoritarismo, ni impide el debate, ni coarta la libertad del legislador.

En el caso de la LUC, efectivamente se impone un tiempo perentorio para aprobar el proyecto enviado por el PE: de eso, justamente, se trata la racionalización, es decir, de aportar rapidez al proceso legislativo porque el PE, legítimo en origen y buscando a su vez efectividad en el gobierno, estima que precisa de esa rapidez para gobernar.

Pero lo interesante del caso es que en última instancia la Constitución brinda al Parlamento la decisión política más importante sobre la evaluación de esa urgencia. En efecto, el artículo 168 señala que al Presidente de la República, actuando con el

Ministro o Ministros respectivos, o con el Consejo de Ministros, le corresponde un conjunto de tareas. En el numeral 7 y acerca de la declaratoria de urgente consideración, dice dos cosas muy importantes:

cada Cámara por el voto de los tres quintos del total de sus componentes, podrá dejar sin efecto la declaratoria de urgente consideración;

el PE no podrá enviar a la Asamblea General más de un proyecto de ley con declaratoria de urgente consideración simultáneamente, ni enviar un nuevo proyecto en tales condiciones mientras estén corriendo los plazos para la consideración legislativa de otro anteriormente enviado;

Quiere decir entonces que si hubiera un estado de opinión contrario a la voluntad del PE, la LUC perdería el carácter de urgente. El asunto es clave porque da la responsabilidad a los partidos políticos en el Parlamento de definir tal cosa. Si la LUC sigue adelante, en tanto LUC, es porque hay al menos 3/5 de la opinión, que ellos reflejan (y en este caso, además, acaban de ser electos, por lo que dicho reflejo es bien reciente), que concuerda con el espíritu de urgencia del PE.

La Constitución quiere además que el PE juegue con reglas claras y no atosigue al PL con el envío de 5 proyectos de LUC al mismo tiempo, por ejemplo, que impedirían el debido tratamiento, en tiempos ágiles, de cada uno de ellos. Por eso también prescribe que solo se pueda enviar uno cada vez mientras el trámite se esté llevando adelante en el PL.

Finalmente, la Constitución obliga al PE a evaluar muy bien los apoyos políticos con los que cuenta para enviar esa LUC, ya que si fuese desechada por cualquiera de las dos Cámaras, se aplicará lo dispuesto por el artículo 142, que señala que si un proyecto hubiese sido desechado al principio por la Cámara a quien la otra se lo remita, quedará sin efecto, y no podrá ser presentado hasta el siguiente período de la Legislatura. Si realmente se trata de temas importantes para el PE, más vale entonces que no sean rechazados, y que el PE evalúe bien en el proceso político de aprobación de la ley que efectivamente cuenta con los apoyos que precisa para que ella se apruebe. Y en este sentido, la Constitución también plantea limitantes al PE: no podrán merecer la calificación de LUC los proyectos de Presupuesto, ni aquellos para cuya sanción se requiera el voto de tres quintos o dos tercios del total de componentes de cada Cámara.

Así las cosas, el parlamentarismo racionalizado procura dar una herramienta de acción al PE que aporte rapidez a su proceso de gobierno. Pero no le da un cheque en blanco con la LUC que implique impedir el debate, o que limite el ejercicio de la oposición, o que lleve a un autoritarismo político en el que no se contemple la posición de los partidos y la amplitud de los matices de opinión.

Al contrario de todo eso, queda claro que el PE debe evaluar con certezas los apoyos que posee previamente al envío de la LUC al Parlamento; tiene limitado el campo de acción de las temáticas que puede tratar por este mecanismo; queda a lo que el PL decida en cuanto a si efectivamente ese poder comparte o no su evaluación de urgencia; y se expone a fracasar en su demanda de urgente tratamiento (e incluso de contenido de la ley), si es que ella es rechazada por una de las Cámaras, al punto de perder la posibilidad de plantear el tema en todo su período de gobierno.

En el caso particular de esta LUC que acaba de entrar al Senado, hay varias dimensiones que además suman a la voluntad de llevar adelante un proceso político y legislativo sin cortapisas. La LUC fue en efecto anunciada, como herramienta legislativa, en la campaña electoral del ahora presidente, por lo que su ingreso no hace más que cumplir con la palabra empeñada en 2019. Pero además, atendiendo a la importancia de los temas que trata, un borrador de LUC fue puesto a consideración de todo el mundo desde enero de 2020, y varias semanas antes de que entrara oficialmente al Parlamento, el proyecto de LUC fue también conocido por todos los partidos políticos.

Nadie, con un mínimo de decencia intelectual, puede afirmar que la LUC procuró esconder temáticas, ocultar contenidos, o generar un esquema de decisiones de magnitud tal que hiciera imposible el estudio de la ley para su aprobación. Incluso más: el PE aceptó, por ejemplo, que el capítulo que refería a cambios en la ley de comunicaciones se analizara en otra ley, distinta y sin la consideración urgente, a pedido de sus socios de gobierno que entendían que debía de poder discutirse sobre el tema con mayor tiempo que el que impone una LUC.

Conclusiones políticas: necedad, urgencia y democracia

No hay peor ciego que el que no quiere ver. El problema sustancial de la izquierda que ahora se queja amargamente de la LUC no pasa por la LUC sino que es más profundo: la izquierda, política, sindical y cultural, no termina de aceptar que perdió las elecciones.

Perder las elecciones quiere decir que el pueblo uruguayo decidió, libremente, dar la presidencia de la República a alguien que no es del FA, y definir que contara con mayorías parlamentarias amplias para poder llevar adelante su programa de gobierno, en un esquema de coalición anunciado públicamente y que implicaba la concertación de partidos políticos distintos en pos de un programa de gobierno también publicitado, y sobre el cual se firmó un compromiso de acuerdo.

Todo eso siempre fue sabido por la ciudadanía al momento de votar. Y votó libremente en favor de ese esquema que, notoriamente, dejaba al FA fuera del poder. Esto no quiere decir que el 39% del FA quede excluido totalmente del quehacer del país.

Pero sí quiere decir que 39% es menos, mucho menos, que la sumatoria parlamentaria y electoral de los partidos que conforman la coalición y que son los que tienen que llevar adelante el programa reformista plebiscitado en la candidatura de Lacalle Pou en noviembre de 2019.

La gobernabilidad de nuestra democracia se sustenta sobre estas bases. Uruguay no es la mejor democracia del continente, y una de las mejores del mundo, solamente por su transparente sistema de elecciones. Lo es también porque ha generado una lógica política a partir de la sapiencia de la lógica institucional semi- presidencialista, que surge de su texto de 1966 modificado en 1997, que permite claramente que el que gana efectivamente pueda llevar adelante su programa de gobierno, controlado por una minoría- oposición que efectivamente, a su vez, tiene chances de poder ganar las futuras elecciones.

La LUC favorece plenamente esa gobernabilidad en la que el que gana las elecciones puede efectivamente cumplir con la tarea de gobierno para la cual fue electa, porque a su vez entiende los mecanismos institucionales sobre los cuales basar su acción política: es capaz de negociar con distintos partidos, encontrar acuerdos apoyados por mayorías parlamentarias y lograr así traducir en concreto el rumbo para el cual fue elegido por una mayoría cuya expresión nadie pone en tela de juicio.

El carácter de urgente en este caso además fue anunciado en campaña electoral. No impide el estudio de los temas, ni es ese el objetivo que persigue el PE, y así lo demuestra cuando con mucha antelación presenta lo que pretende se apruebe en el PL. Es claro, además, que la voluntad del PE no es palabra santa, y que los partidos que forman parte de la coalición ganadora en noviembre tienen su qué decir en el Parlamento. No hay pues ningún autoritarismo, y eso ha quedado ya claramente ilustrado con la aprobación, por ejemplo, del texto final de la ley que se aprobó para el fondo por el coronavirus, cuyas bases impositivas fueron algo distintas a las fijadas por el PE en su proyecto enviado al PL.

En definitiva, quienes ganaron las elecciones no son extraterrestres. Los antecedentes políticos de los principales integrantes del PE están a la vista, y son casi todos parlamentarios. Son elencos que conocen el sistema político, capaces de negociar, formados en el intercambio parlamentario y experientes en batallas electorales y políticas intrapartidarias e interpartidarias.

Queda para el final una reflexión sobre esta oposición izquierdista que pretende hacer pasar por autoritaria una LUC como esta, o que quiere hacer creer que avanzar en esta LUC es sinónimo de agrandar la grieta política del país.

Digo oposición izquierdista, que es más amplio que el FA: es también los politólogos y comentaristas compañeros de ruta, son los

sindicatos afines, los grupos sociales y gremiales que se manifiestan en este sentido, etc. Es decir, la izquierda amplia que es más que el FA, y que en muchos casos disimula su adhesión izquierdista para hablar desde un lugar pretendidamente más neutro (los politólogos zurdos, en este sentido, son muy evidentes).

La grieta siempre se va a agravar si quienes perdieron las elecciones no lo reconocen. Si intentan deslegitimar el rumbo apoyado por la mayoría, los instrumentos para llevar adelante el nuevo gobierno, y si además presumen de autoritarismo y arrogancia a quienes no conforman a la izquierda. La integración de puntos de vista diferentes puede intentarse, y allí puede incluirse al FA para la votación de la LUC en teoría, pero ella tiene un límite muy claro: no puede desdibujarse el sentido general con el que se ganó la elección.

Es decir, la gobernabilidad no es ceder al FA y a la izquierda, para evitar presiones indebidas o amenazas de desestabilización, o para dar razón a que de esta forma se achica la grieta, y tomar entonces un camino del medio que no es ni del todo FA ni del todo partidos coaligados. En vez de gobernabilidad, eso es sencillamente traicionar la voluntad popular que se expresó claramente en el sentido de dejar de lado al FA del gobierno del país en el período 2020-2025.

La verdadera gobernabilidad pasa por que cada uno cumpla su papel. Exige que el presidente lleve adelante su programa, para el cual el pueblo le otorgó mayorías parlamentarias claras. Impone acuerdos de partidos en una coalición gobernante. Y pretende lealtad institucional de parte de una izquierda que debe aceptar que ya no es más protagonista gubernativa del país y que su papel es de controlar al gobierno y marcar sus desacuerdos si los tiene.

Pero no es gobernabilidad pretender torcer la voluntad popular con el chantaje político que consiste en que si no se integra al FA en el poder, con un diálogo social por ejemplo, sus aliados sociales desestabilizan al país. Ni tampoco creer que es ilegítimo el rumbo que tomó el país en 2019 y que traduce ahora la LUC, porque cambia algunas decisiones que el FA tomó en 15 años de gobiernos propios. Todo eso no es gobernabilidad, sino necedad política. ¿Agranda la grieta? Seguramente sí, pero de ello, claramente, no ha de poder culparse a las mayorías parlamentarias más amplias electas desde 1999 hasta nuestros días, que son las que sustentan la acción del gobierno reformista de Lacalle Pou.

POLÍTICA

El buen general (parte uno)

Por Ramón Paravís

1

Según axioma que parece haber pautado todo lo que es y pasa en el país desde hace cuarenta años, la causa principal fue la dictadura, sus atropellos, su falta de elegancia. En su terrorismo de estado hay que pensar, en sus cárceles, sus arbitrariedades, su prepotencia, su violenta intolerancia, sus destituciones, su nepotismo, su corrupción, sus censuras previas y posteriores, sus proscriptos, sus tres categorías ciudadanas, su devoción por las prohibiciones, los exilios.

No se participa, ni se encubre aquí, ni se es cómplice de esa retórica hegemónica que utiliza las mismas aseveraciones para explicarse a sí misma y explicarlo todo, en una de las tretas más nutridas y perniciosas de nuestra pequeña historia nacional. No obstante, a ella, la del 73, con lo mencionado y más, debemos la adopción y arraigo de dos

ideas amadísimas y perfectamente falsas. Un par de prejuicios elevados a dispositivo dogmático, postulaciones erradas pero asistidas de tal pasión antiautoritaria que se presentan como evidentes, inmediatamente imperativas y nunca abiertas a debate. Alimentándose una de otra, como de su enemigo lo hace el buen general, mirándose con el odio no correspondido de víctima y verdugo, son estas: la democracia es en sí misma buena; lo militar es malo. Súmase una mentira tres, que se desprende de las anteriores y puede multiplicarse por sí misma a gusto: los militares son los enemigos de la democracia, los demócratas son enemigos de los militares, milicia y democracia se amenazan y se excluyen recíprocamente, etcétera. Si no leen este libro –alertaba por los pasillos del Palacio Legislativo el Dr. Jorge Batlle a quien quisiera oírle, y a quien no quisiera también-, si no leen este libro no van a entender a los militares. Tuvo que haber sido una tarde, o varias, de 1972 o 71, demasiado no importa; ciertamente, blandía un ejemplar de "El arte de la guerra". Vino la dictadura y no lo habían leído. Tampoco lo habían leído cuando se fue, si es que se fue o se irá algún día la dictadura.

El que desconfía de los vacíos regulatorios y para todo reclama la intervención marital del estado, y bebe agua en sus fuentes y milita en su teología oficial, es sin embargo el primero en perder la calma ante la sola mención de la jerarquía, lo vertical, lo fundado en la obediencia. Por impulso fóbico, hay quien entiende que cualquier noción de orden y disciplina, por mínima que sea, se torna cuchillo entre las ropas que se trae el fascismo para luego. Lo militar, su modo de ser y plantarse ante el mundo, la lógica que anima su organización y funcionamiento, el tipo de vida y la mirada que se construye con esos andamios es, casi siempre y para muchos, menos objeto de curiosidad que de alergia, cercano más al desprecio que al interés. El que practica el corporativismo, y las soluciones iguales para problemas distintos, observa con odio/miedo el uniforme; el de más allá, que pide uniformes como solución, tiene hacia lo castrense al menos un inocultable recelo.

"Los de izquierda son bocones. No luchan por el poder sino por la bulla. Si lucharan por el poder le darían gran pelota a la cuestión militar. No es lo que decide la historia, pero la historia no se entiende sin eso. Ahora la izquierda putea a los militares que antes quería conquistar. Es un problema de infantilismo. Tienen un infantilismo brutal". Eso fue exactamente lo que dijo José Mujica al semanario Voces, en larga entrevista o charla de boliche de 19/12/2019.

Hubo al respecto una incomprensión sostenida en los gobiernos progresistas y cierto desdén de ignorante nuevo rico ante la servidumbre; salvo por los tupamaros. Tanto tiempo estuvieron presos que tal vez, y sin tal vez, empezaron a mimetizarse con el enemigo (y el enemigo con ellos) y a comprender –algunos más que otros, desde luego- lo que

queda después de las abstracciones, cuando las luces se apagan. Militares y tupamaros intentaron legitimarse recíprocamente con la tesis de que hubo aquí una guerra entre ellos, falsedad muy falsa que solo a ellos beneficia, justifica y ennoblece: sus asesinatos mudarían en excesos, en errores y, atendiendo las circunstancias, cabría casi que se amortigüen y hasta se disimularan. Informe a los recién llegados: no hay guerras limpias. Por naturaleza, las víctimas buscan venganza y la venganza busca víctimas: "No hubo errores. No hubo excesos. Son todos asesinos los milicos del proceso", gritaban con furia cuadras de manifestantes en el Montevideo del 84-86 y siguientes. No era cierto; difícilmente lo sea una frase que indiscrimina tan olímpicamente. Lo creíamos porque era verdad y era verdad porque lo creíamos, y con eso nos bastaba por entonces. (A veces, la juventud no permite que la realidad interfiera con sus opiniones. Tiene el prejuicio de ser inmune a los prejuicios; lo ejercita con apuro, con sinceridad, con energía, sin concederse –ni conceder a otros- el privilegio de la vacilación).

Con las múltiples diferencias que los unen, procuraron tupamaros y militares que el sonsonete ese de los derechos humanos no fuera obstáculo para una convivencia lo mas armónica posible. Una sábana cambiaba de fantasma. Dos maneras afines de mirar y de pensar el mundo se reconocieron, se dieron la mano y tuvieron que despedirse entre aplausos, pasadas las tres de la tarde (día lluvioso fue el 6 de agosto de 2016), cuando el cortejo fúnebre salió del Ministerio de Defensa rumbo al cementerio del Buceo. Una bandera del MLN-T y otra (de Peñarol, claro) envolvían el féretro; en un lugar discreto del nicho, panteón del Casmu, una botella de Espinillar. Uno de los oradores se felicitó de haber descubierto en el muerto a un ser excepcional, a una persona singular. "Era un hombre valiente, un quijote, un gladiador, y siguió su lucha hasta el último de sus días". Además del ditirambo, que fue sentido, también subrayó: "Quiero destacar la coherencia de Eleuterio Fernández Huidobro. Su capacidad de análisis singular de la realidad y de la actualidad lo llevaron a entender perfectamente que detrás de quienes atacaban a las Fuerzas Armadas, de quienes buscaban debilitarlas, destruirlas, de quienes buscaban suplantarlas por una guardia nacional, que detrás de ellos estaban los centros de poder mundial a los que él combatió durante toda su vida, y he ahí su coherencia". De manos del difunto había recibido el que hablaba, cuatro años antes, su diploma de ascenso al grado de general.

2

Elección singular en una familia de abogados, políticos, escritores y periodistas, desempeños todos que suponen el parejo ejercicio de la retórica y la dialéctica. No importa que un soldado tenga una formación humanística y hasta una licenciatura en historia (Ucudal, 2010). Es, estructuralmente, siempre, un soldado.

Lo militar supone dedicación completa, compromiso total; es un instrumento que se nutre de los más diversos elementos, los sintetiza y los devuelve transcreados. No precisa argumentación, no persuade mediante demostraciones racionales de conveniencia, oportunidad o mérito; no apela a la opinión pública ni a la privada; no apela a la opinión, no le interesa seducir: ordena, dispone y, de ser preciso, impone. Más que palabras con la magia de las otras palabras, las órdenes son meras antesalas del acto; no hay música en su pensamiento, ni goce en su lenguaje: deben ser comprendidas sin esfuerzo. Aunque pocas cosas hay más concretas que el universo de los soldados (hombres como los demás, con su miserias, sus urgencias, sus fragilidades) visto desde afuera, cuanto más de afuera más, parece abstracto, impersonal, repetitivo. No se asimila que es imprescindible asegurar la paz y, si eso se pretende, hay que prepararse para la guerra, conforme precepto añejo. Se adiestran para el combate diariamente. Hay que agregar las actividades en que se malgastan recursos y se distrae a los militares de lo suyo específico, de lo que solo ellos saben hacer bien; asignarles tareas nuevas y diferentes a aquella para la que se entrenan como se ha dicho (salvo en contextos muy puntuales y extraordinarios de emergencia nacional) es fruto de una visión aturdida de lo castrense.

Es ese un sistema ideado para mantener cierta clase de disciplina: la obediencia, los lazos de lealtad que subyacen por debajo de las jerarquías, confluyen en el espíritu unánime y la acción precisa en la extrema circunstancia de la guerra. La improvisación no es bien vista allí, ni la espontaneidad es un valor, ni la creatividad es apreciada. Ese enorme dispositivo, antes de ser acción, movimiento, pasa por la palabra corta y seca que sella un compromiso –no digamos ya un juramento-, o emite una orden: ello supone desconocer el arte de desdecirse. Por desconocerlo, por vivirlo como una deshonra inaceptable -más infamante que el calabozo o la degradación- Líber Seregni, en el verano del 96, renunció a la presidencia del Frente Amplio. El 5 de febrero no lucía tan claro. Luego se vio que, si hubo integridad y coherencia, se marchaban esa noche.

En la guerra, un grupo numeroso de hombres armados debe actuar como si fuera un cuerpo que dispone de sus partes y de su totalidad al mismo tiempo, y tiene que hacerlo casi sin pensar. Los soldados no irán detrás de cualquiera en combate por la mágica eficacia del principio de jerarquía, ni por miedo a los castigos o codicia por los premios. La jerarquía es estéril si carece de un sustrato espiritual que asegure su cumplimiento, su eficacia, su acatamiento sin más. La confiabilidad del mando -también su éxito- reposa en un ejemplo callado de trabajo, corrección en el trato, conducta honorable; y -esto es medular- hacia afuera, férrea defensa de sus subalternos y de los intereses del grupo. Eso hace la diferencia entre un jefe y el de al lado. La obediencia la asegura la ley, pero el

respeto de un subalterno, igual que el seguimiento, no hay norma que pueda consagrarlo ni poder que lo imponga: se gana con acciones concretas o no se tendrá. El grado militar posee la consistencia que el portador tiene y le agrega. Así, el coraje de Lorenzo Latorre lo atestiguan partes de guerra; el de Máximo Santos, un certificado notarial. Por convocar dos ejemplos muy dispares, valorables tan distintamente, y bien emparentados ambos con el autoritarismo.

Sin embargo, exhibición de desconocimiento, o de desprecio por la verdad, es postular como ecuación la autoridad y el autoritarismo, la jerarquía y lo injusto, lo desigual y lo malo. Quieren ignorarlo expresamente los cultores del emparejamiento irrestricto, pero con un diente roto y otro flojo, lastimadas las rodillas, el octavo artículo de la Constitución todavía establece la igualdad de todos los habitantes ante la ley (ante ella, más nada), y hace un reconocimiento explícito de la desigualdad, de la discriminación en función de talentos y virtudes. Salvo frente a la ley, un hombre que condujo miles de hombres no es un ciudadano cualquiera.

3

-Que le corten a todos la cabeza – dijo el médico, alisando su cabello

El secretario presidencial escuchó la decisión de su amigo, enarcó las cejas, se levantó del expediente en el que empollaba una idea desde hacía ya tiempo y salió rumbo algún sitio, aliviado, a redactar un proyecto de resolución destitutoria. Cayó un ministro agonizante, el subsecretario y los tres generales que integraron el tribunal de honor. Habían, oportunamente, ponderado el comportamiento de un pertinaz torturador reconocido, a causa de cuyas mentiras y silencios resultó condenado y preso otro coronel por un crimen del que era inocente. Uno de los integrantes del tribunal ocupaba, desde hacía un ratito y también por decisión del doctor, el sillón todavía tibio de comandante en jefe; casi que no lo llegó a estrenar.

El asunto fue ventilado con detalle por la prensa y los hechos hasta ahora conocidos parecen indicar que la responsabilidad por ese contumaz silencio habitaba directamente en la Torre Ejecutiva: allí se supo del expediente el 19 de febrero de 2019 y la revelación periodística fue del 30 de marzo. ¿Cómo se explica tardanza semejante en denunciar el crimen confesado por el coronel torturador ante el tribunal? ¿Cómo se explica que, al homologar el fallo, la presidencia ni un vocablo dedique al asunto de que alguien se hace cargo personalmente de la muerte y desaparición de un preso político en 1973? La sospecha ciudadana tiene fundamento para suponer que si El Observador (Leonardo Haberkorn) no hubiera lanzado el tema en la plaza pública, era decisión gubernamental que permaneciera en privado, que pasara inadvertido, sepultado entre centenares de páginas que quién iba a leer. Nadie nos dijo nada: ni el tribunal de honor, ni el

comandante en jefe del momento, ni el ministro, ni la secretaría de la presidencia. Y estupendamente bien se lo calló el señor presidente al homologar el fallo con reservas; se reservó el detalle. Pese a que la responsabilidad última (no menos importante que la inicial) recae en el primer mandatario, o en su círculo más íntimo, se prefirió sacrificar gente menos amiga que el amigo. Los dos civiles y los tres generales no son más que utilería de emergencia en esta puesta, como lo podrían haber sido cinco sillas. Lo de quien fuera el comandante en jefe al momento de la confesión del asesino es, por cierto, muy distinto. Así, al menos, lo entendió la fiscalía.

El agua estancada en que refresca Mujica sus ideas salpica una explicación grandiosa, pero insuficiente. Es su estilo: dice que lo eligieron porque no era masón y les pareció lo menos horrible de entre una lista de candidatos más horribles que él (entrevista indicada ya).

Hijo de un abogado y una maestra jubilada, en el fondo de una casa antigua en Carrasco -dos casas separadas por un amplio jardín, en realidad-, de niño jugaba con su lobo, pero había también un águila, un pingüino, un leopardo, una serpiente que habitaba una pecera (oportunamente devueltos al zoológico después de un tiempito varios de ellos). El octavo de nueve hermanos pasaba las vacaciones de julio con algunos de los suyos, en un campo, cuando escuchó en radiodifusora Treinta y Tres que su padre estaba muy grave en Montevideo. Conseguir un taxi (había uno o dos por ese entonces en la ciudad de Vergara), viajar, llegar a casa, comprobar que cuando cerraba la puerta del taxi, hacía horas, ya era huérfano. No tiene trece años aún; ha dicho: "Éramos tantos hermanos que había contención entre nosotros". En su familia no hay militares de escuela, aunque un abuelo paterno sirvió como capitán de tropas gubernistas en 1904 (y ante un levantamiento en el 10) y un bisabuelo por lado de madre fue coronel de Saravia al otro lado de la línea de fuego.

En el 72 deja el Liceo Francés y se prepara para el examen de ingreso al Liceo Militar (la exigencia en matemáticas es muy alta), lo da, sale segundo, ingresa en febrero del 73, unos días antes del golpe de estado, "que fue en febrero" ha dicho (coincide en este punto, parece, con Fernández Huidobro y Amílcar Vasconcellos: el golpe fue en febrero). Dos años más tarde, y por los cuatro siguientes, la Escuela Militar. He ahí a un joven que se alista animado por la convicción entusiasta de quien toma partido en un terrible enfrentamiento. Allí, será sancionado muchas veces: por no tender bien la cama, por tener desordenado el ropero, por no extender correctamente las manos en la posición de firme, por desarreglo en el pelo, por falta de brillo en los zapatos. Está lejos todavía de ser comandante en jefe, hacer declaraciones impropias de su función -relativas a la reforma de la Caja Militar, setiembre 2018- y recibir un castigo que, por esperable, no dejó de sorprender en cuanto a su severidad,

atendido el rango y cargo del sancionado: 30 días de arresto a rigor, antesala de un cese que llegaría en seis meses y que él propició con inconstitucionales y reiterados cuestionamientos al sistema de administración de justicia. Pero tiene 20 años ahora, es un alférez recibido recién y visita -todas las tardes, por orden del superior, una por una- las casas en que viven sus soldados. Escucha sus angustias con el almacenero que les cerró la cuenta, con la enfermedad de un hijo o de una madre, con la muerte reciente de un familiar querido, con la hija que quedó tan temprano embarazada, con la miseria, el frío, la falta de ilusión. Ya en la Dirección Nacional de Sanidad de las Fuerzas Armadas (2013-2015), recorre diariamente y cama por cama el hospital, conversa con los soldados enfermos, se asegura de que las sábanas hayan sido cambiadas. Disimulado con gorra y bufanda hasta la nariz, se presenta de madrugada en la emergencia y espera como los demás, a los que nadie atendía; una hora y media después de situación idéntica, se da a conocer. Tres o cuatro veces bastaron para que el rumor lo convirtiera en sombra ubicua. De ser hombre que siempre estuvo en la primera línea de lucha por las causas que ha creído justas, se precia. Pone por testigos a los miles de compañeros, subordinados y superiores, con los que trabajó durante casi medio siglo. Entre banderas patrias, con una imagen del prócer a su espalda, en video que dura nueve minutos y segundos, se despidió del ejército y dio un discurso político, muy enérgico. Por supuesto, vestía uniforme de fajina. De hecho, ese 19 de marzo lanzó su candidatura a algo que no estaba muy claro por entonces ("el puesto que me toque integrar"). Un par de semanas y se lo supo aspirante a la presidencia de la república. Hizo su campaña política -y la sigue haciendo- como la tradición militar enseña, alimentándose del enemigo. ¿De civil? Próxima nota.

ENSAYO

Poliarquía y libertad frente al peligro del centralismo político

El periódico La Diaria publica en su edición digital del 23 de marzo de 2020 un pequeño artículo titulado Pandemia y Filosofía, que, según su autor, pretende "…sintetizar los debates filosóficos sobre el coronavirus…"

Por Diego Andrés Díaz

Este "estado de la cuestión" periodístico tiene un eje bastante evidente en los aspectos que rescata como importantes: la interpelación a intelectuales que han cuestionado la reacción global ante la pandemia ("es ético que una persona tan influyente haga afirmaciones que pueden desacreditar las recomendaciones de

los profesionales", señalan sobre Giorgio Agamben), el cuestionamiento a los que sostienen que muchas medidas tomadas por los gobiernos representan un peligro a las libertades, justificando las medidas maximalistas de algunos gobiernos, y proponiendo el paralelismo entre las medidas adoptadas y un "estado de guerra", y la necesidad de que los países no tomen medidas descentralizadas y apelen a la "intersolidaridad" para evitar "pagar, con victimas adicionales". También, es citado Zizek, en este anhelo de una "respuesta coordinada globalmente", lo que para el sería una nueva forma de "comunismo".

La línea argumental del artículo está claramente trazada: el pánico global se justifica, es una especie de "estado de guerra", la solución requiere de un modelo globalizado de gobernanza. Este pánico sería consecuencia de "la ausencia de un marco político para estas dinámicas a nivel global", citando a Aïcha Messina. Es decir, hay pánico, no puede cuestionarse, y se debe a que no hay gobernanza global.

Esta propuesta diáfanamente expresada, que hace confluir las diferentes versiones de la "ideología globalista" -que no es otra cosa que un nuevo envoltorio en que se nos presentan las ideas centralistas y estatistas de carácter global- parecen confluir a un reclamo, una "exigencia de la hora": profundizar el modelo de centralismo político a escala global.

Sin embargo, esta serie de reivindicaciones y justificaciones sobre la necesidad de converger en una construcción política global no parecen asentarse en los resultados reales y efectivos sobre el manejo de la pandemia. En contraste con esto, la "estrategia redundante", es decir, la multiplicidad de estrategias y métodos de enfrentarse a la crisis sanitaria -resultado de la poliarquía en la cual aún se mantiene el mundo- representan teórica y empíricamente una superioridad aplastante frente a las tendencias y estrategias centralistas.

Las ventajas evidentes de la existencia de estrategias diversas, fruto de la descentralización de las decisiones, referidas ya en un anterior artículo, se evidenciaron aún más tras la cadena creciente de insucesos y errores incurridos por la OMS, sin contar además en que esas estrategias erráticas y fallidas, probablemente estén impregnadas de ocultamientos, mentiras, y corrupción. Este último punto, que ameritaría un abordaje analítico en sí mismo, promete profundas investigaciones y rendiciones de cuentas sobre la connivencia de las autoridades de la dictadura China, filántropos globalistas y autoridades de la OMS, representa un nuevo mojón en el análisis de las propuestas centralistas, sus promotores y sus predecibles consecuencias.

Cualquiera que se tome el trabajo de hacer una búsqueda asertiva en internet, sobre la exigencia constante de creación de un "gobierno mundial", quedaría

verdaderamente abrumado: este clamor, este reclamo de una construcción política hipercentralizada y global, tiene entre sus entusiastas la mas variada gama de personajes, instituciones, agencias y organizaciones.

Otra vertiente que encara el artículo es la que sostiene que cualquier matiz que cuestione mínimamente los enfoques apocalípticos sobre el virus son acusados de "irresponsables" e "insensibles". Este espíritu consensual del terror, puede sintetizarse a través de dos consignas: "lo peor está aun por venir", muletilla repetida dentro de la actitud errante de la OMS, y "entre economía y vida, elijo la vida", falsa oposición cargada de sensiblería progresista, repetida con asiduidad, por ejemplo, por el presidente argentino Alberto Fernández. Los cuestionamientos al tremendismo, los intentos de matizar o realizar otras interpretaciones, elaborar preguntas o proponer miradas más abarcativas, son vistos como actos de sabotaje, expresiones de irresponsabilidad. Dos reacciones son especialmente preocupantes por la capacidad liberticida de las mismas: la apelación a la infalibilidad científica y de la "científicos oficialistas" como argumento para el disciplinamiento de opiniones, como si no existiera hoy un fermental debate entre científicos sobre las valoraciones del fenómeno, cruzadas además por cuestiones políticas e ideológicas.

Por alguna extraña acción mágica, las fuerzas ideológicas locales que nos señalan un día sí, y el otro también, que las autoridades gubernamentales del Uruguay no manejan bien la situación, y pueden engañarnos, cuando se refieren a las cuestiones internacionales, nos transmiten la necesidad de centralizar, de tener estrategias únicas y globalizadas, de creer en agencias gubernamentales globales. La desconfianza frente a la acumulación del poder tiene relación con la proporcionalidad de este, pero según una pulsión creciente en la izquierda progresista, una gobernanza global debería ser recibida con los brazos abiertos. La contradicción no sería escandalosa si no existiese en la misma toda una declaración de principios políticos.

La desconfianza y precaución frente al aumento sostenido del poder de los gobiernos, debería ser proporcional a la jurisdiccionalidad de este: cuanto más extenso, no sería desaconsejable tener mayor recelo de sus potestades: "el estado libre está fundado en el recelo y no en la confianza" sostenía, con acierto, Thomas Jefferson. En estás épocas, esta precaución debería extenderse a formas que exceden por completo al poder de los viejos estados nacionales.

"La guerra es la salud del Estado"

La pandemia no es una guerra, no hay destrucción extendida de bienes, sino que hay un derrumbe de la oferta: hemos dejado de trabajar. La referencia comparativa entre la

pandemia con una especie de "estado de guerra", que justificaría el deterioro de las libertades civiles y la centralización política, no es ingenuo en absoluto, y tampoco es una novedad: las guerras modernas han representado, siempre, la excusa perfecta para que los Estados y el poder político aumente su centralismo, su competencia, su intervención en la vida de los ciudadanos.

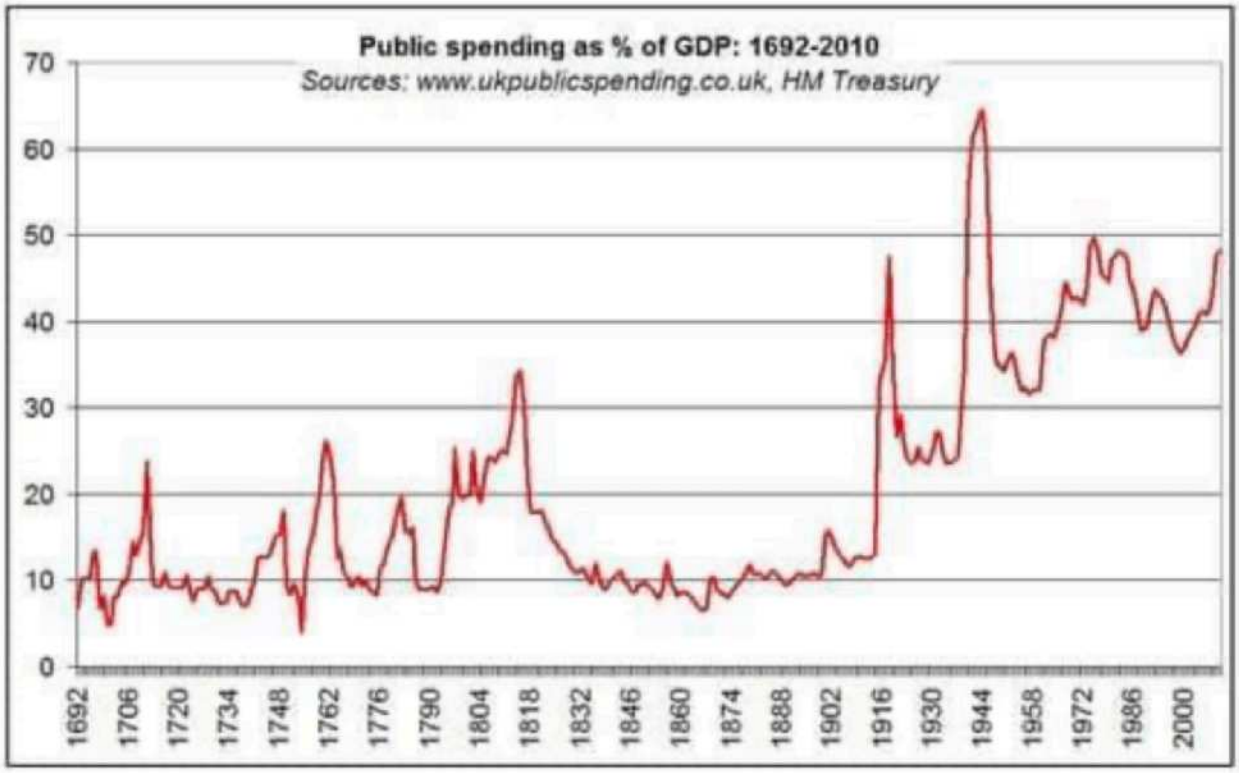
Un ejemplo de esto se puede observar al analizar la Primera Guerra Mundial: allí se consagra, en algún sentido, la "era del Estado". El proceso de centralización del poder en occidente tuvo varias etapas, donde la aparición de un nuevo modelo político -el estado-nación- convivió durante el siglo XIX con formas más tradicionales de organización política. Pero si existe un antes y un después en la historia del rol protagónico del estado en la sociedad occidental, es a partir de la Primera Guerra Mundial.

"La guerra es la salud del estado" proclamaba Randolph Bourne al ver su país, EE.UU., sumarse a la gran guerra. Y no se equivocaba: La primera guerra mundial significó un impactante aumento de las potestades y atribuciones del Estado en la esfera económica, social, política y cultural de las sociedades occidentales, atribuyéndose en forma temporal o definitiva actividades de carácter, monetario, comercial, industrial, agropecuario, cultural, social, logístico, comunicacional, religioso, científico, entre otras.

El proceso de aumento en las áreas que los estados desempeñaban funciones de control, intervención y dirección parece relacionarse directamente con la lógica bélica y la incidencia, en mayor o menor medida, de los altos mandos militares en la planificación de la vida productiva y social de los civiles. Varias preguntas pueden surgir al respecto: ¿por qué la guerra potencia el crecimiento de los estados? ¿Es cuantificable este crecimiento?:

Sobre ello, sostiene Charles Tilly: "… posiblemente, parte de la respuesta remite al instrumento principal de la construcción del estado: la lógica por la cual un señor feudal extendía o defendía el perímetro dentro del cual monopolizaba los medios de violencia y, de ese modo, aumentaba la contraprestación bajo la forma de tributos, dando un paso más en la lógica de la guerra. Al comienzo del proceso, los rivales internos y externos coincidían en gran medida. Sólo el establecimiento de grandes perímetros de control dentro de los cuales los grandes señores frenaban a sus rivales marcó la línea entre lo interno y lo externo…" (1)

Sobre la segunda pregunta, podemos tomar el ejemplo británico: la incidencia económica de estado durante el siglo XIX -el siglo donde se consolida y expande el predominio del Reino Unido como potencia hegemónica- cuantificable en la incidencia del gasto público estatal con referencia al PBI nacional, tuvo leves variaciones en el entorno del 10%. En un contexto de gasto publico moderado,



durante el periodo bélico alcanza una incidencia cercana al 50%, retrayéndose en el periodo entre guerra de los niveles de gasto, pero sin alcanzar los niveles previos al conflicto de 1914.

En la GRÁFICA de la siguiente página podemos apreciar las variaciones del porcentaje del gasto público sobre el PBI nacional del Reino Unido, para tener una idea de la incidencia de las guerras en el mismo.

La tendencia a expandir dramáticamente el gasto público en relación con respecto al PBI, durante los periodos bélicos, también se verifica en los casos de las economías de Alemania, EE.UU. o cualquier potencia. Los presupuestos estatales tuvieron un fuerte incremento a través de dos vías: el aumento sostenido del gasto estatal y la incorporación paulatina de actividades industriales, comerciales y sociales a la órbita del estado. La tendencia tiene una doble dimensión: expansión radical del gasto del estado en épocas de guerra, que jamás vuelve a los niveles anteriores a la emergencia bélica.

Este proceso no representa sencillamente una consolidación de crecientes procesos de estatización económica. En un principio, este modelo productivo representa una ventaja para ciertas empresas, aunque relativo. Todo derivó rápidamente a una consolidación de un "neomercantilismo" donde los procesos de cartelización, subvenciones y privilegios se extiende bajo la tutela del gobierno y el "esfuerzo de guerra".(2) Así, la "empresa bélica" tenía en el Estado, a su principal

protagonista, y le confería potestades no solo económicas y de planificación industrial y financiera, sino que preveía el aumento de sus atribuciones e influencia en los aspectos de la movilización social que representaba la guerra, su incidencia y control en los medios de comunicación, la prensa, la educación, la propaganda, la intervención y organización general de la vida de los ciudadanos durante el conflicto. (3)

Antes de 1914, los sectores estatales eran más bien pequeños, aunque la tendencia a su aumento estaba impulsada por las políticas de expansión imperial y competencia nacionalista. En general, la incidencia real del Estado giraba en torno al 5-10% del producto bruto nacional:

esto era especialmente deprimido para países como EE.UU. (9%). Otros Estados, como el alemán, rondaban el 18% (4)

La cultura de la planificación de guerra, llevada a los diferentes niveles de la vida social, promovió el auge de las ideas del "predominio legítimo" del Estado sobre la sociedad civil. La crisis funciona como un amplio constructor del consenso intervencionista: primero, dispara el miedo colectivo., y en seguida el anhelo de seguridad, y la necesidad de certezas. El miedo representa el ingrediente indispensable para el crecimiento del poder estatal, del centralismo y del intervencionismo político. El paralelismo es demasiado evidente, increíblemente, el artículo de "la Diaria" sugiere exactamente el proceso inverso.

Uno de los impactos más notorios que impulso la guerra fue en el sistema financiero y monetario global: la guerra necesitaba una constante financiación, y eso llevó a los estados a abandonar el patrón oro y desarrollar una notable expansión de la oferta monetaria.

Estas acciones por parte de los gobiernos dieron lugar a poderosos procesos de inflación y depreciación monetaria, dado que casi todos los países abandonaron las paridades fijas del patrón oro durante la guerra, y luego de ella los retornos al viejo modelo monetario fueron escasos y de poca duración en el tiempo. (5)

Otra de las áreas de aumento en la influencia del estado fue en las estrategias de propaganda y comunicación, absorbiendo los gobiernos crecientes niveles de control de medios de comunicación, limitaciones de la libertad de expresión y de la libertad de prensa.

Las crisis son en general ámbitos ideales para que el control sobre los medios de comunicación se acentúe bajo la excusa de la emergencia. La guerra -contra el vecino, contra la pandemia- justifica este avance.

Como sostiene Murray Rothbard, "…La Primera Guerra Mundial trajo la consumación de todas estas tendencias progresistas. El militarismo, el servicio militar obligatorio, la intervención masiva interior y exterior, una economía colectivizada de

guerra, todo llegó durante la guerra y creó un poderoso sistema cartelizado que la mayoría de sus líderes dedicó el resto de su vida a tratar de recrear, tanto en la paz como en la guerra…" (6)

Este punto clave, relacionado con el proceso de cartelización y el desarrollo de un núcleo duro de relaciones interconectadas entre la clase política, los agentes económicos que viven de las disposiciones estatales, los intelectuales afines al centralismo estatal y la alta administración del Estado, merece un análisis un poco más detallado, que abordaré más adelante. Por ahora, creo importante resaltar como la "lógica de guerra" potencia el crecimiento y potestades que estos sectores se atribuyen en medio de las crisis.

Como vemos, la capacidad de articulación, control, planificación e intervención alcanzaron durante el siglo XX las mayores dimensiones de la historia de la organización política de los pueblos, impulsada en este caso por las urgencias de la guerra y sus "necesidades": Esto potenciará la simbiosis entre pueblo-nación y estado, reafirmando en la sociedad la idea de representar dimensiones únicas, e intercambiables entre si: "la guerra - afirma Rothbard- puso de manifiesto tanto la impresionante rapidez con que el Estado moderno podía expandirse como el insaciable apetito que desarrolló en consecuencia, tanto por referencia a la destrucción de sus enemigos como al ejercicio de un poder sobre sus propios ciudadanos…"

A medida que la guerra se extendía en el tiempo, (7) todas estas actividades representaron nuevas legislaciones que daban al Estado una capacidad de intervención desconocida hasta entonces. Nótese aquí como el paralelismo entre las características en épocas de guerra y lo que estamos observando por la crisis sanitaria, se evidencia con mayor nitidez:

a) El intervencionismo se evidenció en la restricción de las libertades públicas, con especial énfasis en la libertad de prensa. El "esfuerzo de guerra" lo justificaba.

b) La urgencia por atender las necesidades militares, hizo que los Gobiernos actuaran al margen de los Parlamentos. En casi todos los países se implantaron, en la práctica, auténticas dictaduras de guerra.

c) Los enormes gastos generados por una confrontación de tal magnitud obligaron a los gobiernos a tomar medidas desconocidas hasta ese momento en el terreno económico. La dirección de la economía nacional quedó en sus manos, tanto la producción como los empresarios se vieron sometidos a su autoridad.

La Primera Guerra Mundial marcó la consolidación del protagonismo del Estado en la sociedad moderna. En guerra, el poder de los estados beligerantes fue llevado al máximo bajo la consigna de la "defensa" o la "emergencia", tomando bajo su órbita actividades y acciones que en tiempos de paz habían sido resistidas abiertamente. La guerra, por lo tanto, ofrece múltiples

beneficios al Estado y, de hecho, cada guerra moderna ha traído a los pueblos beligerantes un legado de mayor intervencionismo. Esta tendencia se repite en cada conflicto, por pequeño o grande que resulte.

Los discursos comparativos entre la pandemia y una "situación bélica" representan una suerte de justificación del avance del gobierno centralizado. La retórica bélica parece filtrarse en la comunicación institucional de los gobiernos, característica que comparte con buena parte delas "cruzadas" que el estado emprende –guerra contra las drogas, guerra contra el contrabando, guerra contra los especuladores, etcétera- a la hora de iniciar una nueva ola de expansión en sus atribuciones.

Algunos ejes del discurso centralista-estatista, dominantes en la pandemia

En la circunstancia actual, rastrear los ejes centrales de las propuestas centralistas no parecen reportar mayores dificultades: los planteos se repiten, las propuestas se asemejan a tal punto que las argumentaciones que las sostienen no tienen mayores diferencias. Como ya esbozamos, el pedido de una "gobernanza global", promovida de diversas formas y por diversos actores, parece ser la tónica general de este movimiento. (8)

Ahora bien, cuando se observa el fenómeno a nivel más regional o nacional, los ejes del pedido suelen mezclarse con otras propuestas de acción frente a la pandemia. Una de ellas es el reclamo más o menos extendido de la implementación de una cuarentena o reclusión obligatoria, coactiva e indeterminada en el tiempo, sin fecha de caducidad ni plan de salida: este pedido de cuarentena radical no deja de significar una práctica de disciplinamiento social, que en última instancia predispone a aceptar el avasallamiento de los derechos fundamentales, (9) e impulsa a los ciudadanos a una lógica de delación, búsqueda de enemigos, chivos expiatorios y denuncia al vecino que creemos "culpable", similar al "antipatriota" o "enemigo de la revolución" típicos del lenguaje político jacobino o socialista. Los derechos fundamentales, el respeto de la ley, de la libertad de los individuos, están basados en principios generales. Que sirven en toda situación, o no sirven. La indeterminación de la cuarentena empuja a la sociedad a los brazos del estatismo. Los gobiernos de tendencia socialistizante se abrazan a la cuarentena, bajo consignas tan falsas como deplorables ("salud o economía")

Otro reclamo que emerge es el pedido del "control de precios". Mucho se podría hablar de la experiencia milenaria de los resultados nefastos de esta práctica gubernamental, pero la pandemia nos ofrece nuevas evidencias del desastre que conlleva tomar ese camino: las medidas encaradas tanto en España como en Argentina han resultado un rotundo fracaso, con la consabida estela de desabastecimiento de los

productos "controlados". El control de precios no funciona, es absurdo, y lleva al desabastecimiento. El punto además es que destruye el sistema de precios, y, así, el entramado empresarial y laboral -en especial el pequeño- exponiendo a la población a una creciente dependencia del Estado. En Uruguay la exigencia del control de precios fue un reclamo extendido al principio, con, por ejemplo, los tapabocas. Al poco tiempo, y recibiendo las señales (es decir, los "precios" altos), el mercado inundó de tapabocas de todo tipo, pelo, color y tamaño. Derrumbando el precio por el aumento de oferta.

Por otro lado, la destrucción del empleo y de las empresas, debido a la reclusión prolongada, habilitó rápidamente la propuesta de enfrentar la crisis económica de las familias con una diversos actores, parece ser la tónica general de este movimiento. "renta" que el estado provee: la conocida "Renta Básica Universal" (10). La idea no es proveer un auxilio circunstancial, sino instaurar una renta constante. La tendencia en profundizar una dependencia amplificada de los ciudadanos frente al poder del estado, se inscribe en la reacción ante el miedo, el anhelo de seguridad frente al peligro de pauperización material general. La tendencia promueve no solo aspectos materiales, sino también culturales: recibir una ración pobre y decreciente, pero igualada a todo el rebaño, aunque esto signifique la destrucción de la economía y del sistema de incentivos que impulsan el desarrollo productivo. Destruir el entramado empresarial, el empleo, la moneda, han resultado ser acciones fundamentales para dejar a los individuos inermes frente al Estado, dependientes, débiles. También, como otra consecuencia en el campo cultural y simbólico, socava la propiedad, transmitiendo la idea de que la riqueza de un país no es de los ciudadanos, sus creadores, sino del estado y que este dispone antojadizamente de la misma, esperando recibir pleitesías eternas por esta falsa solidaridad.

Por último, también se ha extendido la política de "ciberpatrullaje", control creciente de las redes sociales y medios de comunicación . Tanto los gobiernos socialistas de España como de Argentina, han expandido la idea que el gobierno debe "controlar" y "censurar" las opiniones disidentes a su gestión porque promueve la proliferación de "bulos" sobre la pandemia. Redes de "controladores", medidas estatales de "denuncia de delitos informáticos" son implementadas por los gobiernos cuando alguien cuestiona a los gobernantes. Esta práctica de control sobre los medios de comunicación también se inscribe en la "lógica de guerra" que los grupos ideológicamente centralistas promueven: las voces disidentes se transforman en "virus" de desinformación, que deben de ser combatidos y perseguidos, y el "estamosganando" como mensaje político

frente a la pandemia, encuentra un "chivo expiatorio" en donde canalizar al "enemigo".

Lo paradojal de las experiencias más cercanas de esta actitud de los gobiernos, es que esa retorica recuerda la argumentación justificativa de la "Patriotic Act" que promovía George W. Bush luego del 11 de setiembre. En este sentido, la apelación al "peligro de las fake news" y las estrategias de censura son promovidas por diferentes gobiernos. Este estilo, además, suma la criminalización de la disidencia a partir de señalar a la misma como resultado de la acción de la "ultraderecha" -en España- o la promoción del "discurso del odio"- en Argentina. Como refuerzo a la ofensiva de censura, se ha profundizado el financiamiento estatal de medios de comunicación y periodistas para disciplinar sus posiciones, en nombre de "estar unidos en la guerra" contra la pandemia. Uno de los casos más patéticos de censura orweliana se dio a través de "Twitter España", donde la red social establece una censura atroz a todo aquel que cuestione las políticas gubernamentales. "Estamos trabajando para mantener a la gente segura" reza en el primer hilo de "twitts" institucionales, por lo que censurarán "contenido que niegue las recomendaciones globales o locales" como todo "contenido engañoso". Imagino las dificultades algorítmicas que surgirían si le aplicasen el "censurador de bulos" al régimen español, o a las autoridades sanitarias globales.

¿Por qué la emergencia sanitaria nos empuja a tomar partido?

Ya sea de forma intuitiva o reflexiva, se dan diferentes formas de alineamiento a actitudes o decisiones que se relacionan con la crisis sanitaria del COVID 19. Dentro de esa circunstancia, me gustaría referirme a una de las disyuntivas más recurrentes al respecto: la "Globalización" y lo que representa necesariamente.

Uno de los planteos más repetidos por los promotores del centralismo político global estriba en transmitir como un todo indiferenciado y automáticamente unificado, lo que representa la manifestación del globalismo entendido como la interconexión económica y la amplitud de los intercambios de mercado, sea este de bienes, servicios, accesibilidad y comunicaciones, con la globalización política, formas únicas de gobernanza mundial y la construcción de un corpus ideológico-jurídico basado en el centralismo de los organismos internacionales. (11)

Esta apelación a la igualación conceptual (convergencia de mercados interconectados = Convergencia de gobiernos unificados) no deja de representar más que un plan político, y no una constatación efectiva y mínimamente objetiva de lo que en realidad sucede. En general, el desarrollo de un mercado global -y con el consiguiente crecimiento cualitativo y cuantitativo de los bienes intercambiables- tiene en la realidad

poliárquica del mundo de las naciones -e incluso en el mundo de la multiplicidad de actores que exceden a los Estados soberanos- su mayor aliado.

El intento por presentar a dos fenómenos de naturaleza diversa como iguales, no deja de significar un intento por parte de los promotores del centralismo de engalanarse con logros que le son ajenos: la integración política, señala H. Hoppe, "…implica la expansión territorial del poder fiscal de un Estado y de sus reglamentaciones sobre la propiedad", mientras que "La integración económica consiste en la extensión de la división interpersonal e interregional del trabajo, así como de la participación en el mercado…" (12) Esta naturaleza diferenciada es demostrable en la enorme cantidad de ejemplos históricos donde la centralización se da en procesos de crecimiento o de deterioro económico: Países de tamaño similar -es decir, de jurisdiccionalidades similares- presentan diferentes grados de integración económica. Históricamente los pequeños países tienden a favorecer el libre comercio.

Los ejes parecen referirse a dos enfoques que se entrecruzan e incluso se contradicen: una que plantea diferentes grados de interconexión, libertad de emprender, producir e intercambiar frente a propuestas estatizantes, mercantilistas, globalistas de cartelización económica; y las que plantean la importancia de la poliarquía, el control y fragmentación del poder político, la protección de los sistemas redundantes y descentralizados de decisión, frente a la tendencia globalista y centralista de construcción de una especie de gobernanza mundial.

Notas

(1) TILLY, Charles, Guerra y Construcción del Estado como crimen organizado, Revista Académica de Estudios Internacionales. 2006.

(2) Las crisis globales en épocas modernas suelen potenciar los procesos de centralización y cartelización de vastos ámbitos de la vida de los ciudadanos. En estos procesos, los mayores beneficiados por la serie de decisiones gubernamentales son una ciertas elites: lo que es verdaderamente, el Estado. La clase política de los países pasa a ser protagonista evidente en épocas de crisis, y su capacidad de incidencia, aumenta. Pero no es el único: forman parte de ella la "Alta administración del estado" (alta judicatura, altas autoridades militares y policiales), los sectores de la economía estatal, que engloba a todos los sectores estatizados, que dependen o están asociados al Estado, o que viven de las regulaciones del Estado: la banca, los sectores energéticos, transporte, variando en cada país, y el aparato de hegemonía: medios de comunicación, educación y ciencia, clero. Esta elite actúa anárquicamente entre sí, pero comparten la pertenencia a la misma. Lo interesante es el nivel de capacidad de "intercambiarse" entre unos y otros grupos dentro de esta gran agencia, que es verdaderamente, el estado: ex militares que pasan a la política, políticos a la gestión de empresas relacionadas a la economía del estado (no de la economía competitiva, sino de los sectores asociados a la regulación del estado), ministros de defensa ex integrantes de la industria bélica, figuras mediáticas a la política, etc.

(3) Es notablemente evidente el aumento por las exigencias de control cultural y de medios de

comunicación en los períodos de guerra, como hoy con la Pandemia del Coronavirus, así como la semejanza en el lenguaje, los símbolos y las argumentaciones.

(4) JOHNSON, Paul, Tiempos Modernos, ED. B, Buenos Aires, 2000

(5) Sostiene Derek ALDCROFT en Historia de la economía europea 1914-1980: "…Casi de la noche a la mañana los gobiernos abandonaron precipitadamente la sana ortodoxia financiera del siglo xix, lo que significó el abandono de la disciplina del patrón oro y el recurso a la financiación con déficit. Las operaciones de crédito de una u otra clase, más que los impuestos, fueron la principal fuente de financiamiento de la guerra. Alemania y Francia, por ejemplo, confiaron casi por completo en el préstamo, mientras que incluso en Estados Unidos sólo un poco más del 23 por 100 de los gastos de guerra se obtuvo de fuentes de renta. En promedio, un 80 por 100 o más del gasto total de guerra de los beligerantes se financió por medio de préstamos. Este método de financiar la guerra no tenía por qué haber sido excesivamente inflacionista si los préstamos se hubieran obtenido de auténticos ahorros, pero de hecho gran parte de la financiación procedía del crédito bancario. Los bancos concedieron préstamos a los gobiernos mediante la creación de nuevo dinero o bien recibieron «promesas de pago» de los gobiernos y entonces procedieron a incrementar la oferta de dinero utilizando las promesas como reservas. Los detalles del mecanismo variaron de un país a otro, pero el resultado final fue con mucho el mismo. Las deudas públicas aumentaron rápidamente, incrementándose la proporción de la deuda a corto plazo a medida que pasaba el tiempo; la oferta monetaria aumentó considerablemente y las reservas metálicas de los bancos, en relación con el pasivo, cayeron notablemente. A fines de 1918 la oferta monetaria alemana había aumentado nueve veces y el déficit presupuestario seis veces, mientras que la relación entre las reservas metálicas y los billetes de banco y depósitos había bajado del 57 por 100 al 10 por 100. La situación fue incluso peor en el caso del imperio austro-húngaro, mientras que Francia y Bélgica también lo pasaron mal…" PP. 18-25

(6) En el artículo de Murray Rothbard: "La primera guerra como consumación, el poder y los intelectuales"

(7) El pedido de medidas maximalistas de confinamiento coactivo ante la situación de emergencia, sin fecha de caducidad ni plan de normalización, potencian el avance de las medidas intervencionistas de los gobiernos y su implementación sin ningún tipo de control o mecanismo de representación democrática que lo avale. Sea una guerra, o una pandemia.

(8) La lista exhaustiva seria inconmensurable, y va desde políticos locales y regionales, a burócratas internacionales, representantes religiosos, filósofos y pensadores de la izquierda radical y moderada, filántropos internacionales, gurúes del "one world", artistas y agentes culturales posmodernos, y un larguísimo etcétera.

(9) El artículo de La Diaria recoge en ese sentido como una especie de "alarmismo" la preocupación por la defensa de los derechos individuales frente a las disposiciones rígidas y extendidas de confinamiento, y plantea, como contrapartida, la relación pandemia-guerra.

(10) También en este caso, la literatura técnica y conceptual sobre la inspiración coactiva y las consecuencias negativas de la implementación de la renta básica son abundantes. Un excelente trabajo al respecto es el de Juan Ramón Rallo, Contra la renta Básica (2015, ED. Planeta. Barcelona)

(11) Las exigencias y pedidos de un gobierno mundial o centralismo político en diversos aspectos no son nuevas, y en estos últimos años se han ahondado, compartiendo este exhorto desde el Papa Francisco, José Mujica, Gordon Brown, Slavoj Zizek o Pedro Sánchez. Más allá del variopinto club, en general son diferentes expresiones y matices del progresismo de izquierdas. El alineamiento a esta postura por parte de algunas dictaduras y regímenes autoritarios parecen enfocarse más a un factor estratégico y no principista, y

quizás, en última instancia, ninguna de ellas es permeable a futuras disposiciones globales, como no lo es hoy.

(12) HOPPE, Hans Hermann, Monarquía, Democracia y Orden Natural. Unión Editorial. 2013. Pág. 164

Cómo el miedo y el pensamiento de grupo han causado encierros globales innecesarios

A esta hora personas de referencia en todo el globo como Elon Musk o Steve Forbes están llamando a leer este artículo, publicado originalmente en la revista RealClear Politics. Musk convocó a sus 35 millones de seguidores en Twitter con la escueta frase: "vale la pena leerlo"; y Forbes lo calificó de "lectura absolutamente imprescindible". Lo traducimos en exclusiva para los lectores de eXtramuros.

Por Yinon Weiss

Confiar en modelos equivocados

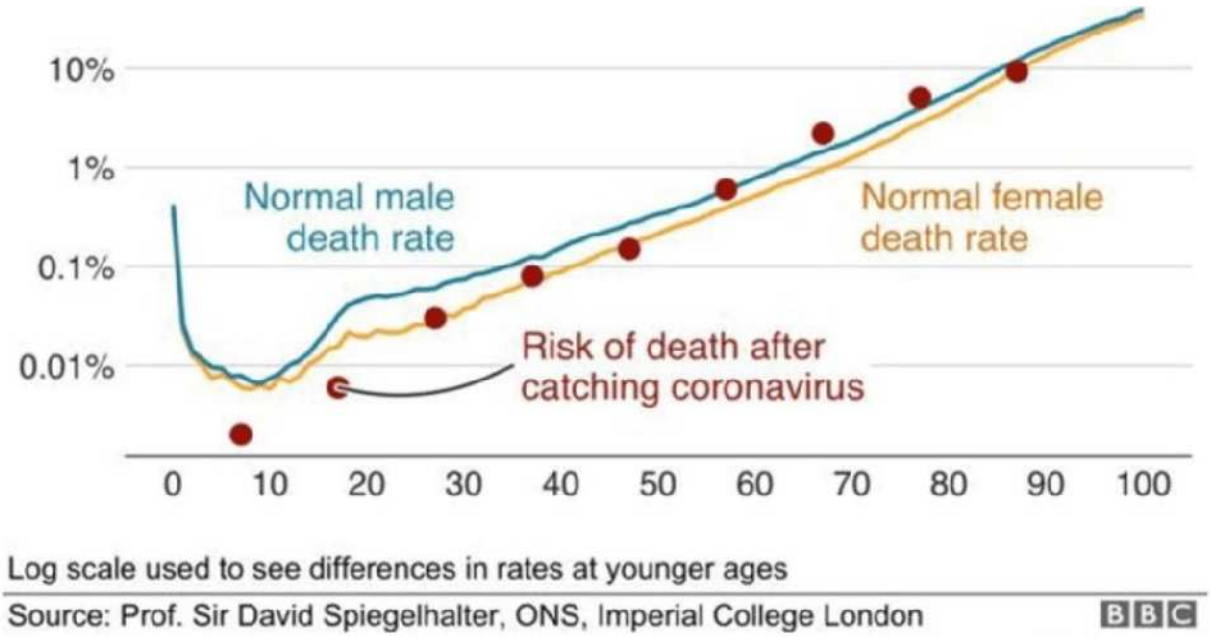
Frente a la amenaza de un virus nuevo, China se echó sobre sus propios ciudadanos. Los académicos usaron información equivocada, y con ella construyeron modelos equivocados. Los líderes confiaron en estos modelos equivocados. El disenso fue suprimido. Los medios alimentaron el miedo, y el mundo entró en pánico.

Esta es la historia de lo que, eventualmente, será conocido como uno de los errores médicos y económicos más estúpidos de todos los tiempos. La incapacidad colectiva de cada nación occidental, con la excepción de una sola, para cuestionar el pensamiento de grupo, será con seguridad estudiada durante décadas por economistas, médicos y psicólogos.

Para poner las cosas en perspectiva, se sabe hoy que el virus tiene una tasa de letalidad por infectado, para la mayoría de la gente menor a 65 años, que no es más peligrosa que manejar entre 13 y 101 millas por día. Aun si uno toma las estimaciones más conservadoras, la probabilidad de morir de COVID-19 está, grosso modo, en el rango de la probabilidad normal de morir cualquier año.

RIESGO DE MUERTE SI USTED CONTRAE CORONAVIRUS, COMPARADO AL RIESGO NORMAL ANUAL

Riesgo de morir cada año, según edad (Gran Bretaña)



Esta gráfica muestra que contraer coronavirus efectivamente dobla la probabilidad de morir en un año cualquiera, la cual es extremadamente baja para una persona joven

Pese a lo anterior, pusimos a miles de millones de personas jóvenes y sanas bajo arresto, dejamos de diagnosticar el cáncer, y nos hundimos en el peor nivel de desempleo desde la Gran Depresión. Esto, por un virus que permite una tasa de sobrevivencia del 99.99% si usted es un individuo sano menor a 50 años de edad. (1,2)

La ciudad de New York alcanzó una tasa de infección de 25%, y aun así el 99.98% de los habitantes menores a 45 años sobrevivieron, haciendo del asunto algo comparable a las tasas de mortalidad normal por accidentes de tránsito.

Pero por supuesto la chaveta que mantiene todo el argumento del lockdown en su sitio es que todo habría sido peor si no se tomaban estas medidas. Suecia nunca cerró sus fronteras, ni sus escuelas primarias, ni sus restaurantes, ni sus negocios, y nunca obligó a usar tapabocas, pese a lo cual 99,998%de *todos* sus habitantes menores a 60 han sobrevivido, y sus hospitales nunca se saturaron.

¿Por qué encerramos a la mayoría de la población que nunca estuvo en riesgo significativo? ¿Cuál será el daño colateral que causamos? Eso es lo que esta serie explorará.

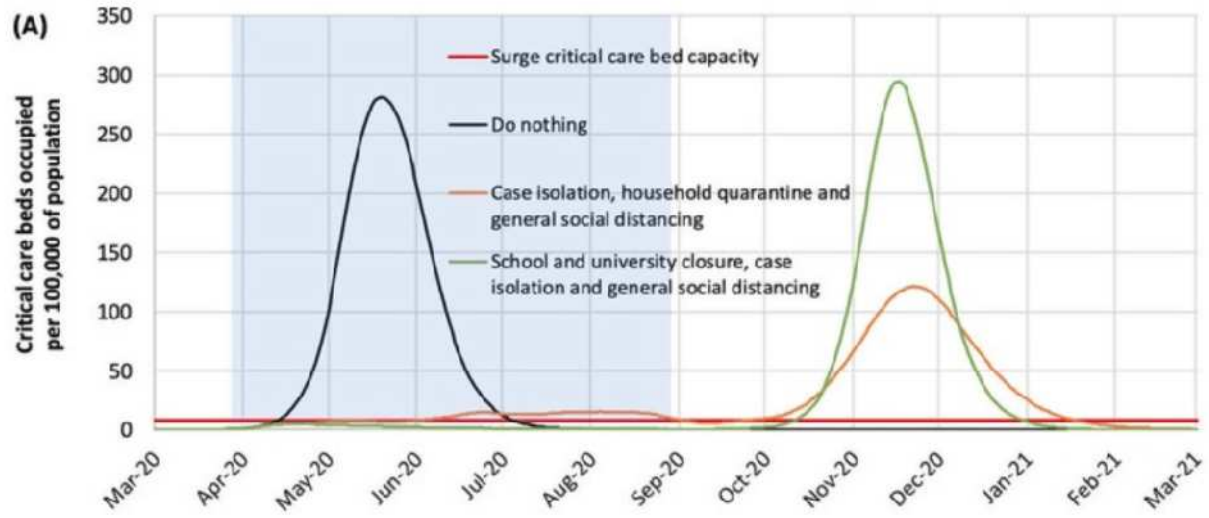
Los expertos tuvieron, al principio, una aproximación mesurada

A comienzos de febrero, la Organización Mundial de la Salud dijo que la prohibición a los viajes no era necesaria. El 17 de febrero, justo un mes antes del primer lockdown en los Estados Unidos, el Dr. Anthony Fauci, que por años ha sido director del National Institute of Allergy and Infectious Diseases dijo que esta nueva cepa de coronavirus representaba un peligro "minúsculo" para los Estados Unidos. A comienzos de marzo, el cirujano general de los Estados Unidos dijo que "los tapabocas NO son efectivos para prevenir el contagio de coronavirus del público en general". Tan tarde como el 9 de marzo, el día que Italia comenzó su lockdown, el Dr. Fauci no apoyaba la cancelación de "grandes reuniones, [incluso] si existe transmisión en la comunidad", y dijo que era "una llamada a usar el juicio". Los partidos de la NBA aun se seguían jugando.

Entonces, ¿cómo es que pasamos de ese tono mesurado, a encerrar al 97% de los norteamericanos en sus casas de un día para el otro?

Entran en escena los modelos y las suposiciones erróneas

China escondió la dimensión del brote viral. Al confiar en los datos que se mostraron, muchos científicos llegaron a creer que entre un 2% y un 5% de los pacientes infectados moriría.- Esto resultó estar equivocado por un factor de 10, pero los epidemiólogos académicos tienen una historia de predicciones nefastas disparatadamente equivocadas.



Se acredita (o culpa) al reporte del 16 de marzo del epidemiólogo del Imperial College, Neil Ferguson, como la causa del lockdown del Reino Unido, contribuyendo ello a un efecto dominó de lockdowns globales. El modelo ha sido criticado intensamente desde entonces por ser "para nada confiable, y un mamarracho plagado de errores".

Este es el mismo Neil Ferguson que en 2005 predijo que 150 millones de personas morirían de gripe aviar. Las muertes totales, en los últimos 15 años, resultaron 455. Este es el mismo Neil Ferguson que en 2009 predijo que 65.000 personas podrían morir en el Reino Unido de gripe porcina. El número final terminó siendo 392. Ahora, en 2020, predijo que 500.000 británicos morirían de coronavirus.

Su modelo, profundamente fallido, llevó a que los Estados Unidos temiesen sufrir más de dos millones de muertes, y se lo usó para justificar el encierro de prácticamente la nación entera. El Dr. Ferguson es un personaje de un drama y una tragedia shakespeareana. Su presentación del 17 de marzo ante las élites británicas, haciendo sombrío énfasis en la necesidad de tomar medidas urgentes, puede, irónicamente, haber contagiado a Boris Johnson y a otros oficiales británicos de primer rango, mientras que Ferguson mismo dio positivo al test de COVID-19 dos días más tarde. Después, en mayo, tuvo que renunciar en desgracia, luego de haber roto sus propias reglas de cuarentena para ir a encontrarse clandestinamente con una mujer casada.

Pero no culpo mayormente a gente como Ferguson. Si usted es un martillo, todo le parece un clavo. Yo culpo a los gobernantes por no haberse sabido rodear de puntos de vista diversos, y por ser incapaces de pensar críticamente ellos mismos.

Los políticos dicen que los lockdowns lograron que haya menos muertes

Sería un motivo de humillación haber forzado a los ciudadanos a quedarse en cuarentena, y luego admitir que fue un error colosalmente estúpido, de modo que es más fácil para los políticos y los creadores de modelos argumentar que las tasas de muerte tan bajas son consecuencia de los lockdown. ¡Fue un éxito!

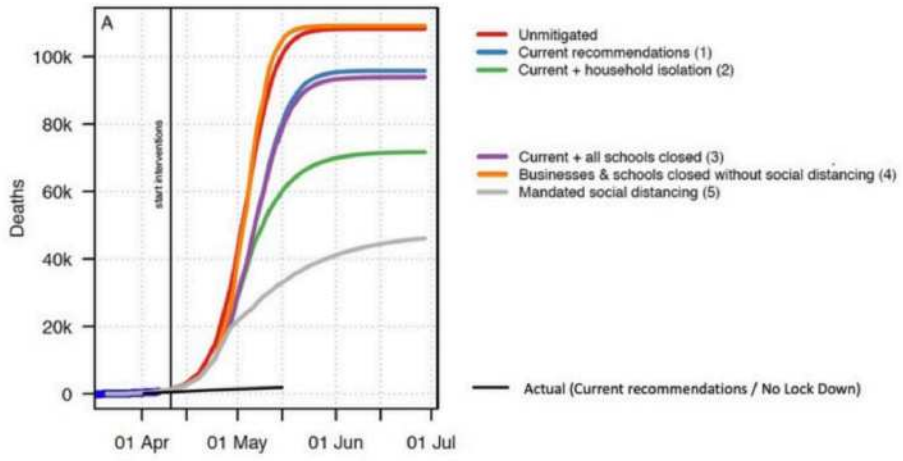
Pero hay una cantidad de incómodas espinas que siguen molestando esa narrativa —y ninguna es mayor que Suecia, el único país de occidente que no encerró a sus ciudadanos. Suecia nunca cerró sus fronteras, restaurants, negocios, o escuelas primarias. La única acción legal que sus oficiales tomaron fue prohibir eventos que juntasen a más de 50 personas.

Uno de los modelos más conocidos y respetados en los Estados Unidos es el del Institute for Health Metrics and Evaluation, el que es citado comúnmente por la Casa Blanca. Puesto que el modelo del IHME fundamenta los lockdowns y el distanciamiento social, o su falta, esto debe validarse usando sus predicciones sobre Suecia.

Debajo puede verse una captura de pantalla del modelo del IHME para Suecia, tomada el día 3 de mayo, presentada junto a los resultados reales (línea negra). El modelo predijo que a 11 días estarían ocurriendo 2.800 muertes diarias, y que habría un resultado final de 75,000 muertos si Suecia no tomaba estrictas medidas de distanciamiento social.

Estas no eran proyecciones de largo plazo complicadas; estaban prediciendo lo que ocurriría en las siguientes dos semanas, basados en meses de datos. Sin embargo, el pico diario fue 75% más bajo que la predicción de base, y 96% más bajo que la predicción de peor escenario.

Para no ser menos, la Universidad de Uppsala (la universidad más antigua de Suecia) presentó también un modelo, que podría haber hecho que los suecos abandonasen su rumbo, y se encerrasen como lo hizo el Reino Unido. Sin embargo, Suecia no cedió. Mientras que el modelo de la Universidad de Uppsala predijo 90.000 muertes en un mes, el resultado real fue de alrededor de 3.500.



Fuente del modelo: "Intervention strategies against COVID-19 and their estimated impact on Swedish health care capacity, April 11, 2020". Uppsala University. Actual Results Source: ourworldindata.org/covid-deaths.

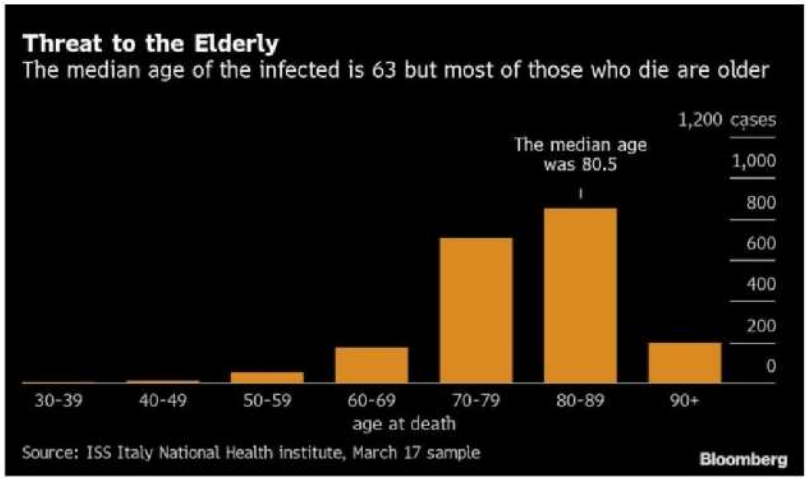
Más allá de las muertes, hubo también predicciones catastróficas acerca de la capacidad de los hospitales, pero esos modelos también demostraron que estaban grotescamente exagerados. El 29 de marzo la Columbia University proyectó una necesidad de 136,000 camas de hospital en la ciudad de New York. El máximo que se usó alguna vez fueron 12,000. En el pico, la ciudad de New York tenía aun 1 de cada 6 camas de hospital vacías, y alrededor de 1 en 10 camas de CTI vacías. Los hospitales tenían capacidad suficiente, tanto en New York como en Suecia.

Si bien muy por debajo de las predicciones, los resultados de corto plazo en Suecia son peores que los de Noruega, Finlandia y Dinamarca, pero mejores que los de Reino Unido, Francia, España, Italia y Bélgica. Es probable aun que Suecia se beneficie de inmunidad de rebaño de largo plazo, una recuperación económica más rápida, y menos muertes debido a daños colaterales de lockdown.

Los líderes políticos ignoraron la evidencia cuando ésta contradecía sus modelos

Están aquellos que dicen que no podíamos conocer estos resultados al principio, así es que, si bien los lockdown resultaron innecesarios al fin, aun eran necesarios al principio, debido a la falta de información. Esto es lisa y llanamente falso. El número alarmante de muertos en Italia alimentó la mayoría de los miedos iniciales en todo el mundo, pero ya para el 17 de marzo era

claro que la edad promedio de los muertos en Italia estaba por encima de los 80 años, y que ni una sola persona menor a 30 había muerto en ese país. Más aun, se sabía ya que 99% de quienes habían muerto sufrían de otras enfermedades.



Una estrategia mucho más racional habría sido aislar las residencias de ancianos, y permitir que la gente joven y sana saliese para construir inmunidad de rebaño. Hicimos lo opuesto, forzamos que las residencias de ancianos aceptasen enfermos de COVID-19, y encerramos a los jóvenes.

Ahora hay lugares como el condado de Santa Clara, en California, que está ingresando en su tercer mes de encierro, pese a que los pacientes de COVID-19 ocupan menos de un 2% de su capacidad hospitalaria, y no hay ni uno solo en un respirador. Pese a ello, hay 2 millones de residentes del condado efectivamente bajo arresto domiciliario. Algunos doctores y enfermeras en el área han visto su sueldo reducido en un 20% para que los hospitales puedan evitar la bancarrota, siendo esto acaso el epítome de esta catástrofe sin sentido.

Y por supuesto que *sí hubo* quienes nos avisaron desde el principio. Entre ellos estuvo John P. Ioannidis, de la Stanford University School of Medicine, que está entre los 100 científicos más citados del mundo en Google Scholar. En ese día bisagra del 17 de marzo, publicó un ensayo titulado "¿Un fiasco en ciernes? A medida que se instala la pandemia del coronavirus, estamos tomando decisiones sin tener datos confiables" [eXtramuros publicó la traducción de este ensayo aquí]— pero pocos le prestaron atención. Los grandes medios no estaban interesados en buenos artículos o en visiones disidentes. El mundo marchó en cambio, a marchas forzadas, hacia una calamidad hecha por el hombre.

***** Yinon Weiss es empresario en el sector de la tecnología, ex-militar, y su formación fue como bioingeniero. Traducción: A. Mazzucchelli

El latifundio y las implicancias ideológicas de la propiedad de la tierra / 1

Primera de una serie de notas que discuten la historia, y algunos efectos ideológicos, del antiquísimo fenómeno humano de la propiedad de la tierra

Por Luis Muxí

Amplias raíces

Y en el principio fue la tierra. Y desde el principio, fue la lucha dramática por su dominio y lo sigue siendo, en nuevo, diferente formato De su manera de tenencia derivan enfrentamientos de clases sociales, las insalvables diferencias entre etnias y grupos, la oposición de ricos y pobres, de nobles y esclavos, y de ideologías, religiones y doctrinas que prevalecen o que lo intentan. Las distancias económicas y sociales derivadas de las formas de posesión de la

tierra han sido el verdadero origen de muchos conflictos bélicos, discusiones y desencuentros. El latifundio (del latín latifundium; latus amplia, fundum raíces) es una explotación agraria de grandes dimensiones. Pero sindicar o no de esa manera a un predio, depende del contexto: en Europa, un latifundio puede tener varios cientos de hás. En America Latina, es normal que supere las 10.000 hás. Hay lugares que califican por leguas cuadradas (Uruguay en el siglo XVIII y XIX) y otros que se miden en metros cuadrados (Galicia actualmente, por ejemplo) y puede que, en términos relativos, el valor del metro sea notablemente más alto. El uso habitual del término es peyorativo, y se imputa a un manejo ineficiente de los recursos, o sea, bajos rendimientos, sub-utilización del factor tierra y uso de mano de obra precaria y no calificada. Las 10.000 hás como piso del latifundio es también así considerada por la doctrina mexicana (JC Pérez Castañeda, "El proceso de acumulación de la tierra"). Aún en 1930, el 0,3% de los propietarios era dueño del 56% del total de la superficie de México. En América fue y sigue siendo fenómeno corriente. No es permanente ni creciente. Va y viene, cambia su objeto según las circunstancias.

La calidad de latifundio depende también de la productividad de cada tierra en particular, de su uso agrícola, ganadero, lechero o maderero, de su situación geográfica específica, y de su cercanía con ciudades, puertos o centros de abastecimiento. En nuestro país, como veremos, las opiniones en temas agrarios y sobre cuál es la regla para definir al latifundio han provocado las más variadas miradas y opiniones a través del tiempo. Si bien no existen reglas absolutas o de aplicación universal, sí hay promedios, tendencias, algunas certezas, y capacidad de comparar por vía de aproximación. Las distintas situaciones productivas uruguayas permiten percibir diferencias muy grandes entre una región y otra en lo que refiere a calidad, valor y eventual uso de la tierra.

La importancia relativa que tenía la tierra en el conjunto de las actividades humanas, se vio parcialmente debilitada con el desarrollo sucesivo del comercio, la industria, banca, energía, y el de las actuales corporaciones que articulan la Internet. La influencia en las decisiones sociales, la reputación, y todos los elementos que conforman el poder y los centros que lo ejercen, evolucionaron en igual sentido, sin desplazar de manera radical a la tierra. Aún así, sobrevive una creencia, (hechura de siglos donde privaba la superior importancia de la tierra), que sigue vagamente presente en la sociedad, y que consiste en una actitud general de desagrado con el agro, contra el poder que representa, y, en especial, contra el latifundio, entendido como forma asumida de expoliación de los más. Todo esto pese a que el sector tiene una importancia relativa cada vez menor en el PBI de todos los países. Igualmente persiste, debe señalarse, la enfática creencia de que la tenencia de la tierra, en especial en gran

escala, sigue siendo un hecho aborrecible. En especial, en países de mayor atraso relativo, donde la gran extensión es aún realidad viva y las diferencias sociales muy marcadas.

La tierra tiene una única virtud: existe. Es material, se mide, se toca. Tiene esa cercanía con el individuo de carne y hueso y posee una belleza propia, intrínseca. Y por sobre todo, es parte clave de una simbología que viene, con tremenda carga afectiva, personal y social, desde el fondo de los tiempos. La tierra es el lugar que clava al individuo en un punto del espacio. Es lo que prefigura el trazado de su itinerario, determina su pertenencia espiritual a un pago, rincón o caserío. Es lo que carga con historias, crisis, cambios y revueltas. Por la tierra se vivía y se moría. Y el recuerdo de rencores viejos, por causa de la tierra, afloran 1000 o 2000 años después. Eso es parte sustantiva de la historia.

La tierra es, al fin, una versión muy peculiar del poder del dinero, elemento que tuvo mayor nivel de reputación social, y un tipo de prestigio peculiar, cuestionado y resentido por parte de la sociedad. En ello hay razones de peso ideológico que se alimentan de ideas de reparto, y de la demonización de sus causas. Pero, en cualquier caso, siempre fue factor de diferenciación y prestigio.

2.- Un terrón en la mano

No es posible describir la totalidad de problemas que ha suscitado el latifundio: el tema de la división de los campos, el conjunto de revoluciones y movimientos generados al respecto, y las ideologías que lo sustentaron. Para estar en condiciones de ingresar luego al análisis del asunto en Uruguay, proponemos previamente realizar una sucinta referencia a su origen, y a momentos de gran significación histórica.

En ese contexto, decimos, que el latifundio, fue, muchas veces, producto de las expansiones de la conquista y del descubrimiento de nuevas tierras. Que venían, a su vez, de la mano con expectativas, aventuras, ansias de poder, y ánimo de lucro. Otras veces, reconoce orígenes autóctonos. Por eso veremos patrones de reparto, justificación de los derechos o su carencia; y podremos observar cómo, desde hace largo tiempo, se repiten ciertas actitudes y se comprueban algunas diferencias.

Aproximar al tema permite explicar el origen en las diferencias de rango y la situación de vastas sociedades anteriores a la conquista, la que estuvo asociada a la tierra y su dominio. Se tratará de mostrar los elementos comunes en el ejercicio de la explotación del latifundio, las manifiestas cercanías, en el fondo y en la forma, entre sociedades distanciadas claramente en el tiempo y en el espacio. Daremos preferencia testimonial a los casos de mayor relieve, vinculados al latifundio y al trasfondo ideológico que lo rodea, registrados en Grecia y Roma.

Aristóteles dijo que “el ordenamiento justo de la propiedad es lo más importante, pues en torno a él se producen todas las revoluciones”.

Estaba pensando en los problemas suscitados en Ática, en el siglo VI AC, derivados del enfrentamiento entre grandes y pequeños propietarios, nobles y campesinos. Le preocupaba especialmente la justicia a la hora de distribuir.

En su día, y de modo definitivo, procuró Solón (638-558 AC) resolver el asunto de la concentración de riqueza extrema de los eupátridas (nobles terratenientes) en relación con los campesinos, que pretendían una reforma agraria y una adecuada distribución de la tierra. Solón dispuso anular las deudas de los pequeños productores. No se sabe con certeza si fue quita de capital o solo de intereses, o de ambos, y si alcanzó o no a todos los que no eran nobles propietarios, pero refleja el interés y la conciencia de una clara inclinación contra la injusticia. No pudo solucionar el tema de la requerida distribución de tierras. Lo cierto es que la historia le reconoce el notable mérito de haber procedido a la definitiva eliminación de la prisión por deudas, favoreciendo a campesinos que muchas veces estaban en la cárcel por la propia persecución del latifundio para absorber a pequeños productores. Desde entonces, las consecuencias de la deuda se redujeron al ámbito civil y a los bienes, alejándose del ámbito penal; principio esencial de un esquema republicano, hoy vigente. Es también el responsable de la supresión de los derechos patriarcales relativos a la venta de la mujer propia o de los hijos. Hace 2.600 años, Solon alteraba el poder del hombre sobre su propia familia. El problema vigente seguía siendo la distribución de la tierra. Actualmente continúa en discusión el tópico de la propiedad y uso de la tierra, y ha asumido novedosas variantes el tema del patriarcado y de la exclusión.

En la época recién referida, el latifundio se concentraba siempre en actividades agrícolas cuyo destino era el consumo y la exportación. Cereales, vino, aceite de oliva. Lo que se producía en Roma y en Grecia, Sicilia, Egipto, África del noroeste e Hispania.

Todo el funcionamiento de la economía global (incluido el latifundio como forma de la explotación), estaba sustentado, en materia de recursos humanos, en el trabajo de los esclavos. Hubo latifundios, primero en Roma, que fueron también derivando (en el imperio Romano, en épocas de la República) hacia los territorios de terceros objeto de conquista, resultado de la transformación de la tierra (ager publicus). Todo esto transformó en tierra pública un tercio de la superficie disponible para cultivos de las nuevas colonias. Con el tiempo, esas superficies salieron de la red pública, para volver a ser latifundios a través de un proceso en el cual son objeto de división y recurrente concentración, de manera confusa, incluyendo subastas (que encubrían distribuciones a favor de los militares de alto rango), y que después fueron tornando a tierras en arrendamiento, para llegar a ser objeto de simple apoderamiento de muchos. Los primeros latifundios, en la zona de

dominio romana, vienen de los despojos de la guerra, en especial a partir del siglo II AC, y su prototipo, de estructura y forma de trabajo, son primeramente los predios instalados al sur de Italia y Sicilia, a los que siguen el sur de España y el Magreb.

El latifundio del que venimos hablando era agrícola, mientras que en nuestro país fue exclusivamente ganadero, en sus orígenes y durante un lapso muy prolongado. Hubo que esperar a la época presente en el Uruguay para poder observar latifundios en áreas agrícolas: primero fue el de la explotación de la soja y, casi en forma casi simultánea el de los predios madereros

Pero volvamos a esa extensión en las colonias, fuera de Roma, que alentaba las expectativas de legionarios, y de militares en general, para recibir más beneficios. Nueva tierra, más beneficios. La adquisición de las pequeñas parcelas por los grandes productores, en forma lenta pero inexorable, mejoraba la economía de escala, y provocaba un retorno a la vieja estructura del latifundio. Cuatro siglos después de esa conquista, el latifundio se había reinstalado, mediante compra o anexiones de los más pequeños, tanto dentro como fuera de la capital del imperio.

El cultivo en gran escala fue en Roma seguramente atribuible al desarrollo del trigo, importado después de Sicilia, y aún de Africa y Egipto. Fue este un cultivo que, a su vez, aumentó notablemente la cantidad de esclavos que trabajaban en la ciudad. Plinio el Viejo, autor de obras de relevantes sobre las Ciencias Naturales, dejó constancia explícita de la pena que le deba la certeza de la ruina inevitable de Roma por sustituir al campesino romano, que había ido a las guerras y abandonado su tierra, por la esclavitud.

3.- El arado y la sangre

En la época de la República, y muy especialmente en los dos siglos antes de Cristo, se dan hechos notables en materia de distribución de tierras y latifundios. Es época fermental, cuyo episodio más relevante se concentra en las reformas de los Gracos, Tiberio y Cayo Graco, nietos de Escipión el Africano. En los años 133 AC y 123 al 22 AC, respectivamente, éstos presentan varias reformas de interés en el tema.

Antes de Tiberio Graco, Tribuno de la Plebe, ya había normas limitativas de la superficie de tierra que podía tener una familia, normas cuya aplicación cierta es en alguna medida difusa, y a las cuales Tiberio recurre como base de su reforma. Las mismas derivan de las leyes Licinio Sextiaras, del año 376 AC, que habían fijado límite máximos de propiedad de la tierra por familia. Ese límite era de 50 yugadas (corresponden a 125 has) más 31 hás por hijo, con un límite aproximado de 250 hás total. Según crecían las familias, ese límite era, como es obvio, un foco de dificultades prácticas a la hora de atribuir la tierra. No se conoce cuál fue el destino real de las leyes Sextiaras, ni cuál fue su aplicación efectiva. Otra limitación que establecía la ley era la

regla de que los esclavos debían ser, como máximo, igual en cantidad a los trabajadores libres, de forma de mantener el trabajo de los romanos y, a su vez, como instrumento para no hacer uso abusivo de los esclavos. La preocupación de Tiberio era dotar de tierra a la plebe urbana, a los soldados licenciados y sin trabajo, y a los soldados que regresaban de las colonias, con el objeto de darles debido asentamiento y evitar la concentración de gente desclasada y sin intereses atados al uso de la tierra. En igual sentido, se promovía otorgar la nacionalidad a los itálicos y mejores condiciones políticas a los caballeros, que eran quienes se ocupaban de los negocios. Todo en oposición a la nobleza, que dominaba el Senado.

Por las razones apuntadas, se resolvió otorgar, tomando la referencia de las leyes Licianas, una extensión de 7,5 ha por familia, sin discriminar aumento por hijos. La reforma, en cualquier caso, cambia radicalmente la superficie original del latifundio, rebajando ésta a las 7,5 ha. Las tierras a distribuir sería la de los campos ocupados en forma ilegal, y el de latifundios, que habían crecido a expensas de los romanos que durante varios años habían ido a la guerra dejando su tierra. La inquietud ética de Tiberio era la de apoyar la estabilidad de las clases medias, y la de establecer un status de firmeza, continuidad familiar y sustentabilidad para la propiedad rural. El proceso de sanción y aplicación se fue complicando para Tiberio. El Senado se opuso a las reformas, y el otro tribuno Marco Octavio, sin cuyo concurso no prosperaba la acción (que debía ser conjunta), desistió de la misma, lo que es otra historia. El episodio terminó en el asesinato de Tiberio y de 300 de sus seguidores.

Se dice que en época de los Gracos se llega a distribuir 80,000 unidades de tierra laborable a los proletarii, que significa aquellos "que crían hijos", aunque eran en rigor los pobres sin tierra. Lo cierto es que 10 años después, llega a la misma magistratura Cayo Graco, hermano de Tiberio, con la idea de seguir las líneas de reparto de tierras, pero también cargado de un ánimo de venganza por el asesinato de su hermano. Suya fue la iniciativa de ampliar el sistema de reparto de tierras a las colonias, en especial a Cartago y Tarento, como forma de limitar el crecimiento de los latifundios -principalmente los de los militares exitosos-, y, a la vez tener, la tierra en manos de gente confiable para Roma. Cayo Graco también impuso precio límite al trigo, estableciendo la congelación del precio para facilitar su adquisición por los más pobres, y afectó, de manera sensible, las potestades del Senado. Al pretender su tercera reelección, el Senado reaccionó, determinando una persecución, por vías no santas, que terminó con 3.000 muertos, y el suicidio de Graco.

Repasado el proceso de la agricultura como base productiva en la Italia histórica clásica, sería así: la ampliación de la conquista trajo la competencia desleal de aquellos que sostenían su estabilidad en el uso de mano de obra

esclava. Eso, en los tiempos próximos y anteriores a los Gracos, llevaba a la ruina de los campesinos, que terminaban vendiendo sus tierras. Había un círculo vicioso que recorría la atribución de tierras, la venta de estas a latifundistas, y de estos al Estado. Y después, a manos de terceros.

Como se podrá apreciar, en el contexto de lo que representaba el latifundio (entre 125 y 250 ha, pero con repartos del orden de 7,5 ha por familia, lo que era una significativa reducción,) al final eran los poderosos, los miembros de la nobleza y de la riqueza inmobiliaria los que imponían finalmente sus criterios. En estos casos, con sangre. Las consecuencias las sufrieron los estadistas que representaron a la plebe, y sus seguidores, guiados por el objetivo de limitar el poder instalado. En definitiva, se trataba de hacer volver a la tierra a los romanos empobrecidos que, expulsados de la misma, terminaban en la capital del imperio, dedicando su tiempo a cumplir funciones nuevas en los servicios, es decir al nuevo ocio, a las distracciones.

Lo cierto es que hay elementos comunes en todos los procesos, sea de conquista, de dominación nueva de otros pueblos, o de cambios derivados de posiciones religiosas o de etnias, similitudes de entidad. Lo hay tanto en los procesos históricos, en las alternativas ocurridas en la propiedad de la tierra, en los componentes personales y familiares, en las actividades desarrolladas por cada quien. Todo ello a pesar de que existen, también, aspectos destacables que alejan las distintas situaciones, las circunstancias, y los hechos, y contextos que van en otra dirección. Al final, en todas las sociedades -cualquiera sea época, su desarrollo, allí donde la situación propicia o facilita la instalación del latifundio- se genera de manera visible un fenómeno de formación de grupos que lideran la conducción. Los que lideran, suelen ser menores en número, lo que explica en sociedades de diversa orientación las diferencias relativas entre cada uno, por instancias basados o no en la violencia. Hay, por supuesto, mil matices, aún en tierras próximas unas de otras, y en conquistas cumplidas por un mismo centro de poder estatal o imperial.

La conquista española, sus características principales y su evolución en nuestro país serán temas centrales de nuestra próxima entrega.

¿Cuántos mitos se han creado, cuántos errores se han cometido y cuántos datos que no se corresponden con la realidad son tenidos por ciertos? Esas son preguntas que trataremos de contestar.

ENSAYO

Agonía del teatro y la cultura de Brasil en tiempo de pandemia

La iglesia, el centro espírita, el centro de umbanda o candomblé, el monasterio budista, la sesión xamánica, tienen en Brasil una importancia central en el cotidiano de la sociedad brasileña. Son un pilar, son la base de la sociedad. Esta es la base de vida social, espiritual y religiosa, que la cuarentena y el distanciamiento social quiebran con violencia. ¿Qué puede pasar al suprimir, suspender o modificar en su esencia la actividad espiritual y religiosa en un país que es un barril de pólvora y atraviesa uno de los peores momentos de su historia?

Por Mauro Baptista Vedia

Escena 1. Sao Paulo, Brasil, Mayo de 2010.

"Mauro, te llamo para avisarte que Pampolini tuvo un AVC y está internado en el CTI ", me dijo Ana, la ex mujer de mi amigo actor.

"No lo puedo creer. Qué pasó?"

"Sí claro, está en el Hospital Samaritano. Por si querés ir a verlo."

"Está consciente?"

"No! Está sedado, en el CTI, entubado, inconsciente."

"Inconsciente… Entubado…?"

"Sí."

Pampolini, mi gran amigo, mi actor favorito. Entubado. EN…TU…BA…DO, pensé, mientras colgaba el teléfono.

Hoy, 10 años después, quien agoniza, y está "entubada", con respirador artificial, es la cultura brasileña. Desde la caída de la presidenta Dilma Rousseff, el cine, el teatro, los museos, sufren enormes cortes en el presupuesto. El gobierno del presidente Jair Bolsonaro eliminó el ministerio de Cultura y lo transformó en una secretaria. Inoperante, sin poder, la secretaria de cultura no funciona. El financiamiento del cine y el audiovisual está paralizado hace un año y medio. El teatro sobrevivía razonablemente bien en el Estado de Sao Paulo, gracias a financiamientos municipales y a la red SESC de centros culturales y sociales.

El Covid 19 fue una puñalada mortal a una cultura que ya venía golpeada y tenía baja inmunidad. La gente que vive del teatro y del audiovisual está encerrada en su casa, de vacaciones forzadas. Las autoridades dicen que los espectáculos teatrales pueden volver recién en enero del 2021 y con enormes restricciones para el público y los artistas.

Desde el fatídico día 15 de Marzo, un domingo, Brasil vive un clima de caos e histeria colectiva. Hoy, dos meses después, Brasil sigue en cuarentena, más o menos radical, dependiendo de la región. El arte y su cultura agonizan, aplastados por el Covid-19. Todo deseo, toda pulsión artística se ha trasladado a la televisión, a las pantallas de los celulares y computadores. Ver films y series online parece ser lo que resta en esta "nueva normalidad".

Sumado a la crisis del Covid 19, hay en Brasil un clima de enorme inestabilidad política, de caos cósmico, que aumenta día tras día. Empezó en 2013 con las manifestaciones contra el gobierno del PT por un transporte colectivo gratuito, siguió con la reelección de Dilma Rousseff en 2014 y la posterior campaña de los medios de comunicación y de varios partidos opositores para derribar su gobierno; aumentó con el *impeachment* de la presidente y con el gobierno provisorio y casi ilegal de Michel Temer, con la prisión arbitraria de Lula, con la surreal puñalada a Bolsonaro, con las peleas dentro de la izquierda y con la elección de un gobierno reaccionario y caótico, encabezado por el ex capitán Jair Bolsonaro. En su biografía, el general y ex presidente de la dictadura, el general Geisel calificó a Bolsonaro como un mal militar.

A ese panorama caótico se suma el Covid 19 y la "histeria interminable" de la prensa. La inestabilidad del gobierno sólo aumenta; ya se habla abiertamente del impeachment del presidente como una posibilidad real. Hay conflictos constantes dentro del gobierno,

peleas frontales entre el presidente Bolsonaro y los gobernadores de estados como Sao Paulo, Rio de Janeiro. Un personaje siniestro y oscuro, antes aliado de Bolsonaro, es hoy su principal rival: Sergio Moro. Pero de este Darth Vader de la política brasileña nos ocuparemos en el próximo texto.

En relación al Covid 19, Bolsonaro encabeza el movimiento para dejar las cuarentenas y retomar la actividad económica. Claro que a su manera: de forma caótica, lumpen, agresiva, incitando manifestaciones contra el parlamento. La izquierda brasileña, en su peor momento en décadas, está a favor de la cuarentena y el distanciamiento social, sin críticas a las políticas de la OMS, a pesar de los evidentes daños a la clase trabajadora. Las políticas del ministro de Economía, Paulo Guedes, son poco solidarias con los trabajadores y con los pequeños empresarios. Hasta ahora la ayuda al trabajador se limita a unos 110 dólares durante tres meses, para aquellos trabajadores desempleados, que no hayan ganado más de 3.450 dólares en el año de 2018, según la declaración de renta de este año.

En São Paulo, estamos en cuarentena. Más allá de los 30 por ciento de votantes fieles aún a Bolsonaro, pienso que gran parte de la población brasileña no hace cuarentena porque le es imposible. Es gente que vive hacinada y que vive al día, que tiene que salir a la calle a rebuscarse para no morir de hambre. Nunca, como hoy, las categorías de izquierda y derecha estuvieron tan confusas, producto de la intensificación de la globalización que trajo la pandemia. Hoy los principales opositores a Bolsonaro, también se ubican en la derecha política: João Doria, gobernador del Estado de Sao Paulo, Wilson Witzel, gobernador de Río de Janeiro y el ex ministro Sergio Moro. Calificar Doria y Witzel como más al centro por ser favorables a la cuarentena sería muy ingenuo. Son apenas precavidos, astutos. Witzel practica una política tan homicida en relación a los derechos humanos como la de Bolsonaro. La policía en Rio de Janeiro entra ahora en las favelas y las comunidades pobres con licencia para matar, una constante histórica de Brasil, ahora practicada sin tapujos y sin dobles discursos. João Doria, un empresario de familia rica, disminuyó brutalmente el financiamiento para la cultura y el arte en el Estado de Sao Paulo. Doria es capaz de privatizar el agua, los parques y todos los patrimonios públicos imaginables. Bolsonaro se diferencia de Doria y de Witzel, ambos cuadros muy inteligentes y preparados, por su brutalidad, por su estilo tosco y agresivo, ajeno a toda liturgia de la buena política. Por alguna razón no tan obvia, "Jair" es hoy en Brasil el principal opositor de las políticas de cuarentena, alertando que eso va a traer hambre, saqueos y caos social.

Brasil es un país donde se vive, se ama y se odia en la calle, al aire libre, en pleno sol. Sin distanciamiento de ningún tipo. Esta cuarentena es todavía mucho más cruel para el "país tropical, abençoado por

Deus" (palabras del gran músico Jorge Benjor) que para países como Uruguay y Argentina. Este es un país que se caracteriza por las aglomeraciones, por las multitudes, por las actividades al aire libre. Carnaval, todo tipo fiestas populares, comida callejera, shows de música, teatro, todo es en la calle, en general bajo un sol fuerte y radiante. Aquí hay gente demás, todo está siempre lleno, suele haber más personas que espacio. El truco para adaptarse y sentirse brasileño es aprender a estar apretado, sudado y estrujado, rodeado de decenas, centenas o miles de personas, de todas las clases sociales. El brasileño promedio tiene terror a la soledad; no sabe estar sólo, no convive bien con la melancolía. El brasileño valoriza hacer cosas, estar siempre en movimiento, enfrentar los problemas, con poca rebeldía política, pero mucha fe religiosa. Una vida aséptica y de distanciamiento social, es una realidad mortal para el brasileño, acostumbrado a abrazar, besar, tocar, hablar alto. La tal "nueva normalidad" plantea no un desafío enorme para la vida cultural y social brasileña, sino un cambio brutal, que va contra la esencia de Brasil.

Escena 2. Sao Paulo, Mayo de 2010. Continuación.

"Que pasó? Pampolini es tan joven. 40 y pocos años", pregunto.

"Viste la panza que tenía? Estaba más gordo que nunca!"

"Es verdad. Estaba tomando mucho."

"Era una bomba en potencia."

"Mirá, yo, me estoy yendo a Uruguay. Recién estrené una obra. Fueron dos meses de ensayos intensos, jornadas de ocho horas, un día libre por semana. Estoy reventado. Vuelvo en una semana. Prefiero verlo después, cuando se esté recuperando."

"Tranquilo Mauro. Andá en paz. Él sabe lo mucho que tú lo querés."

"A la vuelta lo veo."

Nunca más vi a mi amigo Osmar Pampolini. El "gordo", como lo llamábamos, murió al sexto día de estar internado. En aquella época, era el mejor amigo que tenía en el teatro brasileño. Cuando, una semana después, aterricé en el aeropuerto, volviendo de Montevideo, era el día del velorio y entierro. Mientras yo bajaba del avión, Pampolini era incinerado y, espero, subía a la eternidad. El velorio fue rápido, de pocas horas. Velorio express, como se usa hoy. "A fila anda", traducción "la cola se mueve", es una expresión brasileña fatalista y pragmática. En un país con muchísima gente, que en las ciudades grandes y medianas sufre con superpoblación, pésima distribución de renta y falta de infraestructura básica (salud, vivienda, transporte), la vida humana vale poco.

Un tiempo después supe que fue un velorio tristísimo, intenso, lleno de gente. Pampolini, o Pampo, como también era llamado en el mundo del teatro y del cine paulista, era una persona muy querida. Durante años, su

muerte me torturó. Pampolini era un actor histriónico, lleno de talento, carente de técnica y de disciplina. Carismático, divertido, alcohólico, híper sensible y "putanheiro". De origen humilde, le fue bastante bien como actor. Acostumbrado a no tener dinero, el relativo éxito llevó a Pampolini a comer sin parar, a tomar mucho alcohol, a gastar mucho en prostitutas y otras "cosas más" hasta que el cuerpo, dijo basta. Una noche se sintió mal, tuvo un gran dolor de cabeza y en lugar de ir al hospital, se fue a dormir. Cuando se despertó al otro día, ya perdía 3 a 0. Al querer entrar en el taxi, cayó desmayado. Nunca más se despertó.

Pampo, el gordo, tenía una característica genial, típica de algunos actores instintivos. En la vida cotidiana, Pampo hacía todo bastante mal. Era melancólico, lloroso, lento, depresivo. Pero cuando se subía a un escenario teatral o cuando filmaba, se transformaba y de repente, hacía todo bien. Su muerte me hizo ir a varias iglesias a rezar y a pedir perdón por no haber ido al entierro. La última vez que estuvimos juntos, en una casa vieja con una azotea grande que había alquilado, charlamos durante horas y tomamos medio litro de whisky. Para mí fue una velada de excesos. Para él, era una rutina.

Hoy, diez años después de la muerte de Pampolini, el teatro y el cine brasileño, sufren, agonizan, suspendidos en el tiempo, como él mismo agonizó en el CTI. Mientras, la comunidad teatral y artística resiste y se manifiesta en eventos en redes online, con lecturas de textos, con obras transmitidas en vivo o gravadas y debates. El teatro que el brasileño realmente valoriza tiene pocos puntos en común con el teatro narrativo y dramático que la cultura rioplatense aprecia. Tanto una elite cultural como el llamado "povão" (expresión brasileña para designar al "gran pueblo", la gran masa de desheredados), prefieren otro tipo de teatro: menos narrativo, más sensorial, más del momento presente, más irracional. Pienso que hay una conexión profunda, cultural, social y espiritual, entre dos tipos de teatro, el experimental y elitista, y el popular, el de las ceremonias religiosas y espirituales. La élite cultural brasileña (la crítica y un público especializado) prefiere un teatro plástico, sensorial, que poco cuenta una historia y busca la inmersión de público en un ritual de imágenes y emociones. Es un teatro experimental que privilegia lo visual y musical, de atmósferas, de momentos. Un teatro de directores y de mise en scène, de escenografías, de vestuarios y de luz, más que de actores y dramaturgia. Un teatro llamado "pósdramático". Un teatro opuesto al que reina en Argentina y Uruguay, un teatro de herencia más clásica, que cuenta buenas historias con actores interpretando personajes de forma realista, para un público consumidor de clase media, que valoriza un buen texto. El teatro valorizado en las tierras brasileñas es un teatro representado, por ejemplo, por los brasileños Zé Celso Martínez Correa y Gerald Thomas o el norte

americano Bob Wilson. En este teatro, el mundo representado en el escenario no tiene nada que ver con el mundo exterior visible, sino con lo oculto, con los sueños y las pesadillas. Sexo, violencia y muerte predominan. Es un teatro muy arriesgado: puede ser insoportable o genial. En estas obras, el espectador tiende a involucrarse de cuerpo y alma en un ritual que busca la inmersión de los antiguos rituales religiosos.

Hay una fuerte relación entre el teatro posdramático con la forma en que el brasileño participa de la cultura. En un show de música en Brasil, el público canta, baila, grita, habla permanentemente, en una comunión total con el o los artistas que estén en el escenario. En Uruguay, la separación entre artistas y público es radical. Me acuerdo un verano en La Paloma, había un show de rock uruguayo en la plaza y, me detuve para verlo, con una novia brasileña. El grupo se mataba en el palco, dejaba todo. Mi pareja miraba fijo a la banda. En determinado momento, obligué a mi pareja a mirar al público: serio, callado, estático. Si la banda tocase Zeppelin, Piazzola, Wagner o Bach, la reacción visible de la gente, seria la misma. El cuerpo no se veía afectado. Mi novia no lo podía creer.

Una obra fría con un texto que diseque los mecanismos del capital sobre la sociedad es lo que menos interesa a este teatro brasileño experimental. Lo mismo podría decirse sobre un drama sicológico donde el héroe individual enfrenta una sociedad injusta y al final triunfa o sucumbe. Por qué? Por un lado, muchos piensan en Brasil que ese tipo de teatro que cuenta una historia, es realizado mejor por argentinos y uruguayos. Además, ese teatro naturalista en Brasil tiene como gran rival las telenovelas, con una fuerza que no existe comparación con Uruguay y Argentina. Pienso que hay razones más profundas para explicar esa predilección por un teatro no narrativo.

Me aventuro a afirmar que una de las razones por la predilección por el teatro no narrativo, sensorial y irracional, es el fatalismo que el brasileño tiene sobre su sociedad y su país. Hace ya bastantes años que el ciudadano brasileño tiene la convicción de que "Brasil não deu certo." Este pesimismo sobre Brasil está oculto por la gran vitalidad y espiritualidad del brasileño, que afirma: "hay que vivir ahora y ya." Brasil como proyecto de nación y proyecto colectivo siempre fue algo imperfecto. La desigualdad social, herencia de la esclavitud, fue y es brutal. Es un país de castas, difícil de entender, pero, muy obvio en sus estructuras de poder. Brasil es de cierta forma la India de América Latina, con sus islas de excelencia y sus islas de miseria. Frente a eso, el brasileño piensa: "vamos a vivir el presente, vamos a disfrutar de la naturaleza, del amor, de la comida y la bebida. Y vamos a buscar consuelo en la vida religiosa y espiritual, que es lo único que aquí siempre funciona".

Es la vida religiosa y espiritual nos conecta con el otro teatro, el teatro de las grandes

masas, con el que quiero cerrar este ensayo. Ese otro "teatro", en el sentido amplio de la palabra, es el "teatro" de las ceremonias religiosas y espirituales, frecuentado por todas las clases sociales. Ese teatro religioso y espiritual tiene muchos puntos de contacto con el teatro pos-dramático y experimental al que me refería. Algunos se deben preguntar, cómo es posible relacionar un teatro experimental consumido por una elite cultural con las ceremonias religiosas populares? Como se conectan universos y públicos tan diferentes? Explico. Cualquier ceremonia religiosa en Brasil, sea una misa católica, protestante (ni que hablar evangélica), o una sesión espírita, o por ejemplo, una ceremonia de candomblé, de umbanda o una sesión xamánica de ayahuasca, es un ritual donde la separación entre quienes organizan el culto y los seguidores no es rígida. Un ritual donde la participación es sensorial, emocional, en que los horarios de comienzo y fin son poco estrictos. De la misma forma que en Brasil un asado se prolonga durante horas, que una fiesta tiene una hora para comenzar (que nadie respeta) pero no tiene una hora para terminar, una ceremonia religiosa aquí es una experiencia que dura horas. Suele ser un ritual donde a menudo las personas están apiñadas, apretadas, sudadas, en contacto íntimo con las otras, de toda clase social, color o edad. La iglesia, el centro espírita, el centro de umbanda o candomblé, el monasterio budista, la sesión xamánica, tienen en Brasil una importancia central en el cotidiano de la sociedad brasileña. Son un pilar, son la base de la sociedad, que la cuarentena y el distanciamiento social quiebran con suma violencia.

¿Que puede pasar al suspender o modificar en su esencia la actividad espiritual y religiosa en un país que es un barril de pólvora y atraviesa uno de los peores momentos de su historia? En un país donde el capitalismo es tan salvaje, las ceremonias religiosas cumplen una función esencial de comunión, de sicoterapias popular y gratuitas, de ritual colectivo y armonioso. ¿Qué pasará con el teatro y el arte brasileña en esta situación de cuarenta y distanciamiento social? ¿Qué pasará con este país y su gente, sin su arte, su cultura y sus religiones? Sólo me resta terminar con una expresión popular brasileña, que me parece la más adecuada a este momento y que pronuncio con total esperanza, con la convicción de que vendrán días mejores: "só Deus sabe."

ENSAYO

Arte, reproducción, distancia y percepción visual en época de pandemia

Por Óscar Larroca

Desde que Marcel Duchamp pateó el tablero del estatuto del arte con el propósito de poner en duda el viejo asunto de la representación (-volver a– y –presentar), el arte visual comenzó a navegar en los mares crispados de la vanguardia para finalizar en cierta negación sobre la pertinencia de la materialidad del objeto artístico (entre otras cuestiones que vindican la muerte del autor y anuncian el "fin del arte"). En esta época en la cual las autoridades sanitarias nos inducen al confinamiento como secuela de la pandemia del Coronavirus, el acercamiento al arte

plástico y visual se consuma desde la pantalla de una computadora personal que lleva al hogar del espectador las obras en acervo de los museos y galerías del ramo.

El autor del "urinario" probablemente estaría complacido con este procedimiento, pues una de sus convicciones filosóficas partía del rechazo que le producía la contemplación fetichista de la obra artística; entre las cuales se encuentra el desplazamiento del espectador a una sala de museo para apreciar in situ el original correspondiente. Para Duchamp, da lo mismo estar frente a la obra original como ante su reproducción en las páginas de un libro. (De más está decir que el artista francés no pudo evitar que sus obras hayan sido presas de la contemplación estética. Por ejemplo, el crítico George Dickie sostenía que "las cualidades visuales del urinario de Duchamp, los efectos de reflejos, profundidad, su superficie blanca y brillante y agradable óvalo, merecían ser muy tenidos en cuenta". El primer sorprendido por este juicio fue el propio artista: "Les arrojé un portabotellas y un urinario a la cabeza como una provocación y he aquí que ellos admiran la belleza estética".)

Los artistas más veteranos siempre nos sugerían visitar los museos, porque "la experiencia de enfrentarse a una pintura original no tiene punto de comparación con la reproducción impresa en un libro". Si bien en los últimos años se perfeccionaron de manera considerable las técnicas de impresión y algunos libros de arte incluso aumentaron su tamaño físico con el intento de "acercarse" un poco más a la obra matriz, esto no compensa en absoluto las consecuencias emotivas y racionales de pararse frente a una pintura o escultura auténticas.

Volviendo a la coyuntura que nos ocupa, los museos se han propuesto acercar el arte al público mediante las herramientas virtuales que provee internet. Los músicos también han utilizado este puente como forma de compartir sus composiciones y de construir un reparo para subsanar la distancia y la ausencia transitoria de visibilidad. Los actores han intentado hacer lo suyo, pero como explicó una actriz hace unos días: "el teatro on-line no es teatro". Es probable que el concepto pueda aplicarse a otras disciplinas artísticas, pues tampoco el museo on-line suple la experiencia de recorrerlo de forma presencial, como escribí más arriba. No estoy afirmando que el encuentro directo con una pintura sea incompatible con las nuevas plataformas y medios de transmisión comunicacional (gracias a internet tenemos al alcance de la mano un sinnúmero de ventajas referidas al conocimiento; exceso que, como se sabe, debe tomarse con pinzas). Mi preocupación es bien otra: la producción simbólica generada de una forma particular, como la escultura o el arte pictórico, está edificada sobre parámetros sensoriales y "envolventes" que solo se pueden transmitir satisfactoriamente sin mediación de reproducciones mecánicas o digitales. La distancia emocional es equivalente a la

distancia física: cuánto más lejos —en términos espaciales— nos ubiquemos de esa obra, más opaca será nuestra aprehensión. Si bien con una computadora se puede aplicar el zoom sobre reproducciones que tengan una alta definición en megapíxeles, el recorrido visual siempre estará recortado dentro de un área rectangular. Este espacio geométrico oficia de una ventana-pantalla que no se condice con los distintos grados de visibilidad que facilita la retina humana. Es decir: cuando estamos en un museo frente a una pintura, ésta permanece "entera", aún para el reconocimiento de nuestra escasa visión periférica. Así, el gran "envoltorio espacial" de una sala museística, sumado a la corta distancia entre nuestra mirada y la obra, nos sumerge en una comunión única.

Walter Benjamin, en su ensayo La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica (1936) advierte que la reproducción mecánica es de antigua data: la fundición de bronces y el acuñamiento de monedas en la antigua Grecia, la xilografía china del siglo II respecto al dibujo lineal, el aguafuerte durante la Edad Media, la imprenta como reproducción de la escritura, la litografía para el afiche, etcétera. Para no esquivar el posible rozamiento de mis palabras con los enunciados del pensador francfortiano, diré que mi interés es menos el de sacralizar el "aura" de la obra (el carácter único y original) que el de la pérdida de aproximación genuina. A su vez, la fotografía y el cine (en tanto pasibles de ser replicados de forma exacta) son categorías espaciales que merecen un análisis particular, dado que nacen como reproducciones en sí mismas desde el propio momento de su concepción. (Asimismo, la fotografía y la música podrían situarse en subespacios diferenciados, pero eso me desviaría del alcance de este artículo.)

Acerca de aproximaciones y cine, el pintor Manuel Espínola Gómez decía: "El fenómeno cinematográfico se me aparece, desde hace años, como "el funcionamiento mecánico" de la imaginación y la memoria del hombre… fuera del hombre. Es decir, como si el sector específico de los "nuezarios mentales" encargado de memorizar e imaginar se hallara radicado, bien que circunstancialmente, fuera de su perímetro testal. De ahí la magia del cinematógrafo, cuya pantalla de considerable extensión —dicho sea de paso— se corresponde mucho más con el tamaño de la "pantalla interior" del hombre que los aparatos comunes de índole televisiva, por lo que se explica sí la disipación irremediable el envolvente prestigio de la narración cinematográfica".

El científico estadounidense Nicholas Negroponte fue muy claro al exponer sus verdaderos anhelos: "Tenemos que cambiar la palabra educación por la palabra laptop". Si leyéramos de forma literal el enunciado pontificio de dicho autor, podríamos considerar que la idea de sustituir el proceso civilizatorio de la especie humana por una herramienta (un lápiz o un teclado y un sistema programado) persigue fines poco

confesables. Por lo pronto, la promesa del desarrollo y la aprehensión sensorial a través de la universalización de la enseñanza por intermedio de las tablets electrónicas entregadas a niños de la educación pública, aún no se ha concretado. Incluso, hay fuertes indicios que podrían llevarnos a pensar todo lo contrario. No son pocos los neurólogos que han afirmado la necesidad de que el sujeto se familiarice, en un primer lugar, con la escritura, y más tarde, con la pantalla y la virtualidad; como modo de contrarrestar la pérdida de concentración que se viene observando en las nuevas generaciones como consecuencia del empacho de imágenes e información. Si estos factores llegaran a invertirse (la pantalla "antes" que la puesta del pensamiento en palabra escrita), la escritura, el razonamiento y la comprensión lectora pueden verse seriamente perjudicados. Ya es universal el problema que supone enfrentarse a una generación de estudiantes del ciclo básico que prácticamente no entiende los conceptos que se desprenden de un párrafo breve, ya sea que lo lean en un libro o en una tablet.

Nuevamente, el tiempo de pantalla atenta contra el tiempo de escritura, así como el tiempo de pantalla atenta contra la observación y la asimilación última ante la obra pictórica. En este sentido, "acompañar" al espectador mediante los usos que provee la pantalla en tiempos de confinamiento es bienvenido; pero "sustituir" la experiencia física e intransferible del espectador por una pequeña imagen luminosa desde una página web es algo muy diferente. A pesar de Duchamp.

ENSAYO

Tras la última narrativa rural

Desde el particular diálogo, quizás inaugural, murallas de por medio durante el sitio de Montevideo de 1812, entre Francisco Acuña de Figueroa, escribiendo desde adentro las tragedias del encierro, y Bartolomé Hidalgo cantando desde afuera las burlas desenfadas, la literatura nacional (¿ya éramos entonces una nación?) ha tenido sucesivas oleadas y pleamares de estilos, objetivos, intenciones y por supuesto géneros para abordar la realidad, la que atrapa los sentidos y los cerca, como materia prima de obras literarias.

Por Valentín Trujillo

Voy a centrarme en la narrativa rural, una de las dos grandes vetas junto a la urbana (a la que nos referiremos luego), porque allí están los orígenes de una literatura nacional hoy desdibujada, que ha cambiado de horizontes y que merece una mirada crítica, no al ombligo (que a veces ni siquiera se reconoce) sino a la distancia de lo propio, con todas las complejidades que esto implica. La pregunta y la exploración por las raíces pasadas y las ramas presentes de lo nacional en la literatura se justifica como búsqueda de un timón, de un rumbo, incluso en su anacronismo, incluso

en su reflejo avejentado, en medio de la tormenta posmoderna agonizante, de la globalización y la universalización de criterios estéticos y artísticos. El rastreo de los orígenes tiene varias vetas: la narrativa rural es una de ellas.

Acevedo Díaz funda una literatura, una novelística que por primera vez se puso por objeto retratar los inicios históricos del país. "Muchos vieron en sus novelas (…) al mejor intérprete de la procurada raíz uruguaya", al decir de Pablo Rocca en el prólogo de *Protestas armadas*, dentro de la colección de los Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas.

Si hacia la última década del siglo XIX, Eduardo Acevedo Díaz cantó las loas a las guerras de independencia ya las gestas heroicas que dieron parto a la incipiente y titubeante república, con los gauchos patrios como principales protagonistas, los que románticamente dieron la vida por la libertad, la generación que vino después enfrentó otro panorama, en un arco que posiblemente se haya cerrado en los campos de Masoller, en 1904.

Para cuando un cuentista formidable como Javier de Viana, auténtico cultor de la narrativa breve, tomó la posta ya en esa misma última década del siglo XIX y en la primera del XX, luego de haber peleado en las dos revoluciones blancas (en 1897, junto al propio Acevedo Díaz), de aquel gaucho épico, pleno de vitalidad y plenitud, queda poco y nada. Serafín J García describe en un artículo de la Revista Nacional el ambiente de los cuentos de de Viana como "la vida campesina en esa etapa sombría de su desarrollo".

Con los gauchos acorralados luego de por lo menos dos o tres décadas de alambramiento y corrección jurídica y policial en la campaña, las vidas de esos personajes recorren existencias mezquinas y empobrecidas, material y espiritualmente. Los gauchos habían perdido la libertad, la nobleza y habían caído en el lodo de los vicios morales. La violencia se vuelve explícita y visceral. La suerte y la fortuna le han abandonado. En su muy extensa Historia crítica de la literatura uruguaya (1912), Carlos Roxlo hace una minuciosa descripción entre las enormes diferencias de estilo entre el "homérico" Acevedo Díaz (que tiene su correlato poético en los versos de Antonio Lussich) y el perfil "naturalista" de Javier de Viana, más cercano a la descripción realista y periodística de la realidad. En otro tono y extensión, los dramas decadentes desde el lado del propietario rural son el cerno en la obra de Carlos Reyles.

Receptores de estas tradiciones, una larga lista de narradores atravesó el siglo XX uruguayo, desde Yamandú Rodriguez a Enrique Amorim, de Juan José José Morosoli a Julio C Da Rosa y Mario Arregui, de José Monegal a Paco Espínola y Eliseo Salvador Porta. Desde el campo poético, Serafín J García y la poesía folklórica de Ruben Lena, Víctor Lima, Osiris Rodríguez Castillo y los payadores mayores, como Wenceslao Varela, Abel Soria o Gabino

Sosa, solo por nombrar algunos, respondían en temática y surco a los narradores.

Pero la mirada desde Montevideo hacia los fenómenos de la literatura rural tuvo sus soslayos. La propia generación del 45 tuvo grandes divergencias en la forma de encarar el fenómeno literario y la valoración de estilos. Los grupos internos y las conformaciones de las afinidades (sobre todo el conformado por la revista y editorial Asir, frente al resto de los grupúsculos) tuvieron hacia la producción del ámbito rural ponderaciones variadas.

A principios de la década del 60, dos destacados representantes de la generación del 45 como el narrador y poeta Mario Benedetti y el historiador José de Torres Wilson, afincados en Montevideo, definieron desde un artículo y un libro muy breve, algunos conceptos de moda en la época, como las palabras "arraigo" y "evasión", que ya habían sido abordadas por el propio Benedetti una década antes, en una reflexión el localismo y el universalismo en la literatura del continente americano. Lo notorio, sobre todo en el caso de Benedetti (un autor que había explorado unos años antes un intento de perfil de la ciudad con sus cuentos "Montevideanos"), es el grado de autocrítica sobre su producción, y el desdoble de los términos adecuados a contextos precisos.

Benedetti desbroza el terreno y reúne las familias de palabras asociadas a cada grupo: en una explicación primaria, los "arraigados" como los apegados a la tierra, al campo, a lo telúrico, a la heredad y la tradición, mientras que los "evasivos" pertenecen al campo semántico de lo celeste, lo inefable, el misticismo, la irrealidad y la fantasía. Pero este panorama primario presenta, a las primeras de cambio, varios problemas, porque resultó que para muchos escritores montevideanos, el campo también significaba "evasión". La mayoría de los nacidos fuera de Montevideo, escribían desde Montevideo, y los contextos se confundían superpuestos en las páginas. De Torres caló un poco más hondo: "Esta especie de complejo de inferioridad de nuestra realidad con respecto al arte concebido inconscientemente como quehacer superior, 'elevado', es la que ha quebrado el espinazo a la mayoría de nuestros intentos de hacer literatura".

A más de medio siglo del debate teórico, en medio de un mundo que traspasó las fronteras y las distancias de la comunicación y la virtualidad, y en que el concepto de territorio se ha desnaturalizado, creo válida aún la pregunta por el arraigo, aunque la narrativa campestre esté al borde del desahucio. Quizás Tomás de Mattos fue el último gran escritor uruguayo que ambientó una novela en el área puramente rural, con Don Candinho o las doce orejas. Al año siguiente, Viralata, del artiguense Fabián Severo, ambientada en un pueblo de frontera, recupera un habla particular (el portuñol), e implica un reconocimiento de un contexto lingüístico y cultural antiguo pero ausente en la literatura uruguaya. En 2017, Luis Do Santos con El

zambullidor impuso una novela de corte fluvial, ambientada en el río Uruguay, que se conecta con parte de la obra de Carlos María Domínguez. Pero son apenas excepciones de una ausencia mayor, porque es inmenso el campo fértil para la literatura que el Uruguay y sus escritores dejan pasar de manera olímpica, obviando espejos y reflejos identitarios.

¿Dónde se encuentran hoy los personajes de una posible narrativa rural? ¿En los cambios del paisaje, en los nuevos bosques forestados donde hasta hace poco había cerros pelados o campos desiertos? ¿En las familias que parcelaron y transformaron una vieja estancia ganadera en hectáreas arrendadas para producir soja? ¿En los pueblos transformados por los fenómenos económicos, o en los que aún mantienen las mismas costumbres desde el siglo XIX? Por supuesto que lo material no condiciona toda la vida de un pueblo, y, como bien escribía Benedetti en su artículo "mexicano", los contextos bien pueden ser un telón de fondo, y los argumentos básicos de las historias pueden ser los universales (los celos, las traiciones, el amor, el deseo, la ambición, etc), que son aptas a desarrollarse en Tupambaé o en Punta Carretas. Pero los perfiles rurales del Uruguay, base de la producción nacional, son de los menos transitados por la literatura vernácula. Es una carencia que tiene el Uruguay en su forma de percibirse, en la distancia por momentos insalvable que media entre la realidad, las palabras y sus significados.

ENSAYO

¿Qué es lo que realmente importa?

Por Fernando De Lucca

Estamos vivos. Somos seres humanos. Tenemos conciencia de estar en esta vida. Por tanto transcurrimos en tiempo y espacio con la capacidad natural de darnos cuenta. Tenemos recuerdos y planificamos el "por venir". Estamos condenados al presente y curiosamente en general lo evitamos. Se nos hace difícil

sostener el presente pues esto implica una utilización coherente de la energía que poseemos.

Por ello es que nuestro ser consciente funciona tanto para tener contacto con nosotros mismos y el mundo que nos rodea, como para evitarlo. La evitación no es necesariamente rechazar completamente lo que proviene de mí mismo o del mundo exterior sino que funciona como un obstáculo. Un obstáculo que logra interrumpirnos de diversas formas. Desde nuestro nacimiento somos una creación de nosotros mismos en un dialogo de por lo menos dos partes que constantemente se encuentran para adaptarnos y defender nuestra integridad biológica –cuerpo- en relación constante con "lo de afuera".

Esta creación única que es "cada uno de nosotros", no es una poesía romántica sino una necesidad intrínseca y constante para satisfacer necesidades que después de nacer dependen de nuestra relación dentro-fuera. Empezamos tímidamente a darnos cuenta que tenemos un cuerpo al cual necesariamente tenemos que cuidar de las formas más diversas. Aparece el carácter. Una peculiaridad natural y propia que legitima el "cada uno de nosotros" y de hecho todas las cosas, especialmente aquello que posee vida.

Los seres humanos poseemos la capacidad de reflexionar sobre nosotros mismos y especular acerca de cómo funciona nuestra relación con el mundo y por ello creamos hipótesis de nuestro "reino" y de otros como ser el animal y el vegetal. Y es aquí cuando comienza el sendero de nuestros presumidos equívocos. Desatino y desacierto, extravío y distracción caracterizan nuestra creativa forma de vivir. Nuevamente el carácter. Es igualmente cierto que somos capaces de vivir con cordura emocional, inteligencia, prudencia y amor. Es decir, sentir, pensar y actuar de maneras sublimes.

¿En que radica esta combinación, mezcla, composición -casi musical- disonante o proporcionada de nuestra vida? En nuestra capacidad de elegir. Una "franja" no muy abultada que llamamos libertad.

La libertad tomada de esta forma nos define y sin ella perdemos toda definición.

Déjenme introducir ahora una idea proveniente de un médico psiquiatra polaco y seguramente uno de los primeros neuropsiquiatras de la historia occidental: Kurt Goldstein. Goldstein estudió los efectos del daño cerebral en las habilidades cognitivas vinculadas con la abstracción e integró la psicología y el comportamiento global del ser humano ante un trauma. Consideró la esquizofrenia como una "estrategia organísmica" contra el dolor y la ansiedad y se distanció así de las teorías antiguas que consideraban las enfermedades psiquiátricas como producto exclusivo de lo orgánico.

¿Qué queremos decir con organísmico? Resumiendo, el organismo funciona como un todo y la enfermedad lo modifica en su totalidad. Goldstein aplicó estas nociones a la psicoterapia. Se basó en

una perspectiva holística de la autorrealización organísmica -autorregulación para la Gestalt-terapia- donde el organismo se mueve como un todo en un estado de tensión entre orden y desorden. El plantea que el ser humano vive en una "catástrofe" en donde se produce una lucha productiva con el mundo. Esto nos permite ir hacia una autorrealización del desorden al orden para ir a un nuevo desorden y así en más. Al mismo tiempo que crea algo sumamente novedoso para la época, "contrapone así un concepto freudiano de pasividad ante el mundo interior y el entorno, en donde el organismo busca la reducción de la tensión por el displacer que ésta le provoca" (terapiagestalt 1.Blogspot.com). Goldstein sostiene que lo orgánico se motiva en la tensión y que esta produce placer (Quitmann, 1989). "Llamamos normal o sano a aquel en el que la tendencia a la realización sale desde dentro y al que supera las perturbaciones que se derivan del choque con el mundo no por el miedo sino por la alegría de la superación" (Goldstein, 1939 en Quitmann, 1989, p.79). La tendencia a la buena forma, según Goldstein, es una aspiración de funcionamiento que posee todo ser vivo… todo organismo vivo tiene la motivación de búsqueda de estímulos y condiciones que le permiten mantener su estructura en continuo desarrollo.

¿Para que estoy citando a Goldstein e indirectamente a la Gestalt-terapia?Para intentar entender y transmitir que los seres humanos no vivimos como imaginamos que vivimos.

Desde que el mundo es mundo –y esto es desde que podemos comunicar que existe el mundo-, claramente el ser humano ha vivido en una tensión-transgresión de todo aquello que le permitía vivir en serenidad y gozo. Debemos aprender que esta condición tan natural para occidente no es exactamente lo que plantean las filosofías y psicologías de oriente donde la actitud meditativa, la disciplina interna así como el desapego son la verdadera conquista.

¿Cuál es el camino? Bueno…la respuesta no es demasiado creativa; "el camino del medio". No hay evolución si no quebramos lo anterior así como tampoco la hay si solo nos dedicamos a quebrar todo en todo momento. Entonces, ¿qué es lo que realmente importa?

Bueno, desde esta perspectiva lo que parece ser ciertamente significativo es la libertad de elegir. Y como elemento trascendental para ello, la búsqueda frenética y apasionada por saber quién soy: el autoconocimiento. ¿Que podría opacar esta "única búsqueda" –citando el título de un libro escrito por el Dr.Claudio Naranjo? Pues: la respuesta es el control externo. Un control que pueda impedir el fluir natural de la búsqueda humana del autoconocimiento entorpeciendo la capacidad de elegir nuestra vida. Pensar y combinar lo que vivo con lo que siento y actúo, integrando lo que considero como objetivo de mi satisfacción, es irrenunciable

para ser. La experiencia de vivir la vida, vivenciar la existencia propia dentro del mundo, darme cuenta de que vivo a través de "eso" que llamamos conciencia es irrenunciable. La conciencia es abstracta, la existencia como concepto también, pero la experiencia es de una materialidad dramática. El cuerpo que somos, las manifestaciones diversas del pensamiento y del sentimiento en cada momento, el calor y el frío, el dolor y la alegría, el color y el olor, el sonido y el placer son lo que nos hace experienciar la vida…¡lo importante! Estamos vivos. Y lo estamos porque nos sentimos vivos. Y es así porque estamos constantemente en esa experiencia.

Pero… puede no ser así. Podemos no sentirnos vivos aunque biológicamente lo estemos. Podemos morir a la experiencia de sentirnos vivos. ¿Cómo? Si algo externo pudiera desmantelar nuestra sensación de estarlo. Necesitamos constantemente el desafío de construir y destruir, de adaptarnos y des adaptarnos, de conocernos y autorregularnos. Hemos de vivir libremente el instinto organísmico.

¿Que podría derrumbar esto? Algo que impida el fluir de una polaridad a otra, que quite la tensión de estos opuestos necesarios para experimentar maduración y por tanto autoconocimiento. Impedir tal vez sea demasiado grave, pero entorpecer puede ser una mejor expresión. Se necesita que desde etapas muy primarias de la vida, se interrumpa la capacidad de elegir y por tanto la posibilidad de equivocar con el consecuente sentimiento que acompaña esta experiencia así como la de sentirse pleno al acertar. Un gran ojo que todo lo ve…

Más viejo que el mundo –como dije antes. Históricamente fuimos creando la idea de que existe desde siempre un Dios que observa nuestras acciones y las juzga. Así tendremos beneficios o perjuicios. Basta con convertir esto en credo y lo seguiremos por siglos. Hoy se le suma algo más. La revolución tecnológica se acomodó al lado de Dios y ahora se ayudan mutuamente. El control ya no es opcional. Puedo mentirle a Dios pero no puedo contradecir una cámara de video o mi voz grabada o mi punto de ubicación minuto a minuto. No se negocia con la evidencia irrefutable. Hoy somos juzgados por el cielo de manera más o menos benévola y por la tierra de forma infalible e insensible. En la tierra gracias a la tecnología ya no hay seres humanos de ambos lados. El poder de lo terreno domina con evidencias tecnológicas a todos. Este control no puede tener clemencia pues no tiene voz ni presencia. Derrumba algo fundamental en nuestra experiencia de sentirnos vivos. Es algo que nos iguala de una forma compulsiva y eficaz. Lo igual se convierte en protocolar y los protocolos nos convencen para hacernos vivir en un mundo globalizado y globalizante. A quien vamos a reclamar si no hay a quien reclamar.

Hasta aquí, no creo que ningún lector que tenga sentido común puede considerar que estoy trayendo nada nuevo. Es más, creo que

en las películas de ciencia ficción de hace 30 o 40 años esto estaba bien claro. Lo único que creo novedoso es ver hasta donde llegó la locura colectiva emanada de la manera en que hemos estado especulando con la tecnología que se contrapone al sentido de la existencia que emana de auto conocerme. La capacidad de percibir que me pasa y descubrirlo a través de los pensamiento, los sentimientos y sobre todo por los mensajes del cuerpo es conocerme. En la medida que no sea capaz de confiar –confiar– en mí mismo en relación a lo que me pasa en el presente, o sea en mi cuerpo y en mi elección de vida, no me sentiré vivo. Sin confiar en que obviamente voy a errar y que seré responsable por lo bueno y lo malo que haga con la consecuente idea de crecimiento, dolor y alegría y la tolerancia del mundo del cual soy parte, no me sentiré vivo. Sin mis progenitores con sus errores y aciertos, sin su desamor y amor, no me sentiré vivo. El miedo es el gran ganador de la partida. Cuando temo, no confío. La cultura del miedo y el control así como la educación derivada de esto, nos hacen sentir muertos en vida. Y sabemos que no se combate con ideologías salvadoras o fantasías futuras de paraísos terrenos. Se intenta transformar por el simple hecho de sentir que lo único importante es sentirnos con vida. Vivos en un mundo en el cual confiamos porque todos nos sentimos vivos. Es el sentirse vivo que produce crecimiento y transformación constante. La vida es error y responsabilidad, transgresión y crecimiento, alegría y dolor verdadero. Lo que realmente importa es sentirse vivo…creo yo.

ARTE

Recordando una instalación de Rita Fischer

"Cuando yo era niña, subía sobre al techo de mi casa para observar el cielo fijamente: yo esperaba que una cosa extraordinaria se produjera…una nave espacial…yo quería ver extraterrestres…yo tenia tantas ganas… Es en este espíritu que yo concibo mis cuadros." – Rita Fischer.

Por Santiago Tavella

1 – El horizonte no es un punto

Lo primero que se propone en esta "Bola de nieve" es una instalación de Rita Fischer en la que a través de diversos medios (pintura, escultura, video, etc.) la artista habla de la desorientación como tópico dominante, para ser precisos, más que hablar de, trata de

desorientar al público que accede a la muestra. Originalmente llamada "Usted está aquí" la obra muta su denominación (hace un par de días) a "Horizonte", desplazándose del punto donde usted está parado hacia la circunferencia de trescientos sesenta grados en donde metafóricamente se sitúan los objetivos de las personas. Entonces se podría decir que la instalación de esta creadora funciona como dispositivo orientador hacia ninguna dirección específica. Pero queda claro que se está hablando de direcciones cuando vemos manos apuntando hacia diversos lugares, cuerdas flojas que aluden a equilibristas, casas situadas en un horizonte que es la encrucijada de vías de tren.

Horizonte - Ministerio de Educación y Cultura - Montevideo - 2008.
Materiales instalación: madera Dimensiones: 6m x 8m x 3m - Video.

Pero el espacio de esta instalación no solo queda abierto a las interpretaciones que surjan a través de la contemplación del público sino que se abre a la adición de elementos propuestos por tres

grupos de artistas, que cada jueves subsiguiente a la inauguración realizará una serie de acciones que dejarán su huella en la instalación, que señalarán posibles direcciones.

La conformación de estos tres grupos parte de una propuesta generada entre la artista y el curador, en donde se puede decir que hay cierto control en el abanico de direcciones en las que se desplazan las interpretaciones. Pero esto es solo el principio, dado que de esta forma son elegidos solo tres artistas, un músico, un poeta y un director teatral, estos eligirán a tres más cada uno, de estas mismas disciplinas. Esto genera una situación de descontrol "curatorial". ¿Que pasa si eligen a un artista que no le gusta o está en desacuerdo con el curador?¿O con el artista? La puerta queda abierta, es más de alguna manera los tres primeros convocados fueron elegidos teniendo en cuenta un perfil en donde lo transdisciplinario fuera destacado, que manejaran una variedad de nombres posibles en las diferentes areas, que ampliaran el "Horizonte".

A esta altura del proyecto está expresamente fuera del dominio del conocimiento de los organizadores la naturaleza de lo que acontecerá cada jueves posterior a la inauguración (más allá de la confianza en la calidad que se espera de las propuestas).

El horizonte no es un punto

A partir de estos elementos más bien descriptivos surgen algunas reflexiones acerca de las direcciones a tomar a la hora de buscar nuevos horizontes.

Una idea recurrente en quien escribe este artículo es que en esta contemporaneidad el horizonte no es un punto.

Tal vez lo haya sido para las utopías de la modernidad, pero, se esté en un nuevo estado de la modernidad, o en una etapa de posmodernidad, parece claro que el horizonte, en cuanto metáfora de objetivo a alcanzar, adquiere hoy plenamente su dimensión circular, con sus trescientos sesenta grados de posibles direcciones a elegir a la hora de acercarnos o alejarnos de algo.

La desorientación es paradójicamente el eje de este y otros trabajos de esta artista que considera a este tópico como un signo de nuestro tiempo. Desde el punto de vista de quienes todavía no asimilan la castración producida por la pérdida de las utopías que situaban al objetivo en un punto preciso del horizonte, estas desorientaciones son distracciones que el sistema (que sea) pone en el camino de su realización. Pero para otros la unidireccionalidad solo puede ofrecer una escalera acotada por dos paredes laterales. En esta cuando se asciende uno se acerca al objetivo, pero por otra parte no siempre es posible ascender, y esta imposibilidad deviene en frustración, en pérdida. Sobre todo cuando hoy están al acecho las dudas acerca de que la dirección elegida sea la correcta.

Parecería preferible una escalera sin paredes laterales, una especie de coliseo en el cual una vez comenzado el ascenso en el cual uno se aleja de los leones que están en la arena, una en la que si

en vez de subir, cuando no podemos hacerlo, vamos hacia un costado u otro, no estamos haciendo más que ampliar nuestro horizonte.

Esta metáfora me parece un buen punto de partida sin direcciones predeterminadas para el tejido de interpretaciones que surgirá de la circulación de ideas entre el público y los artistas que participan de este proyecto.

2 – Perdimos el control

Horizonte - Ministerio de Educación y Cultura - Montevideo - 2008.
Materiales: madera y polies:itreno. Dimensiones: 2m x 2.5m x 2m

Conocí a una mujer en Conill.
Disfrutamos del mar y del sol.
Un mal día le dije:
"Esto te gustará, pero perderemos el control."
"Perdimos el control" Del CD de Nacho Vegas, "Desaparezca aquí", Limbo Starr, 2005

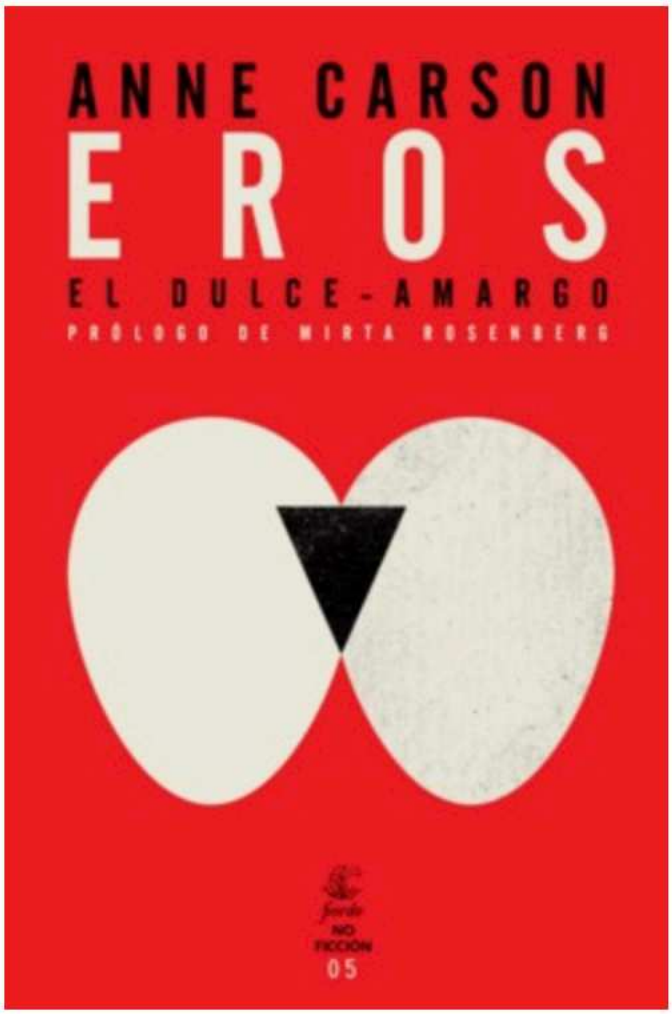
Escribo estas líneas luego de la inauguración de Horizonte, la instalación disparadora de Bola de nieve. A modo de ejemplo vale la historia de las dos chicas que en la inauguración desenrollaban el fin de la cuerda floja que se encuentra cerca del fondo de la sala. Mientras esto sucedía una de las productoras de Plataforma me pregunta que hacer al respecto, dado que en la tarde se había valorado la posibilidad de más tarde desenredarla y había quedado dentro del universo de los posibles.

En principio pensamos que serían amigas de Rita que habían sido enviadas por ella a partir de que habría tomado la decisión de desenredarla y extenderla. Preguntadas sobre el asunto me dicen que no conocen a la artista y que por

lo que vieron en la sala y lo que se desprendía de la comunicación del evento pensaron que estaba todo bien con intervenir en los elementos que de alguna manera incitaban a hacerlo. Nada más apropiado, nada más esclarecedor de la posibilidad de establecer una comunicación clara, "que se entiende", acerca de una operación de arte contemporáneo, tan caro a ser calificado como inentendible por sus detractores. Muy disfrutable por el hecho de que ese "entendimiento" haya sido claramente lúdico, y que la incitación que se proponía fuera suficientemente seductora como para romper con el "no tocar" implícito en todo espacio museístico. Perdimos el control, tal vez solo por poco tiempo, pero, al decir de Marcel Duchamp "No hay solución porque no hay problema".

Eros, el dulceamargo

CARSON, ANNE. Eros, el dulceamargo. Prólogo de Mirta Rosenberg. Fiordo Editorial; 1a edición (2013)



Por José Assandri

Allí estaba el libro de tapas rojas. Su autora, Anne Carson, canadiense, de joven había querido ser Oscar Wilde y terminó siendo profesora de griego antiguo. ¿Qué hace que alguien quiera durante un tiempo ser un crítico ácido de la sociedad y luego cultivar una lengua que nadie habla? Esta curiosidad de la especie humana quedará sin respuesta, porque Carson no es alguien que guste hablar de sí misma, todo lo contrario. Para ella, lo que puede tener valor es una obra y no los avatares existenciales. Fue así que, cuando pasó por el Río de la Plata invitada al FILBA (2018), alguien le preguntó: "¿Cuántos gramos de Anne Carson hay en su obra?" y ella respondió: "Diecisiete gramos." A la pregunta provocadora, ese tipo de preguntas que busca descolocar al entrevistado, la respuesta despreció una metáfora de peso (ella también es poeta) mostrando que esa pregunta era desmedida. Al pie de la letra, enseñó a responder lo que no se responde. Esa forma de replicar tiene sus raíces en su modo de leer el griego antiguo, una forma puesta en práctica en su tesis universitaria de 1986, cuya versión, revisada y publicada en 1998, fue traducida al español en 2015 bajo el título Eros. El dulce-amargo.

Carson escribió sobre los griegos, sobre esa literatura y esos pensamientos que están en la base de lo que, torpemente, llamamos cultura occidental. Y su libro tomó como punto clave el fragmento 31 de Safo. El poema es sobre una escena donde una mujer, hablando, fascina a un hombre ("Me parece igual a los dioses/ese hombre que frente a ti/se sienta y escucha atento/su dulce charla"). Quien escribe es otra mujer que mira la fascinación

de ese hombre y se enamora de la primera mujer ("y tu risa adorable… oh eso/pone alas a mi corazón dentro del pecho/porque cuando te miro aunque sea un momento, palabras/no me quedan"). Claro que Eros no es algo sencillo e ideal, sino que también está habitado por lo trágico ("no: la lengua se rompe y fino/fuego corre bajo mi piel/y no hay vista en los ojos y un redoble/colma mis oídos/y frío sudor me apresa y el temblor/me captura toda entera, más verde que la hierba/ soy y muerta… o casi/me parezco.") Esta escena puede ser calificada como una escena de celos, o de verde envidia, pero para Carson, eso no explica la geometría, es decir, ese triángulo que reúne a los tres personajes. Dejar de lado la tentación romántica de la presencia de un tercero como un intruso es la que le hizo decir que es, ese mismo triángulo, el que permite que el deseo emerja en la mente del amante. "Porque si el eros es falta, su activación requiere tres componentes estructurales: amante, amada y eso que se interpone entre ellos." (p. 33) En ese circuito "electrificado" de tres componentes, el tercero separa y une al mismo tiempo. Aceptar esa lectura implica que el deseo, mal que nos pese, no es algo que surja de un insondable interior, sino que viene de afuera.

Si Eros no es algo sólo de a dos, el viejo mito de Aristófanes de las esferas divididas a la mitad y cada una de las mitades buscando su mitad perdida, ese mito que más modernamente alimentamos con la fantasía de la media naranja, no es más que el producto de un poeta cómico y sería necesario ser un poco más serios (p. 51). Pero si es que un tercero no media, siempre habrá algo, aunque sea el espacio, que cumpla la función de separar y azuzar al amante en la búsqueda del amado. Sea como obstáculo, como desafío, como hambre o como la distancia, todo eso que hace diferir al deseo es lo que lo carga de intensidad. Los rituales de raptos fingidos, el uso del velo, incluso la idea del amante como un cazador van en esa línea. "Calícamo describe su propio eros como un cazador perverso 'que sortea las presas disponibles, porque sólo sabe perseguir lo que huye.'" (p. 37) Y si no hay amados que quieran huir, se lanza una manzana, un proyectil que termina haciendo de Eros un jugador de pelota, corriendo detrás del fruto de la discordia. Para que el deseo se mantenga, por lo menos, debe generarse un espacio porque el deseo es movimiento.

Y también borde, porque si aquello que falta es algo que nunca se alcanza, es porque falta en el propio amante. Las palabras mismas son bordes, nunca son suficientes. Entonces la escritura misma se vuelve un modo de diferir. Y de allí la resistencia de Platón a la escritura. La cultura oral es un modo de relación con el mundo, donde no sólo está puesto en juego la visión sino todos los otros sentidos. Olores, ruidos, movimientos, silencios, el viento y el sol cambian de sustancia cuando alguien se inclina frente a una hoja y escribe. "¿Qué tiene de erótico leer y escribir?" (p. 149) "Como la pintura, la palabra escrita fija las

cosas vivas en el tiempo y el espacio, dándole la apariencia de animación pese a que están abstraídas de la vida y no tienen capacidad de cambio." (p.184) Los textos escritos hacen creer que sólo se conoce lo que se ha leído. "Para Platón esta noción es un engaño peligroso; cree que la búsqueda del conocimiento es un proceso que necesariamente se desarrolla en el espacio y el tiempo." (p. 199) Y sin embargo no dejamos de escribir, y, por lo tanto, de diferir, de desear.

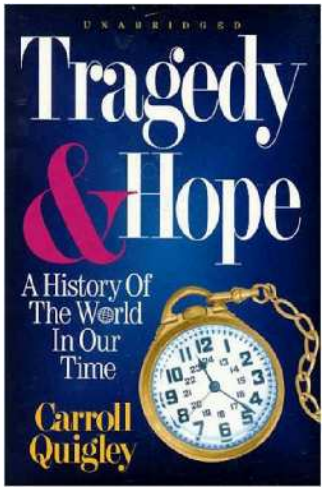
Carson encontró que había una semejanza entre lo que provoca Eros en la mente del amante con lo que genera el conocimiento en un pensador, por más que parezcan tareas tan diferentes. "Me gustaría aprehender por qué razón estas dos actividades, enamorarse y llegar a conocer, me hacen sentir genuinamente viva." (p. 103) Tanto en la seducción que engendra el deseo, como en la investigación que desemboca en el descubrimiento, hay una transformación del ser. "Cuando la mente aspira a conocer, el espacio del deseo se abre y una ficción necesaria acontece." (p. 236) Como planteó Sócrates, "ningún profeta o sanador o poeta podría practicar su arte si no perdiera la cabeza." Y si se trata de eso, de perder la cabeza, "la locura es instrumento de esa inteligencia. Más aún, la manía erótica es una cosa valiosa en la vida privada. Le pone alas a nuestra alma." (p. 214) Dulce-amargo, glukupikron.

Sería posible imaginar lo que sería una ciudad donde no fueran clave los testimonios de Safo o Sócrates, ciudades sin que las metáforas del vuelo y las alas tuvieran mucho sentido, ciudades donde nadie querría ir más allá, embarcarse en algún movimiento. No deja de ser una curiosidad que Carson no se haya detenido en la Historia de la sexualidad de Michel Foucault, ni tampoco, al menos en su revisión, en Coacciones del deseo de John Winkler, cuando en ambos casos la cuestión de los griegos es clave. También puede resultar curioso que los recursos a Safo y Sócrates no aparezcan en el libro de Carson como reivindicaciones de sexo o de género. Es cierto que para Eros todo, y al mismo tiempo nada pueden resultar obstáculos, sin embargo, que el de Carson sea un libro sin sexo, o sin género, es su característica más relevante. Con sus conocimientos de griego antiguo, su lectura es un modo de apropiarse de los textos griegos muy distinto al de Winkler, Foucault y de tantos otros. Y aunque Safo y Sócrates sean la base del libro, no dejan de aparecer a lo largo de sus páginas nombres como Rilke, Auden, Flaubert, Freud, Dickens, Dickinson, Sartre y Stendhal, Ana Karenina y Madame Bovary, porque aquellas antiguas líneas tejieran una historia mucho más larga que las de su origen.

A los quince años, Carson se encontró en un libro bilingüe los poemas de Safo. Entonces decidió aprender griego antiguo. Al contrario que otros traductores, nunca llenó los blancos de los fragmentos que nos han llegado. Al

dejarlos tal cual, eso ha hecho que algunos lectores le escribieran llenando, ellos mismos, los huecos con sus propias palabras. Cada uno, en lectura, hace de los textos griegos sus propios griegos, apropiándose de esos pensamientos que los han fabricado a ellos mismos como lectores. El libro de Carson puede ser, no sólo una puerta para textos antiguos, sino también a la propia vida de cada uno.

Tragedia y Esperanza. Una historia del mundo contemporáneo



Tragedy & Hope. A History of the World in Our Time. 1966. The MacMillan Company, New York; Collier MacMillan Limited, London. [Traducción de A. Mazzucchelli].

(1a. Entrega)

Por Carrol Quigley

I – INTRODUCCIÓN: LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL EN SU UBICACIÓN MUNDIAL

La evolución cultural en las civilizaciones

La difusión cultural en la civilización occidental

El cambio hacia el siglo XX en Europa

La Evolución Cultural en las Civilizaciones

Siembre ha habido hombres que se han preguntado "¿A dónde vamos?". Pero nunca, parece, ha habido tantos de ellos. Y nunca antes, con seguridad, estas miríadas de cuestionadores han hecho la pregunta con tonos tan dolorosos, o refraseado su interrogante en palabras tan desconsoladas: "¿Sobrevivirá el hombre?" Incluso en un nivel menos cósmico, los que preguntan aparecen, de todos lados, buscando "significado" o "identidad" o, incluso, en el caso de un egocentrismo más estrecho, "intentando encontrarse a sí mismos". Una de esas preguntas persistentes es típica del siglo veinte, más que de tiempos anteriores: ¿Puede sobrevivir nuestro estilo de vida? ¿Está nuestra civilización destinada a desvanecerse como lo hicieron las de los incas, los sumerios, y los romanos? Desde Giovanni Battista Vico a comienzos del siglo XVIII hasta Oswald Spengler a comienzos del veinte, y Arnold J. Toynbee más cerca en el tiempo, los hombres han intentado resolver el enigma de si las civilizaciones tienen un ciclo vital y siguen un patrón de transformaciones similar. De esta discusión ha emergido un acuerdo bastante generalizado acerca de los hombres viven en sociedades organizadas separadamente, cada una con su cultura diferente; que algunas de

estas sociedades, habiendo conquistado la escritura y la vida urbana, existen en un nivel cultural superior al resto, y deben ser llamadas con el término "civilizaciones"; y que tales civilizaciones tienden a pasar a través de un patrón común de experiencias.

A partir de tales estudios, daría la impresión de que las civilizaciones pasan por un proceso de evolución que puede ser analizado brevemente del siguiente modo: cada civilización nace de un modo inexplicable y, luego de unos comienzos lentos, entra en un período de vigorosa expansión, aumentando su tamaño y poder, tanto internamente, como a expensas de sus vecinos, hasta que gradualmente aparece una crisis de organización. Cuando esta crisis se ha superado y la civilización se ha reorganizado, ésta tiene un aspecto de algún modo diferente. Su vigor y su moral se han debilitado. Se convierte en algo estable, y eventualmente se estanca. Luego de una Edad de Oro de paz y prosperidad, surge de nuevo la crisis interna. Es en este punto que aparece, por primera vez, una debilidad física y moral que plantea, también por primera vez, preguntas acerca de la capacidad que tiene tal civilización para defenderse contra sus enemigos externos. Diezmada por las luchas internas de tipo social y constitutivo, debilitada por una falta de fe en sus antiguas ideologías, y por el desafío de ideas nuevas incompatibles con su naturaleza pasada, la civilización se va debilitando, hasta que enemigos externos la hunden, y eventualmente desaparece.

Cuando aplicamos este proceso, aun en esta forma bastante vaga, a nuestra propia civilización, la civilización occidental, vemos que debemos introducirle ciertas modificaciones. Igual que otras civilizaciones, la nuestra comenzó con un período de mezcla de elementos culturales de otras sociedades, conformó tales elementos en una cultura de rasgos propios, comenzó a expandirse con creciente rapidez igual que otras lo han hecho, y pasó de ese período de expansión a un período de crisis. Pero, en ese momento, el esquema cambió.

En más de una docena de otras civilizaciones, la Era de Expansión fue seguida por una Era de Crisis, y esta, a su tiempo, por un período de Imperio Universal en el cual una sola unidad política rigió la totalidad de la civilización. La civilización occidental, al contrario, no pasó de la Era de Crisis a la Era del Imperio Universal, sino que fue capaz de reformarse a sí misma y entrar en un nuevo período de expansión. Más aun, la civilización occidental no hizo esto una vez sola, sino varias. Fue esta capacidad de reformarse o reorganizarse a sí misma una y otra vez la que hizo de la civilización occidental el factor dominante en el mundo a comienzos del siglo veinte.

Cuando miramos a las tres eras que forman la porción central del ciclo vital de una civilización, vemos un esquema común. La Era de Expansión está marcada, en general,

por cuatro tipos de expansiones: (1) de población, (2) de área geográfica, (3) de producción, y (4) de conocimiento. La expansión de la producción y la expansión del conocimiento dan lugar a la expansión de población, y las tres juntas dan lugar a la expansión geográfica. Esta expansión geográfica tiene cierta importancia, porque da a la civilización una especie de estructura nuclear, compuesta por un área central más vieja (que existía como parte de la civilización aun antes del período de expansión) y un área periférica más nueva (que se volvió parte de la civilización tan solo durante el período de expansión, y después de él). Si queremos, podemos distinguir, como refinamiento adicional, una tercer área, semiperiférica, entre el área central y el área plenamente periférica.

Estas distintas áreas son fácilmente discernibles en varias civilizaciones del pasado, y han jugado un rol vital en el cambio histórico de tales civilizaciones. En la civilización mesopotámica (6000 – 300 a.C.) el área central era el valle bajo de Mesopotamia; el área semiperiférica era el valle medio y superior, mientras que el área periférica lo constituían las tierras altas que rodeaban ese valle, así como áreas más remotas tales como Iran, Siria, e incluso Anatolia. El área central de la civilización cretense (3500 – 100 A.C.) era la isla de Creta, mientras que el área periférica incluía las islas del Egeo y la costa de los balcanes. En la civilización clásica, el área central estaba en las costas del Egeo; el área semiperiférica era el resto de la porción norte del Mediterráneo oriental, mientras que el área periférica cubría el resto de las costas del Mediterráneo y, últimamente, España, África del Norte, y la Galia. En la civilización cannanita (2.200 -100 A.C.), el área central era el Levante, mientras que el área periférica era el Mediterráneo hacia el oeste, hasta Túnez, Sicilia occidental, y el este de España. El área central de la civilización occidental (400 D.C. hasta algún momento en el futuro) ha sido la mitad norte de Italia, Francia, el extremo occidental de Alemania, e Inglaterra; el área semiperiférica ha sido la Europa central, oriental y sur, y la península ibérica, mientras que las áreas periféricas han incluido América del Norte y del Sur, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, y algunas otras áreas.

Esta distinción, de al menos dos áreas geográficas en cada civilización, tiene gran importancia. El proceso de expansión, que comienza en el área central, también comienza a enlentecerse en ese centro, al mismo tiempo que el área periférica aun se está expandiendo. Como consecuencia, hacia el período final de la Era de Expansión, las áreas periféricas de una civilización tienden a volverse más ricas y más poderosas que el área central. Otra forma de decir esto mismo que que el núcleo pasa de la Era de Expansión a la Era de Conflicto antes de que lo haga la periferia. Eventualmente, en la mayor parte de las civilizaciones, el ritmo de

expansión comienza a declinar en todas sus zonas.

Es esta declinación en el ritmo de expansión de una civilización lo que marca su pasaje de la Era de Expansión a la Era de Conflicto. Esta última es el período más complejo, interesante y crítico de todos en la vida de una civilización. Está marcado por cuatro características principales: (a) es un período con un ritmo de expansión que declina; (b) es un período de crecientes tensiones y conflictos de clase; (c) es un período de guerras imperialistas cada vez más frecuentes y cada vez más violentas; y (d) es un período en que la irracionalidad, el pesimismo, las supersticiones y lo ultramundano crecen también. Todos estos fenómenos aparecen en el área nuclear de una civilización antes de que aparezcan en porciones más periféricas de la sociedad.

El ritmo de expansión decreciente que es propio de la Era de Conflicto da lugar a otras características de la era, por lo menos en parte. Luego de los largos años de la Era de Expansión, la mentalidad de un pueblo y sus organizaciones sociales están adaptadas a la expansión, y es algo muy difícil que éstas se reacomoden a un ritmo de expansión decreciente. Las clases sociales y las unidades políticas dentro de la civilización intentan compensar el enlentecimiento de la expansión del crecimiento normal usando violencia contra otras clases sociales, o contra otras unidades políticas. De esto surgen tanto luchas de clases, como guerras imperialistas. Los resultados de estas luchas dentro de la civilización no son de importancia vital para el futuro de la civilización como tal. Lo que sería de importancia sería una reorganización de la estructura de la civilización, de modo que el proceso de crecimiento normal pudiese ser retomado. Debido a que tal reorganización requiere que se eliminen las causas de la declinación de la civilización, el triunfo de una clase social sobre otra, o de una unidad política sobre otra, dentro de la civilización, no tiene en general ninguna influencia importante sobre las causas de su declinación, y no resultará (salvo por accidente) en una reorganización estructural tal como para dar lugar a un nuevo período de expansión. Por cierto, las luchas de clase y guerras imperialistas propias de la Era de Conflicto probablemente servirán para acelerar el proceso de declinación de una civilización, puesto que disipan capital y desvían la riqueza y las energías, de actividades productivas, hacia otras no productivas.

En la mayor parte de las civilizaciones, la larga agonía de la Era de Conflicto acaba finalmente en un nuevo período, la Era del Imperio Universal. Como resultado de las guerras imperialistas de la Era de Conflicto, el número de unidades políticas existentes dentro de la civilización se reduce, en base a conquistas. Eventualmente, una de ellas emerge triunfante. Cuando ocurre esto, tenemos una unidad política para toda la civilización. Así como el área nuclear pasa de

la Era de Expansión a la Era de Conflicto antes que las áreas periféricas, a veces el área nuclear misma es conquistada por un estado único antes de que la civilización entera sea conquistada por el Imperio Universal. Cuando ocurre esto, el imperio nuclear es generalmente un estado semiperiférico, mientras que el Imperio Universal es generalmente un estado periférico. Así, por ejemplo, el núcleo en Mesopotamia fue conquistado por la semiperiférica Babilonia alrededor del 1700 A.C., mientras que toda la civilización de Mesopotamia fue conquistada por la más periférica Asiria alrededor del 725 A.C. (reemplazada por la totalmente periférica Persia alrededor del 525 A.C.). En la civilización clásica, el área nuclear fue conquistada por la semiperiférica Macedonia alrededor del 336 A.C., mientras que la civilización entera fue conquistada por la periférica Roma alrededor del 146 A.C. En otras civilizaciones, el Imperio Universal ha sido, consistentemente, un estado periférico, incluso cuando no hubo conquista anterior del área nuclear por parte de un estado semiperiférico. En la civilización maya (1000 A.C. – 1550 D.C.) el área nuclear estaba aparentemente en Yucatán y Guatemala, pero el Imperio Universal de los aztecas se centró en las tierras altas periféricas del centro de México. En la civilización andina (1500 A.C. – 1600 D.C.) las áreas nucleares estaban en las estribaciones bajas y los valles de los Andes centrales y del norte, pero el Imperio Universal de los incas se centró en lo más alto de los Andes, un área periférica. La civilización canaanita (2200 -146 A.C.) tuvo su área nuclear en el Levante, pero su Imperio Universal, el imperio púnico, se centró en Cartago, en el Mediterráneo occidental. Si vamos al Lejano Oriente, no vemos menos de tres civilizaciones. De éstas, la más antigua, la civilización sínica, emergió en el valle del Río Amarillo después del 2000 A.C., tuvo su pico en los imperios Chin y Han, después del 200 A.C., y fue destruída en lo fundamental por invasores de los Urales y el Altair después del 400 D.C. De esta civilización sínica, al igual que la civilización clásica emergió de la cretense, o la occidental de la clásica, emergieron dos civilizaciones más: (a) la civilización china, que comenzó alrededor del 400 D.C., culminando en el Imperio Manchur luego de 1644, y que fue desbaratada por invasores europeos en el período 1790-1930, y (b) la civilización japonesa, que comenzó alrededor de la época de Cristo, culminando en el Imperio Tokugawa después de 1600, y podría haber sido completamente desbaratada por invasores occidentales en la centuria que siguió a 1853.

En la India, como en China, dos civilizaciones se sucedieron. Aunque sabemos relativamente poco acerca de la más antigua de ambas, la más tardía (igual que en China) culminó en un Imperio Universal regido por gente extranjera y periférica. La civilización índica, que comenzó alrededor del 3500 A.C., fue destruida por invasores arios alrededor del

1700 A.C. La civilización india, que emergió de la civilización índica alrededor del 1700 A.C., culminó en el Imperio Mogol, y fue destruída por invasores de la civilización occidental en el período 1500-1900.

Yendo a las áreas extremadamente complicadas del Oriente Medio, vemos un esquema similar. La civilización islámica, que comenzó alrededor del 500 D.C., culminó en el Imperio Otomano en el período 1300 a 1600, y ha estado en un proceso de destrucción por invasores de la civilización occidental desde aproximadamente 1750.

Expresados de esta forma, estos esquemas en los ciclos vitales de diversas civilizaciones pueden resultar bastante confusos. Pero si los tabulamos, los esquemas emergen con cierta simplicidad.

CIVILIZACIÓN	SUS FECHAS	IMPERIO UNIVERSAL	INVASIONES FINALES	SUS FECHAS
Mesopotámica	6000 a 300 A.C.	Asirio 725 a 333 A.C. Persas 725 a 333 B.C.	Griegos	335 a 300 A.C.
Egipcia	5500 a 300 A.C.	Egipcio	Griegos	334 a 300 A.C.
Cretense	3500 a 1150 A.C.	Minoico-Micénico	Dorios Griegos	1200 A.C.
Índica	3500 a 1700 A.C.	Harappa?	Arios	1800 a 1600 A.C.
Canaanita	2200 a 100 A.C.	Púnico	Romanos	264 a 146 A.C.
Sínica	2000 A.C. a 400 B.C.	Chin Han	Urales-altaicos	200 a 500
Hitita	1800 a 1150 A.C.	Hitita	Indoeuropeos	1200 A.C. a 1000 D.C.
Clásica	1150 A.C. a 500 D.C.	Romano	Germánicos	350 a 600
Andina	1500 A.C. a 1600 D.C.	Inca	Europeos	1534
Maya	1000 A.C. a 1550 D.C.	Azteca	Europeos	1519
India	1800 A.C. a 1900 D.C.	Mogol	Europeos	1500 a 1900
China	400 a 1930	Manchur	Europeos	1790 a 1930
Japonesa	850 A.C. a ?	Tokugawa	Europeos	1853...
Islámica	500 a...	Otomano	Europeos	1750 ...
Occidental	350 a...	Estados Unidos?	futuro?	?...
Ortodoxa	350 a...	Soviético?	futuro?	?...

De esa tabla, emerge un hecho extraordinario. De aproximadamente veinte civilizaciones que han existido a lo largo de toda la historia humana, hemos listado dieciséis. De estas dieciséis, doce, probablemente catorce, están muertas ya, o en proceso de morir, sus culturas han sido destruídas por extranjeros capaces de llegar con el poder suficiente como para desbaratar la civilización, destruir sus modos establecidos de pensamiento y acción, y eventualmente borrarlos. De estas doce culturas muertas o en fase de muerte, seis han sido destruidas por europeos que traían la cultura occidental.

Cuando consideramos la innumerable cantidad de otras sociedades, más simples que las civilizaciones, que la civilización occidental ha destruido o está destruyendo ahora, sociedades como la de los hotentotes, los iroqueses, los tasmanos, los navajos, los caribes, e incontables más, queda claro el aterrador poder que tiene la civilización occidental.

Una causa, aunque de ningún modo la principal, de esa capacidad de la civilización occidental para destruir otras culturas, está en el hecho de que se ha estado expandiendo por un largo tiempo. Este hecho, a su vez, descansa en otra condición a que ya hemos aludido, el hecho de que la civilización occidental ha pasado por tres períodos de expansión, ha entrado en la Era de Conflicto tres veces, y cada una de esas veces su área nuclear fue conquistada casi completamente por una unidad política simple, pero no ha conseguido pasar a la Era de Imperio Universal, debido a que, de la confusión de la Era de Conflicto, cada una de las veces ha emergido una nueva organización de la sociedad, capaz de expandirse con sus propios poderes de organización, con el resultado de que los cuatro fenómenos característicos de la Era de Conflicto (ritmo de expansión decreciente, conflictos de clase, guerras imperialistas, irracionalidad) fueron gradualmente reemplazados, una vez más, por los cuatro tipos de expansión típicos de las Eras de Expansión (demográfica, geográfica, productiva, de conocimiento). Desde un punto de vista estrechamente técnico, este cambio de una Era de Conflicto a una Era de Expansión está marcado por un retomar de la inversión de capital y de la acumulación de capital en gran escala, al igual que el cambio previo de una Era de Expansión a una de Conflicto estuvo marcado por un ritmo de inversión decreciente y, eventualmente, por un ritmo decreciente de acumulación de capital.

La civilización occidental comenzó, como todas lo hacen, en un período de mezcla cultural. En este caso particular, se trató de una mezcla que fue la consecuencia de las invasiones bárbaras que destruyeron la civilización clásica en el período 350-700. Al crear una cultura nueva a partir de los distintos elementos ofrecidos por las tribus bárbaras, el mundo romano, el mundo sarraceno, y sobre todo el mundo judío (la

cristiandad), la civilización occidental se convirtió en una sociedad nueva.

Esta sociedad se volvió una civilización cuando se organizó, en el período 700-970, de modo que existió acumulación de capital y los comienzos de la inversión de este capital en nuevos métodos de producción. Estos nuevos métodos están ligados a un cambio, de fuerzas de infantería, a guerreros de caballería en lo que respecta a la defensa, de fuerza de trabajo humano (por tanto, esclavitud) a fuerza de trabajo animal en lo que respecta al uso de la energía, del arado rascador y la tecnología agraria de barbecho que emplea dos campos distintos en la Europa Mediterránea, al arado de ocho bueyes y sistema de tres campos de los pueblos germánicos, y de la orientación centralizada y centrada en el Estado del mundo romano, a la orientación descentralizada y de poder privado de la red feudal del mundo medieval. En el nuevo sistema, un número pequeño de hombres, equipados y entrenados para la batalla, reciben dinero y servicios de la inmensa mayoría de hombres que están destinados a trabajar la tierra. De este sistema defensivo desigual pero efectivo, emergió una distribución desigual del poder político y, a su tiempo, una distribución desigual también de los ingresos económicos. Esto, a su vez, desembocó en una acumulación de capital, la cual, al dar lugar al crecimiento de la demanda de bienes de lujo de origen remoto, comenzó a cambiar todo el énfasis económico de la sociedad, de su organización inicial en unidades agrarias autosuficientes (señoríos), hacia el intercambio comercial, la especialización económica, y, alrededor del siglo XIII, a un esquema totalmente nuevo de sociedad, con ciudades, una clase burguesa, alfabetización que se fue expandiendo, creciente libertad de elección social, e ideas nuevas, y a menudo perturbadoras.

A partir de todo esto es que llegó el primer período de expansión de la civilización occidental, que cubre los años 970 a 1270. Al final de este período, la organización de la sociedad se estaba convirtiendo en una colección petrificada de intereses particulares, la inversión decrecía, y el ritmo de expansión estaba comenzado a caer. De acuerdo con ello, por primera vez entró la civilización occidental en una Era de Conflicto. Este período, el tiempo de la Guerra de los Cien Años, la Peste Negra, las grandes herejías, y severos conflictos de clase, duró entre aproximadamente 1270 y 1420. Hacia el final de todo ello, estaban viéndose esfuerzos de parte de Inglaterra y de Borgoña para conquistar el núcleo de la civilización occidental. Pero, justo en ese momento, se disparó una nueva Era de Expansión, que usó una nueva organización de la sociedad que era capaz de eludir los viejos intereses particulares del sistema feudal de señoríos.

Esta nueva Era de Expansión, a menudo llamada período del capitalismo comercial, duró desde aproximadamente 1440 hasta alrededor de 1680. El ímpetu real de la expansión económica durante el período vino

a partir de los esfuerzos hechos para obtener ganancias del intercambio de bienes, especialmente bienes semilujosos o lujosos, transportados a través de grandes distancias. A su tiempo, este sistema de capitalismo comercial se convirtió en algo petrificado en una estructura de intereses particulares, en el cual las ganancias se buscaban imponiendo restricciones a la producción o el intercambio de bienes, más que estimulando tales actividades. Esta nueva estructura de intereses particulares, llamada usualmente mercantilismo, se convirtió en una carga tal para las actividades económicas, que el ritmo de expansión de la vida económica declinó, y dio incluso nacimiento a un período de franca declinación de la economía en las décadas que siguieron inmediatamente al 1690. Las luchas de clase y las guerras imperialistas engendradas por esta Era de Conflicto son llamadas a veces la Segunda Guerra de los Cien Años. Las guerras continuaron hasta 1815, y las luchas entre clases aun más tiempo. Como resultado de las primeras, hacia 1810 Francia había conquistado la mayoría del núcleo de la civilización occidental. Pero en este punto, y al igual que había ocurrido en 1420 cuando Inglaterra también había conquistado parte del núcleo de la civilización, hacia la última parte de la Era de Conflicto, la victoria francesa perdió sentido, debido a que comenzó un nuevo período de expansión. Al igual que cuando el capitalismo comercial había logrado eludir la institución petrificada del sistema de señorío feudal (caballería) luego de 1440, el capitalismo logró eludir la institución petrificada del capitalismo comercial (mercantilismo) luego de 1820.

La nueva Era de Expansión, que hizo imposible de mantener la victoria político-militar de Napoleón de 1810, había comenzado ya mucho antes en Inglaterra. Había aparecido como Revolución Agraria por 1725, y como Revolución Industrial por 1775, pero no se transformaría en un gran estallido de expansión hasta después de 1820. Una vez que comenzó, se movió hacia adelante con un ímpetu que el mundo no había visto nunca hasta entonces, y dio la impresión de que la civilización occidental ocuparía el mundo entero. Las fechas de esta tercera Era de Expansión podrían fijarse entre 1770 y 1929, siguiendo a la segunda Era de Conflicto de 1690-1815. La organización social que estuvo en el centro de este nuevo desarrollo podría llamarse "capitalismo industrial". Durante la última década del siglo XIX, comenzó a transformarse en una estructura de intereses particulares, a la que podríamos dar el nombre de "capitalismo monopólico". Tan temprano como, acaso, 1890, comenzaron a ser visibles ciertos aspectos de una nueva Era de Conflicto, la tercera en la civilización occidental, especialmente en el área nuclear, con un relanzamiento del imperialismo, de la lucha de clases, de la guerra violenta, y de las irracionalidades.

Para 1930 ya estaba claro que la civilización occidental estaba metida de nuevo en una Era de Conflicto; para 1942 un estado semiperiférico, Alemania, había conquistado la mayor parte del núcleo de la civilización. Ese esfuerzo fue derrotado llamando a la lucha a un estado periférico (Estados Unidos) y otro de fuera de la civilización (la sociedad soviética). No está claro aun si la civilización occidental seguirá a lo largo de los senderos marcados por tantas civilizaciones anteriores, o si será capaz de reorganizarse lo suficiente como para entrar en una nueva, y cuarta Era de Expansión. Si ocurre lo primero, esta Era de Conflicto seguirá sin duda con la cuádruple característica de lucha de clases, guerras, irracionalidad, y progreso en declinación. En este caso, llegaremos sin duda a un Imperio Universal en el cual los Estados Unidos regirán a la mayoría de la civilización occidental. Esto será seguido, como en otras civilizaciones, por un período de decadencia y, en último término, en la medida en que la civilización se debilita, por invasiones, y la total destrucción de la cultura occidental. Por otro lado, si la civilización occidental fuese capaz de reorganizarse y entrar en una cuarta Era de Expansión, sería grande la capacidad de la civilización occidental de sobrevivir y aumentar su prosperidad. Dejando de lado este futuro hipotético, pareciera pues que, en aproximadamente mil quinientos años, la civilización occidental ha atravesado los siguientes ocho períodos:

1. Mezcla, 350-700

2. Gestación, 700-970

3A. Primera Expansión, 970-1270

4A Primer Conflicto, 1270-1440. Imperio nuclear: Inglaterra, 1420.

3B. Segunda Expansión, 1440-1690

4B. Segundo Conflicto, 1690-1819. Imperio nuclear: Francia, 1810-

3C. Tercera Expansión, 1770-1929

4C. Tercer Conflicto, 1893-Imperio Nuclear: Alemania, 1942.

Las dos posibilidades en el futuro podrían ser anotadas como sigue:

A partir la lista de civilizaciones dada anteriormente, se vuelve bastante fácil ver cómo la civilización occidental fue capaz de destruir (o está aun destruyendo) las culturas de otras seis civilizaciones. En cada uno de esos seis casos, la civilización víctima ya había pasado el período de Imperio Universal, y estaba profundamente en su Era de Decadencia. En tal situación, la civilización occidental jugó un rol como invasor, similar al que jugaron las tribus germánicas en la civilización clásica, los dorios en la civilización cretense, los griegos en la civilización mesopotámica y en la egipcia, los romanos, sobre la canaanita, o los arios en la índica. Los occidentales que cayeron sobre los aztecas en 1519, sobre los incas en 1534, sobre el imperio mogol en el siglo XVIII, sobre el imperio manchur después de 1790, sobre el imperio otomano después de 1774, y sobre el imperio tokugawa después de 1853, estaban jugando el mismo rol que jugaron los

visigodos y demás tribus bárbaras sobre el imperio romano después de 377. En cada caso, los resultados de la colisión de dos civilizaciones, una en su Era de Expansión y la otra en su Era de Decadencia, era una conclusión sabida con anticipación. La Expansión destruye a la Decadencia.

En el curso de sus varias expansiones, la civilización occidental ha chocado solo con una civilización que no estaba ya en su fase de decadencia. Esta excepción era su media hermana, por así decirlo, la civilización ahora representada por el imperio soviético. No es claro en qué "era" está esta civilización ortodoxa, pero es claro que no está en su era de decadencia. Daría la impresión de que la civilización ortodoxa comenzó como período de mezcla (500-1300) y está ahora en su segundo período de expansión. El primer período de expansión, que cubrió entre 1500 y 1900, había comenzado a entrar en una Era de Conflicto (1900-1920) cuando los intereses particulares de la sociedad fueron barridos por la derrota a manos de Alemania en 1917, y reemplazados por una nueva organización de la sociedad que dio lugar a una segunda Era de Expansión (desde 1921). Durante la mayor parte de los últimos cuatrocientos años que llegan al siglo veinte, los márgenes de Asia han estado ocupados por un semicírculo de viejas civilizaciones que están muriendo (islámica, india, china, japonesa). Estas han estado bajo la presión de la civilización occidental que les llega desde los océanos, y de la civilización ortodoxa que puja hacia fuera desde el corazón de la masa continental euroasiática. La presión oceánica comenzó con Vasco da Gama en la India en 1498, y culminó sobre el buque Missouri en la bahía de Tokyo en 1945, y aun continuó con el ataque franco-inglés a Suez en 1956. La presión rusa desde el corazón del continente se aplicó sobre las fronteras internas de China, Irán y Turquía, desde el siglo XVII al presente. La mayor parte de la historia del siglo veinte ha surgido de las interacciones de estos tres factores (el poder continental de Rusia, las culturas amenazadas de los márgenes de Asia, y los poderes oceánicos de la civilización occidental).

[Continuará]

eXTRAMUROS